Edison David Ramírez Serna

ALGUNAS NARRACIONES PARA VIEJOS DESENCANTADOS

PANDORA EDICIONES

© ALGUNAS NARRACIONES
PARA VIEJOS DESENCANTADOS

© Edison David Ramírez Serna

Primera edición, septiembre / 2023

ISBN: 978-628-01-1308-1

Diagramación, impresión y terminación:

Pandora Ediciones

Medellín, Colombia

Dedicado a Estefanía Quinchía:

mi estruendoso paraíso,

mi bello infierno.

CONTENIDO

PRÓLOGO 9
AUTOBIOGRAFÍA DE UN PERDEDOR 11
PERRO DE L A NOCHE 13
EL CORAZÓN DE LOS SUICIDAS 21
SINFONÍAS DE LA PESTE. 28
LAS MISERIAS DEL MAÑANA. 115
LA PUTA NOCHE DE LAS PUTAS. 118
HAPPY VERDE 125
SILLY ROSE 131
UNA NENA LLAMADA 'MARIANA' 135
EL SEÑOR 'NUDILLOS' 140
EL MANDADERO 142
LA RISA DEL DESTINO 144
CRÓNICA DE UN HOMBRE SIN GLORIA 148
CRÓNICA DE UN PUEBLO MEDIEVAL: UN DÍA
ENSANTUARIO ANTIOQUIA. 153
VAN GOGH TAMBIÉN DIBUJA EN LOS PUENTES 160
LOS DESTIERROS DEL PARAÍSO 164
ADIÓS AL PARAÍSO 167
LA FUNDACIÓN DE CARIDAD 171
EL ATARDECER 174
EL RINCÓN DE LA MUERTE 178
LA ENTRADA AL INFIERNO 183
EN LAS MANOS DEL ABISMO 187
EL SUEÑO DE LA MUERTE 194

PRÓLOGO

Dentro del panorama literario contemporáneo existe una recuperación de temáticas que han sido poco tocadas en anteriores libros de la ficción en lengua castellana. El tema de la calle, del anónimo y de la gente del común tiene una connotación diferente al aspecto de presentar finales felices y cuentos de hadas con castillos y príncipes azules. Si bien la literatura permite la creación de diferentes universos, solo la literatura del desencanto muestra el pequeño paraíso que yace tras la atmósfera infernal con la que se presenta la vida. No vale la pena recalcar lo que es cierto: que con solo pasar los ojos por las páginas de este tipo de literatura empieza a aflorar el olor a azufre, se empieza a ver la mugre en la uña o se evidencia el trapo sucio y ajado del despreciado por la sociedad. Basta con acercarnos a esta literatura que, leída desde el sillón de nuestra casa, a la luz de una hoguera, nos muestra las atrocidades de las que está compuesta la vida.

En ese panorama aparece la voz sutil y penetrante de Edison David Ramírez S., que se yergue altanera sobre un grupo de desconocidos entre los que le gusta sentirse parte, de los que considera suyos. Sobre sus páginas se desliza un desencanto que ha sentido, quizás un desprecio del que ha sido víctima, pero a la vez el lector se encuentra con una imaginación desbordada que aterriza al despistado y visibiliza el invisible. Si al común de la sociedad le gusta sentir esos paraísos de cucaña, el autor los destruye y construye su mundo, donde el olvidado es protagonista, donde el desencanto no hace genuflexiones a la felicidad.

Esta extraordinaria dicotomía que hay entre la literatura y la vida misma es la que ocurre entre el sub-mundo con el que convivimos a diario y lo que nos gusta mostrar como fruto de progreso y civilización. Es la misma disyuntiva y ambivalencia que se encuentra en este libro que resalta la enorme luz de la oscuridad o la misma opacidad de la luz que nos abruma. En eso reside el mérito del autor: en mostrar ese grato sabor amargo que nos queda después de las copas, esa sutil infelicidad después de la orgía o la fulgurante y esperanzadora satisfacción de sabernos muertos.

Pasar por estas líneas no nos debe conducir a un desencanto abismal sino, por el contrario, a un abismo encantado, ese de sabernos diferentes al otro; ese de reconocer, así sea en la literatura, la voz de los demás; ese foso donde la profundidad nos deja encantados, como el mago a su público. Después de todo, como una noche de copas sin resaca, el autor nos deja así, con ganas de más.

Cristian Felipe Ramírez G.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN PERDEDOR

''En el cielo hay de todo. Hay Leones y Arqueros, Águilas y Serpientes, Saetas y Lobos, pero la más cruel, la más dura, la más infame de las constelaciones soy yo: el Escorpión. Impreso en las oscuridades insondables para la Eternidad''. El fuego secreto. Fernando Vallejo.

¿Qué quién soy yo? Nadie. Absolutamente nadie. Ni siquiera pertenezco al montón de numeritos que van trashumantes entre las fábricas, los bancos y las universidades. Nací en un pueblo llamado El Santuario en 1991: un pueblito chiquito del Oriente Antioqueño rodeado de cruces, vírgenes y fantasmas medievales.

Nací visco y con los ojos cerrados. Crecí sabiendo que era el último de la fila y que lo seguiría siendo hasta que la hijueputa muerte me abriera sus piernas. Ahí, como pude, en la escuelita aprendí a leer y a escribir: y para que no me molestaran los maricas de mi clase, me hice amigo de los camajanes de cuarto grado: Allá aprendí que el mundo se mueve entre alianzas, guerras e intereses ¡Nada más!

Mis piernas se estiraron, mis manos se estiraron y mis hormonas también. De doce y trece años empecé a fantasear con tener una ramera en cada pierna. Lo malo es que mi cara y mi espalda se volvieron una mazorca rojiza: deshilachada y llena de barros. Con la adolescencia entró la soledad. Con la adolescencia entró el desprecio. Y con la adolescencia entró esa misantropía que todavía me corroe las entrañas.

Después de muchas maromas, después de aprenderme una y otra vez los conceptos inútiles de los exámenes de admisión de

las universidades públicas, entré a mi pregrado en Historia en la Universidad Nacional. Allá tuve buenos amigos. Allá aprendí que las elites del mundo nos han escupido en la cara desde tiempos inmemoriales. Rescato de mis años de carrera a una cieguita de ojos verdes que me llevó al cielo y al infierno en un santiamén. Era tiernamente cruel. Calculadoramente dulce. Era una mezcla de escorpión y cisne de Disney.

Después me gradué y ahí si se fue todo a la mierda. Mi cartón lo guardé en un rincón para que fornicara con los gusanos. Me dediqué a beber, a fumar y a esperar la muerte de mi madre que andaba agarrada por el cáncer. De trabajos no hay mucho que decir: me dediqué a ser escritor fantasma, a elaborar discursos o panfletos para idiotas que no saben escribir ni una sola línea (pero que por buena estrella tienen la billetera llena).

En pocas palabras ese soy yo, ese es Edison David Ramírez Serna: un goterero con ínfulas de escritor; un donnadie que se cree poseído por las luces de la ilustración; un místico mariguano que busca la belleza en los antros de la vida sin testigos ni artimañas publicitarias. Mi biografía es una alabanza al desenfreno y al despilfarro de los sentidos. Si muero mañana o pasado mañana, les dejaré mi mal ejemplo, mi candela de tres pesos y mi cajeta de cigarros vacía. Este perdedor no tiene nada más que decir de sí mismo.

PERRO DE LA NOCHE

I

Punk Chatarra trata de levantarse, pero la melancolía, la muerte y el desamparo le recuerdan que apenas son las once de la mañana; que la gran jaula de miseria y cemento aún está detrás de la puerta: con su corbatita de colores, con sus rameras de vidrio, con sus chequecitos incalculables, con sus calculadoras al rojo vivo, con sus grilletes calibrados, con sus bamboleantes piernas de transacciones y bombas nucleares.

Punk Chatarra se vuelve a dormir y en su letargo se encuentra de nuevo con Jualma Suárez, con quien se enciende a patadas en una bella canción punk. Afuera el mundo sigue bostezando, torpedeando, rechinando, gruñendo, esclavizando. Por eso el día no está hecho para los hombres-punk. No señor. Para nada. Ni por el hijueputa. El día está hecho para caminar de rodillitas en el inmenso papel moneda de nuestra civilización. El día es anti-punk, el día es de los señores no punk, el día es de los pensamientos suaves no punk. El día es blanco, blanquísimo, sin taches ni crestas punk. El día no tiene sabor a vino tres patadas. El día no escucha a Eskorbuto, ni a Sex Pistols, ni a Ramones. El día es oficial como los discursos de la OEA, La ONU, La OTAN, La CIA, La INTERPOL. El día es un chulo con traje de pingüino y etiqueta de miss universo. El día es una cruzada anti-punk que nos quema la mirada.

Punk Chatarra se despierta a las siete de la noche con un guayabo de siete pisos. Está acabado, muy acabado ¡Pobre pendejo! Las botas lo llevan por la casa, lo arrojan al baño,

después al patio (tiene que cerciorarse de que de verdad es de noche) y finalmente a la alacena. No hay nada, ni un bocadillo, ni un pan de doscientos, ni un confite de cincuenta ¡Qué vida tan chanda! ¡Qué vida tan más o menitos! ¡Qué vida como tan regular tres cuartos llave!

Aunque a Punk Chatarra poco le preocupa que no haya nada. Supone que realmente nunca ha habido nada. Considera que miles y miles de años de historia no nos han llevado a ninguna parte. ¿Y realmente hemos ido a algún lado? Quizá no. Hoy dormimos con una bomba bajo la cama. Estamos seguros de que los gringos fueron a la luna primero, así como también lo estamos, de que, si nos descuidamos, así sea un poquitito, un buen día nos pueden apuñalar por un celular de diez mil pesos o por uno de cinco mil.

II

Punk Chatarra sale de su casa, o de lo que queda de ella. Su choza-punk es un refugio medieval: las ratas, los gatos, los perros, las arañas, las babosas, las cucarachas y los zancudos merodean de día y de noche entre restos de cigarro, jeringas reutilizadas, cucos con mariposas, faldas de colegio, velas a medio camino y pastillas de todos los precios, texturas, colores y sabores.

Punk Chatarra se acostumbró al rechazo. La ciudad, el presidente y la constitución nacional le escupen en la cara los trescientos sesenta y cinco días y seis horas del año. Un día llevó a los bancos su posgrado en economía y lo sacaron a patadas. En otra ocasión llevó su corazoncito de felpa envuelto

en un ramo de flores a la casa de una muchacha acomodada y pasó lo que tenía que pasar ¡Pun, pun, pun! Abaleada ternura en la mitad de la vida. Ahora ya no tiene corazón, ni mucho menos ganas. De vez en cuando sale en busca de alguna chica punk que quiera compartir con él alguna noche punk en alguno de los tantos moteles ecológicos que hay en los cerros o en los barrios de desplazados (que en el suelo patrio somos casi todos). A veces se echa un buen polvo punk, a veces se queda con las ganas, a veces se queda medio iniciado, a veces le toca voliarse' la paja mientras la luna lo mira de reojo.

III

Punk Chatarra ya no es economista, ahora es un gran poeta fracasado. A veces hasta le dedica poemas a las paredes, a las escuelas, a los puentes o a los garajes vacíos. En este instante ese caguetas adulterado anda en un edificio abandonado dizque escribiendo un poema-punk sin rima ni beneficio político de ningún calibre o vertiente; un poema que no se sabe de dónde viene ni para donde va:

Voy a escribir una basura de poema;
un poema lleno de rabia
de nicotina,
de vino tres patadas.
Voy a escribir una basura de poema;
un poema lleno de cabezas reventadas,
de corazones vendados,
de crucifijos borrachos.
Voy a escribir una basura de poema;

un poema que hable de nuestros cementerios en la luna,
de las despedidas de nuestra mirada,
de la risa malévola del gran reloj y sus millares de descendientes.
Voy a escribir una basura de poema;
un poema que hable de los sueños sin patria,
de las lágrimas extranjeras,
de los dioses en las esquinas.
Voy a escribir una basura de poema;
un sonetito pendejo no apto para intelectuales,
una caravana de palabras inútiles, bazofias insulsas y comas insospechadas.
Voy a escribir una basura de poema;
un poema esquinero para unos punkeros amanecidos en la mitad de la autopista.
Voy a dejar mejor de escribir esta basura de poema;
soy punkero,
adalid del desencanto y la eterna renuncia;
no me gusta terminar nada;
no vale la pena terminar ya nada en esta selva tan anti-punk.
Me voy;
Flú, flú;
chao pescao',
suerte y muerte, mi estimado adorador de las ruinas.

IV

Punk Chatarra se para en el andén y empieza a contar todo lo que sale de sus bolsillos: una monedita, dos moneditas, tres moneditas; una tapa de gaseosa, un palillo de tinto, una pipa de

madera, una fotico de Marilyn Monroe en calzones. Parece que otra vez toca hacer el rollo de siempre. La buseta para y él se mete por la parte de atrás. Los restos de humanidad que van adelante lo miran por el espejo: unos se persignan, otros fruncen el ceño y otros lo envidian disimuladamente. Dicen que hay algo de orgullo en la marginalidad. Un buen sueldo es también un bozal. Un tipo sin sueldo será siempre sospechoso. Un punkero casi cuarentón chirriado por la noche, será aún más sospechoso: el comando, la patrulla y la base militar tendrán sus ojos blindados siempre, siempre sobre él.

Después de veinte trancones, diez insultos y seis invitaciones a misa de cinco de la mañana, Punk Chatarra llega por fin al Parque del Periodista. En unas escalas están sus viejos amigos punk (al menos los que quedan). Muchos camaradas punk ya no están, los enterraron las buenas costumbres. A unos los abalearon los paracos, a otros la necesidad de trabajo. Los primeros hoy duermen bajo alguna lápida con el título NN. Los segundos dormitan disimuladamente con el rótulo de 'buen asalariado'. La muerte se manifiesta de varias maneras. La muerte es una vieja zorra de mañas insospechables. La muerte es una anciana brincona que acuesta a todo el mundo y con la que todo el mundo se acostará tarde que temprano: en un trenecito, en un avión, en una cantina, en un motel, en un bar de mala muerte o en un hospital de tres pesos.

V

Punk Chatarra prende el primer pogo de la noche: totazos van, totazos vienen; una cresta se balancea, otra choca contra la

pared, otra dice «Soy Muhammad Ali». Qué vaina más pesada parce. En el piso quedan taches, pedazos de correa, uno que otro diente y una carta de amor no enviada. Fue todo un pogo de punk. Fue todo un pogo de viernes punk.

Punk Chatarra bebe y bebe como vaca asoleada, mientras en el bafle suenan una y otra vez los viejos temas de Fértil Miseria. Su tema favorito, ese temazo que le recuerda que la vida es una puta mierda y que por lo menos algún día va a colgar las botas, es 'Visiones de la Muerte'. Esa cancioncita es su himno, su cántico mañanero cuando se baña cada tres días.

VI

Punk Chatarra es un tipo muy punk, pero de cuando en cuando hasta pega con las nenas. No ha visto el modus operandi de los galanes de 'bovela'. Nunca ha visto en acción los trucos de James Bond ni de Mario Cimarro, pero un punk, es un punk; y los punk, por muy punks que sean, tienen su Casanova esquinero de aretes afilados y cresta ponzoñosa.

Esta noche Punk Chatarra ha conocido a Carla, una nena superpunk. Carlita tiene trece o catorce años, media cabeza rapada y un tatuaje en el brazo izquierdo que dice 'Váyanse a la mierda pirobos'. Las arterias de Punk Chatarra como que empiezan a bombear duro y las palabrejas comienzan a salir, a salir y a salir a empellones, a chorros. Qué atracción más punk mi perro.

—Buenas, buenas, nena. Me dicen Punk Chatarra; pero tú, muñeca, me puedes llamar simplemente 'Chata'. ¿Qué te

cuento de mi home'?, jm, qué cosa más complicada. Preciosa, mira, te comento, soy un tipo muy punk, que tengo tatuajes hasta en el culo, que tengo treinta y ocho años, pero me siento de doscientos. No trabajo porque en los bancos no aceptan economistas con taches. No voy a misa porque en el cielo no hay bandas de punk ni ángeles con cresta de Sid Vicious. Puedes venir esta noche a mi choza punk. Tengo una abundancia de escasez casi metafísica. Me gustas.

Punk Chatarra tiene tremenda parla. Pero las parlas, con sus juegos de palabras y tramoyismos intrincados, a veces no sirven para un carajo. Carla Carlita se va en una moto punk de otro tipo muy punk. Punk Chatarra compra una botella de vino tres patadas y brinda con sus compas por el nuevo fracaso. A lo bien qué que pereza. Qué fracasos tan punks.

VII

Punk Chatarra ya se ha tomado diez botellas de vino tres patadas. El mundo se mueve, se mueve y se mueve. La ciudad yira, los perros yiran, los cansancios yiran. A la rueda rueda de pan, punk y canela. La luna y las estrellas parecen metidas en un pogo de Los Suziox. Qué borrachera tan hijuemadre. Qué borrachera tan punk ¿El vino le triturará el hígado? No tanto. La sociedad ya le ha triturado sus ganas. Su cresta de cincuenta centímetros ha sido desterrada tantas veces. Su cresta no está en la bandera de Colombia. Su cresta no sale en las cartillas escolares. Su crestica punk no será dibujada por las maestras bien de las guarderías bien de los barrios bien de las ciudades bien en los países bien.

Punk Chatarra no conoce una tarjeta de invitación a un matrimonio. Su nombre nunca ha aparecido en el cartel familiar de los buenos ejemplares. Sus exnovias han sido como el agua: han llegado y se han marchado sin dejar rastro. ¿Terrible? Algo. Esa es la vida de los chicos punk. Esa es la vida de los tipos que escogieron el estilo punk. Esa es la vida de cualquier colombiano que un día quiera ser punk, medio punk o muy punk.

El asunto parce como dije antes es que casi todo es anti-punk. El noventa y nueve punto, noventa y nueve por ciento del mundo es anti-punk. El príncipe azul es anti-punk, el dinosaurio Barney es anti-punk, el ratón Mickey es anti-punk y Bob, la esponja parlanchina, también es anti-punk. A nadie le importa ni por un instante las peripecias de un Punk Chatarra. Los discursos de los aspirantes a la cámara o el senado no hablan ni por los laditos de las penas de un chico punk. En política, hablar sobre las penurias de un punketo cualquiera se considera de mal gusto. El orador anti-punk prefiere hablar de futuras exportaciones, de fábricas en los páramos, de los presupuestos estatales y todas esas chorradas que al final del ruedo sirven para darnos más en la cabeza.

EL CORAZÓN DE LOS SUICIDAS

A ese maldito de Luciano le gustaba eso de ser el donnadie del pueblo: el papanatas, el cero a la izquierda, el triángulo sin forma, el leopardo de plastilina, el tigre dientes de leche, el Armagedón de cartulina, el zapato sin medias, la media sin zapatos, el gran perdedor. Sus amigos eran los vagabundos, los tahúres, los saltimbanquis, los golfos, los desplomados, los sin futuro, los numeritos sin patria, los pobres de espíritu (los sin espíritu), los siempre fumados, los siempre caídos, los siempre negados; sus dioses y demonios eran los barriles de vino, los cigarros baratos y los discos de Julio Jaramillo; sus amantes (Julietas marginales) eran las putas miserables, las viejas despreciadas y los harapos desahuciados que iban medio desnudos por las plazas de mercado. En las galerías estaba su cena, su desayuno, su pasa bocas, su manjar, su 'bon appetit'. Mientras más tiradas estuvieran mejor. Mientras más vomitadas, inbañables y trastornadas mejor. Amaba la podredumbre. Según decía, en la descomposición estaba el verdadero carácter de las cosas: en el cadáver, en la destrucción se hallaban ocultas, subterráneas, tacitas y casi secretas las verdaderas palabras del gran universo.

Para Luciano, todo el mundo era el mismo asunto: todos los culos se parecían, todas las tetas se parecían, todas las tumbas se parecían, todos los planetas padecían la triste desgracia de danzar en el universo. ¡Todos eran iguales! Sierpes, cerdos, cucarachas y langostas eran oprimidas por el tiempo, el dolor y la incertidumbre. Este filósofo de las calles supo desde su adolescencia que todo era obtuso, fútil, engañoso, estúpido: una completa mierda. Él, comprendió muy bien la inutilidad de la

creación y del creador mismo ¡Qué estúpida y simple es la estrella que alumbra sobre nuestras cabezas! ¡Qué brutal y descarnada es la imagen de un hombre pobre agonizando mientras se pregunta '¿En dónde está Dios?' ¡Ah, pero no divago más buenos lectores! La cuestión aquí es que la ecuación cambió para ese tipo cuando conoció a Lilian… ¡Lilian! Un espejismo literario, una especie de ángel en un país de estiércol, en una nación sin futuro (los ángeles están en los lagares menos imaginados).

El caso, señores, es que un día Luciano (como cosa rara), iba por ahí como el gran extranjero que siempre había sido; buscando, explorando en los lugarejos nocturnos de la autopista, cuando, puf, carajo ¡Buena suerte!; en uno de esos antros apestados por el cansancio, la vio a ella: ojos verdes, piel blanca, cabello rubio, vestido negro, cuerpo delgado, ágil, menudo, casi felino: una Mesalina hecha sin duda con paciencia por el patrón de las tinieblas. Con cierto impulso, ese perdedor se sentó en su mesa, y sin saludos de cortesía, le dijo simplemente:

— Ey, muñequita, eres lo más bello que he visto en toda mi puerca vida... Mis ojos no podrán borrarte jamás. A lo mejor no me creas, pero he caminado y caminado como un imbécil, deambulando desde mi cuna de cartón sin contemplar la belleza, hasta este día. Ay chiquita, ¡Qué oscuridad tan atrayente tienes!

— Poetíca de quinta —dijo ella—. Evita las cursilerías, no te las voy a devolver. Soy una especie de abismo sin fondo: tus besos, tus palabras y tus miraditas de perro degollado se perderán sin recompensa en cada uno de mis basureros. Tengo tantos botes de basura. ¡Es mejor que lo sepas cosita! Paga, si

tienes algo, y vámonos a la pieza. Hago dinero, cariño, eso hacen todos, eso hace el mundo; vendo, compro; me explotan, exploto; yin yang; arriba y abajo querido. Si no tienes dinero, puedes darle paso a otro cliente, sería lo mejor. Sinceramente, veo que estás medio loco. Ricura ¡Hablas como un libro! Un manicomio no le sentaría mal a tu pobre cabeza... Aunque, mmm, pensándolo bien…, un ancianato tampoco te vendría mal. Estas demasiado traqueado ¿No se evaporan los charcos del pueblo cuando te reflejas en ellos? Al menos procura no mirarte en la quebrada, hay mucho verano últimamente.

Tras un par de cervezas, ambos subieron a uno de los tantos cuartos de aquel burdel. Era un local modesto, ocho piezas en la parte superior, una barra en la parte inferior y unas cuantas mesas destartaladas de unos veinte años de uso. Todo apestaba a viejo. Hasta las chicas de catorce parecían muebles envejecidos. La mayoría de mujeres eran prostitutas de la ciudad: unas lo eran por gusto, otras por necesidad, otras porque no, otras porque sí y otras por una cierta costumbre. Luciano fue incompetente en asuntos de seducción; a penas y supo que ella se llamaba Lilian Andrea Hernández; que vivía en la capital y que tenía a una gata a la que adoraba más aún que a todos los logros inútiles y mal formes del progreso humano; más aún que a todos los halagos y falsas caricias que habían aterrizado en sus pantanos.

Lilian era para él una venus encarnada. Lo enloquecía. La nenita tenía cortadas, laceraciones y yagas en gran parte del cuerpo. No había piel que no tuviera rastros de alguna cortada o moretón. Golpes por todos lados. Miles y miles de golpizas tatuadas se transfiguraban en un tótem mal forme. Esta triste muñequita parecía enferma, decadente, inhumana; con una belleza extraña, embrujadora e incluso mística.

—Esperaba al menos —le susurro ella—. Que como los otros clientes, no sé, vomitarías de asco, de repugnancia; pero estás ahí, medio bobo, medio lelo, contemplando mi cadáver, mis piernitas de pollo ¿Qué no ves gran pendejo? Mírame bien, abre los ojos guevón' ¿Qué también estás medio ciego? ¡No jodas! Mírame, soy una cicatriz, apenas y veo la luz del sol. Ah, ¿Sabes? A decir verdad, no salgo mucho de este negocio: no tiene sentido. Si sales a la calle, verás basura en las iglesias, en las autopistas, en la voz de la dama empastada o en el 'muchas gracias' del señor presidente. Yo soy un sepulcro abierto a todas las inmundicias ¡Eso me complace!: ladrones, hipócritas y perros falderos han desgranado en el sur de mi cuerpo incontables veces. A veces se acuestan conmigo con avaricia, a veces con desprecio ¡Soy la bacinilla en que las dragas de este país arrojan sus bajas pasiones!! ¿SIDA? La cargo desde hace tiempo ¿Herpes? Solo mira mis labios ¿Sífilis? Eso lo puedes ver a simple vista ¡Te digo que soy una cicatriz, una bacinilla, un orinal en forma de mujer!

—No linda —Le dijo Luciano besando su cuello—. Tú no eres una cicatriz, ni una bacinilla; el resto del mundo si lo es: los doctores, los grandes señores, los monstruosos edificios si lo son, aunque se ignore, aunque se oculte una y otra vez bajo el discurso del progreso ¡El hombre y la civilización son el cáncer de la tierra! Lilian, eres una especie de unicornio, de hada, un ser mágico. No sé. No tengo palabras para describirte. De verdad cariño, lo supe cuando te vi. Sí, lo sé. De verdad lo sé. Estas cosas se saben en segundos, en microsegundos am...

— ¿Amor?... ¡¡¿Amor?!! Ffff. Ni se te..., ni se te ocurra decirme esa palabra tan fea —gritó Lilian apartándose —**.** No soy tu amor, ni lo seré de nadie. ¿Sabes? Fue por eso que le di mi virginidad, sin chistar los dedos, a un viejo desconocido en

una noche de viernes ¡Nadie pudo tener el orgullo de gritarle al mundo que me tuvo por primera vez! ¡Nadie! Después de que terminó el asuntito, y sin que él se percatara, puf, chao pescao', me desaparecí silenciosamente, como una gatita traviesa. Qué delicia. Mire, vejestorio, el asunto en concreto es más o menos así: alguien da su sexo, el otro da su ternura; Gutiérrez brinda sus billetes, María brinda su vientre. ¿Entiendes? No hay que ponerle tanto misterio a la cosa. Aunque, no quiero ser cruel contigo… Papito. Al fin y al cabo, el cliente siempre tiene la razón. Sí, sí, soy tu poema, tu poemita viviente; pero un poema en llamas. Soy la hoguera de perdidos y cristianos. Ardo, tengo además cuernos, garras que pueden matarte con la frialdad de los dictadores ¿Has visto a un dictador cuando le da la orden a sus soldados de que disparen contra niños, mujeres y ancianos? Pues yo soy peor que eso, papito. Yo no soy precisamente la bisabuela de la piedad.

Luciano, cansado de tanto bla, bla, blá, arrastrado por una pasión ensordecedora, tomó a Lilian de la cintura, y con impulso voluptuoso, la tumbó sobre el lecho. Aunque era viejo, un maldito sexagenario, como ya se habrán dado cuenta, le hizo el amor a esa chiflada como nunca se lo había hecho a otra mujer en la faz de la tierra. Besos, mordiscos, susurros, gemidos, rasguños y sudores de dos barcos hundidos hicieron su ceremonia ¿No es acaso el encuentro íntimo de dos seres, un ritual ambiguo traspasado por la gloria? Luciano-Lilian, Lilian-Luciano, qué bello suena eso: dos cuerpos cansados se perdieron esa noche entre las sabanas sucias; dos corazones hastiados del mundo se fundieron poco a poco en un pequeño averno, en una pequeña patria, en una isla de indecibles tragedias y silencios remotos.

Hicieron el amor una y otra vez, una y otra vez, con la furia de los lobos. A las cinco y media de la mañana, Lilian se levantó sobresaltada para observar, con aire gitano, con aura encantada, la llegada del alba. Era bastante rara. Le gustaba, al igual que a su nuevo cliente, la muerte que reinaba en toda la existencia: la muerte de la noche, la muerte del día (la muerte de la muerte). Luciano la miraba desde la cama; miraba aquellas cicatrices, aquellas heridas: tan negras, tan profundas, tan espectrales, tan misteriosas.

—Querido compañero… mi compañerito —dijo ella con cierta melancolía—**.** Al verte, me doy cuenta de que el mundo no es triste porque sea despiadado, sino porque todo llega demasiado tarde o demasiado temprano ¡Dostoyevski tuvo razón! Estás viejo, estás acabado, enfermo; y yo, yo bueno… no estoy mejor que tú, aunque tengo diecisiete años. Me duelen las miradas, las cicatrices, los recuerdos. ¿Qué puedes esperar tú de mí mi viejito? No tengo el amor que quieres: tengo humo en el fondo del pecho, aguardiente, brandy y algo de cocaína en lugar de caricias y palabras bonitas.

Luciano, como un eco, como un fantasma de tiempos lejanos, repitió mientras se incorporaba, estas palabras:

—Me doy cuenta de que el mundo no es triste porque sea despiadado, sino porque todo llega demasiado tarde o demasiado temprano.

—¡¡¡DEMASIADO TARDE O DEMASIADO TEMPRANO!!!

Gritaron ambos.

— ¡Demasiado tarde o demasiado temprano! Dijo la niña blanca, la reina de la guadaña, la sombra justiciera que hoy cobija en el fondo de la nada a siervos y emperadores.

Después de cuatro horas, tocaron a la puerta: nadie abrió. Pasó el tiempo, tic, tac; tic, tac; la habitación permaneció sellada, inmune, escondida a la curiosidad y a las habladurías. A eso de las siete de la noche, el putiadero' sin tan ni son inició de nuevo sus actividades cotidianas: era la regla. El dueño del lugar, una especie de gólem hecha de grasa, avaricia y tosca lujuria, simplemente destrozó la puerta de unas cuantas patadas.

«Porque negocios, son negocios, aunque no les guste» decía el proxeneta con su revolver en la mano.

Pasaron algo más de veinte minutos y el sitio se llenó de gente. Todos querían ver el espectáculo; todos querían contemplar a un viejo indigente y a una chica sin suerte, unidos, abrazados ante las puertas de la nada. Hoy, treinta y siete años después, se pueden encontrar de cuando en cuando, en aquel lugar en ruinas, a unos cuantos noviecitos ahorcados o estallados por la heroína y el bazuco. Yo he visto a varios amantes inertes, pálidos, sumergidos en el polvo y la escarcha; he visto incluso en las noches de lluvia al mismísimo diablo, muy orondo el hijueputa, escribiendo en las hojas de los árboles las inmortales palabras de Fiódor Dostoyevski:

«¡¡DEMASIADO TARDE O DEMASIADO TEMPRANO!! »

«¡¡DEMASIADO TARDE O DEMASIADO TEMPRANO!! »

«¡¡DEMASIADO TARDE O DEMASIADO TEMPRANO!! »

SINFONÍAS DE LA PESTE

1

Niña, niño, anciana, puta, banquero, dramaturgo…, soy la peste; el señor o la señora peste. Los monaguillos de la academia me apodaron el Sars Cov 2, las feministas asexuadas la Covid 19. Pero ¿Saben qué? Me pueden llamar como se les dé la reverenda gana. Me importa un comino: en Pakistán, en Estocolmo, en gringolandia, en el burdel, en el supermercado y en la boutique, seguiré siendo 'La gran peste', el insuperable lastre de la muerte que asoma por sus cabezas.

Yo básicamente soy como la canción de Facundito, 'No soy de aquí ni soy de allá; no tengo edad ni porvenir'; ando de hotel en hotel, de cuerpo en cuerpo, de país en país, de pueblo en pueblo. Un día duermo en el parque, otro día en la salita triste de alguna putica desvencijada. No tengo preferencias: soy humilde como los siervos del medioevo. ¿Saben?, aquí entre nos, adoro todos los cuerpos: el de la vieja menopáusica, el del conductor atiborrado de bandejas grasientas, el de la Miss Tanga caribeña ¡Todos!

A diferencia de tanto troglodita pervertido por la civilización y las tiendas de moda, yo ando en pelota. Sí, en pelota; desnudito. A mí me gusta mostrar de entrada lo que se van a comer, o mejor dicho, lo que se van a aspirar; porque todos, desde los burguesitos hasta los indigentes, me terminan aspirando como si yo fuera el último gramo de cocaína en la faz de la tierra (siempre sin darse cuenta, claro).

Ustedes dirán que qué hijueputa virus para hablar carreta ¿Y? Hitler escribió 'Mi lucha', el pendejo de Churchill, sus

memorias ¡Todos hablan de sí mismos y de sus ideas como si fueran la gran cosa! Yo también tengo derecho a expresarme, ¿No que ahora hasta los sombreros tienen derecho a decir lo que sienten? Pues jódanse'. Ahora tendrán que escucharme. Ustedes tienen la culpa.

Entre las muchas cosas que diré, no está de más confesar que odio a esta humanidad impía; que si los mando a parlotear con doña muerte, es sin duda porque tengo mis buenas razones. El hombre, de norte a sur y de oriente a occidente, ha destruido a este paisaje sutil del coito, la gula, la reproducción y el hartazgo: ya no se escuchan los aullidos, ni los impúdicos bramidos de dos jaguares apareándose en medio de la sabana; ahora se escucha el bostezante chiflido de las selvas de cemento, de las registradoras y las mecanizadas culebras que van llevando en sus intestinos, a miles y miles de obreros miserables (espíritus castrados de la era moderna).

No se les olvide que a los dinosaurios, que por cierto estaban bien grandecitos, los volcanes y los asteroides los mandaron a la mierda. Ustedes, aunque son millones, no dejan de ser unos enanuchos de medio pelo con delirios de grandeza. A ustedes, créanlo o no, los puede matar una cucaracha radioactiva o una gallina infectada con ántrax. Nada más mírenme a mí: los he vuelto picadillo. Ante mí no hay chequera ni curvas que valgan, soy implacable e incorruptible; soy lo que llamaban los antiguos moralistas, un ser venerable, fiel a sí mismo y a su esencia inmutable.

2

Nada por allá, nada por aquí. Nada por aquí, nada por allá. Mierda: se han ido los tumultos, los ciempiés, los obreriles tartamudos. Pero, carajo, ¿A dónde fue el bípedo explorador del espacio y de los mares inabarcables? Se fue corriendo a su triste refugio, a su casa: chiquero de la modernidad, cárcel en que el espíritu es enterrado en un sofá de terciopelo.

¿De qué huyen los humanitos? Pues de mi desnudez escandalosa, de mi apasionante hedor a muerte ¿No qué eran tan poderosos? ¿No que iban a ser inmortales? ¿No que iban a dominar los universos, las incontables dimensiones y los estados de la materia con el dedo más pequeño del pie izquierdo? ¿A dónde se fueron las agallas? Reyes, presidentes y sacerdotes, chamanes e intelectuales fantasearon un día con la supremacía del hombre ¿Y qué ha pasado con esta colección de delirios de grandeza? Nada…, de nada sirvieron sus cadenas de oro que simulaban bajo el antifaz la fuerza de la estrella llameante; de nada sirvieron los bunkers y las adornadas catedrales; de nada sirvieron sus blanqueados laboratorios y anestesiados científicos: yo soy omnisciente; estoy en cada pulmón de la tierra.

Estos idioticas de primera categoría construyeron templos, murallas y estaciones espaciales: mandaron micos, ratones y hasta brillantes ciudadanos al confín del espacio. Y siguen estando entre los pañales del mundo. Esta civilización sigue a gatas: se jactan del progreso, de sus ciudades, de sus avioncitos, de sus barquitos que casi siempre se hunden con un suspiro de Neptuno ¡Me dan mucha risa la verdad!

¿Han ido lejos estos mequetrefes? No, no, que lejos ni que ocho cuartos; lejos ha ido mi abuelo 'El Pestilencia', que salió temblando desde China y ahora anda asaltando pulmones en Reino Unido ¡Ese si fue lejos! La humanidad anda casi en las mismas. A excepción de los drones, las computadoras inteligentes y las redes de información, la cosa para ellos no ha cambiado mucho: sus congéneres se mueren de hambre, como en los tiempos de Calígula, de Carlo Magno o de Luis XVI. El hambre habita en cada continente con una aceptación asombrosa: una casita medio caída atiborrada de niños pálidos les parece la maravilla, la machera, la recontra cuca.

Hay hambre, en serio. Ayer, si no estoy mal, iba por el sur de Bogotá ¿Y adivinen qué? Vi una estupenda camada de huéspedes: paliduchos, desnutridos, con ojos vidriosos y espinas de presidiarios. Yo, que casi nunca me pierdo una, me dije que ese era mi día de suerte…, pues mierda, que maricada: no fue así. Todo me salió patas arriba.

Cuando entré a la vivienda y me planté en el comedor, desnudito, patiabierto, tuve la mala suerte de escuchar la siguiente conversación (que cito porque tengo buena memoria y porque me gusta llenar papel en vano):

—No, Rosa, no podemos dejar que los niños se mueran de hambre; el trapo rojo no ha servido; y bueno, mis delirios de atracador no han podido cruzar la puerta de esta casa. Sé que es duro amor, pero es lo mejor. Mira, será rápido, tres gotas cada uno, tres gotitas solamente; después de eso, todos estaremos sonrientes en el reino de dios. Allá en el cielo no habrá hambre; allá en el cielo comeremos tres veces al día, ¡y hasta repetiremos!

Después de eso no volví a escuchar nada, ni un susurro. Aburrido, salí de nuevo a la capital colombiana y me monté en esa cosa rancia que llaman el Transmilenio. Entre los vidrios, las sillas y los pasamanos del monstruo me puse a hacer lo que más me gusta: me puse a bajar ancianos por manadas a diestra y siniestra. Ah, fue bastante entretenido; pa' que pero sí guevones'.

3

Hortensia, Hortensia: ah, qué pulmoncitos tienes. Qué delicia. Qué cosa tan buena. Pero la verdad aquí esto está más oscuro que bosque en invierno. Por cierto, ¿Por qué te llaman Hortensia? Deberían llamarte simplemente 'la señora del frente' ¿Quién eres al fin y al cabo? El cero a la izquierda de esta sociedad enferma, el cero a la izquierda de tu cuadra, el cero a la izquierda de tu familia ¿Crees que no estuve a noche cuando tu señor esposo, a tumbos, después de acabar con sillas, cuadros y espejos medio quebrados, agarró a golpes tus costillas de barro e ignorancia?

Qué Hortensia ni qué Hortensia, tú te deberías llamar 'El costal de los golpes'. En serio. Te aconsejo que seas coherente; que te pares en la entrada de tu rancho de paja, así, en pelota como yo, y que de día y de noche, sin moverte un ápice, esperes los golpes de la vida ¡Todos estarán gustosos de golpearte!

He visto a menudo que te sientas en la cera, qué te ríes de las desgracias ajenas, qué criticas el matrimonio de tu vecina, qué críticas a la muchacha piernicontenta que se lo ha dado a media Colombia ¿Y? Tú ni siquiera has vivido: te casaste a los

trece años con un monigote que adora los casinos y los antros de dudosa reputación. En unas cuantas noches, en un dos por tres, tu flamante esposito te hizo trece hijos ¿Y qué? No sabes lo que es gemir como una gata en celo; el orgasmo para ti es como el título de alguna película pornográfica a la una de la mañana.

¡Señora del frente! ¡Costal de los golpes! Conozco todas tus miserias, tus remordimientos, tus ambiciones desmedidas ¿Sabes? En tu cerebrito de vieja cuarentona hay cosas bastante interesantes ¿Cómo que le alquilaste tu hijita a un tal don Demetrio a cambio de un J3 de segunda? ¿Cómo que llevas, de vez en cuando, a tu cachorro más joven, a pedir monedas a la plaza de Bolívar? Hortensia, en la UCI tu monedero no servirá de mucho. En el hospital estarás más sola que los hongos en primavera ¡No irá nadie! ¿Y sabes por qué? ¿No adivinas? Que poca imaginación tienes. Igual, en últimas no se podía esperar mucho de alguien que a duras penas puede leer al estilo tortuga la hojita parroquial. Tu hija no pisará siquiera la cera del hospital, porque sencillamente, estará vendiendo caricias en alguna esquina del centro ¿Y tu niñito más joven? Pues lo de siempre: estará pidiendo monedas o atracando buses en algún rincón de esta ciudad o de otra ciudad vecina.

Dentro de dos semanas morirás: porque polvo eres y polvo has de ser. Al fin, mi querida señora, descansarás en paz; y por supuesto, también al fin los hombres descansarán de ti: todo tiene su proporcionalidad. Pero eso sí, y te lo digo de una vez, cuando te vayan a entubar, te pido que no llores: la muerte es un proceso de redención que nos rescata de las tragedias de la vida.

Aunque si te soy sincero, nadie muere en realidad, eso de la muerte es como un cuento de los hermanos Green. La muerte es un proceso de transformación, nada más. En cien, en doscientos o trescientos años, tu jorobado cuerpecito será parte de alguna vaca, de algún campo reluciente o de algún roble en un bosque de Centroamérica: somos un río que vaga por cada rincón de la tierra, por cada rincón del universo.

4

¿Lloras de nuevo? ¿Te azota tu soledad? Imbécil. Triplemente imbécil: no eres el único que, gracias a mis caprichitos de niño grande, se encuentra amordazado contra un ventilador mecánico. Eres, en buena medida, un llorón de primera línea: porque siempre has estado solo, exiliado, apartado desde tu nacimiento de hombres y cosas. Decíme, pequeño jorobado, ¿te acuerdas de que allá en tu pueblito, en aquella escuelita azotada por la violencia, el hambre y la corrupción, eras siempre el último engendro de la fila? Si tú no te acuerdas, yo te puedo refrescar la memoria: para mí no hay pulmón ni conciencia oculta sobre la faz de este planetica.

Solo por fastidiarte, te recordaré que naciste un viernes a las tres de la mañana en la trastienda de un putiadero: que si no estoy mal hoy ha evaporado la suciedad y la amnesia colectiva. Tu madrecita, innata meretriz desde los doce años, al verte: tan deforme, tan aterrador ¡Tan extranjero! Corrió trastornada hasta el peñasco más alto; y allí, maldiciendo al creador y a la creación misma, se lanzó desnuda al río negro que hoy sirve de basurero a las multinacionales mineras de tu triste país.

Como era de esperarse, nadie, absolutamente nadie, quiso amamantar tu cuerpecito de monstruo prematuro. Por azares de la vida, de la caridad y del amarillismo puritano, terminaste de huérfano recogido en la casa cural: allí creciste, allí te alimentaste, allí el monseñor te espantó los demonios cuando te desnudaba en la oscuridad de su cuarto. Sin embargo, monstruo que se respete, solo guarda fidelidad a la carroña de su alma: traicionaste al religioso y a las beatas de la comunidad; huyendo, sin un pelo de pudor, con cada una de las limosnas recogidas durante veinte años ¡Monstruo! ¡Monstruo! ¡Genio y figura hasta la sepultura!

Ah, ahí no lloraste, ahí no eras el Jorobado de Pueblo Nadie; ahí eras el tragapútas, el traganoches, el amigote incondicional de todos los borrachines de la región. Durante casi tres años te fuiste de pueblo en pueblo, de cera en cera, de culo en culo, de boca en boca y de vagina en vagina probando las mieles de la lujuria y el desenfreno absoluto: te hartaste, te atragantaste, te atiborraste de lupanar, de cantina, de ¡bella herejía!

Ya sin un peso, lejos de los buenos delirios, más extranjero que nunca, hiciste lo que casi siempre han hecho los cuarenta y cinco millones de colombianos de este país: conseguir un trabajo miserable, en un lugar miserable, con un jefe miserable, por un sueldo miserable. A pesar de que trabajabas por casi nada, siempre te terminaban dando una patada en el trasero; y sin una liquidación decente, te mandaban a la mierda. A pesar de que quisiste ser un ciudadano modelo, un tonto seguidor de las leyes y las buenas maneras, siempre te despreciaron.

¿Y cómo no te iban a despreciar mi estimado jorobadito? ¿No te has visto en un espejo? En lugar de gastarte las limosnas robadas en putas, travestis y botellas de aguardiente, te hubieras

pagado un buen par de cirujanos. Mira cualquier bovela. Mírala bien: la gente de la farsandula' criolla e internacional nació del bisturí: no nació del barro, ni de la arcilla, ni mucho menos de las manos bondadosas de dios. Las perritas, con olor a franela y a chicle de manzana, van felices moviendo sus culos de silicona, porque no se te olvide nunca: el plástico protesta menos que un ser humano.

Por fortuna o desgracia, Pancracio, gran proxeneta del circo colombiano (a quien por cierto ya mandé a conversar con San Pedro), decidió muy gentilmente meterte en uno de sus circos clandestinos. En una carpa espantosa, mostraste tu horrenda joroba a niños y viejos que se compadecían y reían de ti ininterrumpidamente. A los cuarenta, con el rostro machacado y las piernas como un acordeón, llevaste a pasear tu vejez prematura por las muñequitas del circo: pero ni mierda. Una tras otra te dejaron con los crespos hechos y el amigo en posición de batalla: ninguna chiquita quería ofrecerte cariño, ni mucho menos unos minutos de arrullo en las noches lluviosas.

¿Qué hiciste para rozar con tranquilidad un par de buenas tetas sin pagar un centavo? Nada, lo que hicieron los marginales del siglo XIX: ir al cementerio más cercano, y besar a cada muertica recién inhumada ¿Y qué otra cosa podías hacer? No había recién fallecida que no te gustara: ni joven, ni vieja; ni rica, ni pobre. Era maravilloso: podías imaginar lo que decían, podías poner en su boca que te amaban, que te adoraban como jamás habían adorado a nadie.

De tantas idas y venidas por cementerios de pueblos y ciudades, pasó lo que tenía que pasar, señor jorobado: me conociste. Recuerdo que fue un buen encuentro: yo dormía en pelota bronceándome en la banca de un parque, y tú, un poco

cansado, te sentaste a mi lado. Fue amor a primera vista. ¿Sabes? Desde el primer instante en que te vi, supe de inmediato que eras para mí. No me equivoqué. Raras veces me equivoco: ay qué pulmones, qué conciencia, qué tragedias, qué miedos tan deliciosos llevas en el alma mi estimado necrófilo. Tienes algo de mí. Nos parecemos gustete o no (al fin y al cabo, a los dos nos gusta ver a los hombres metidos en un ataúd).

5

Mi querido galeno, has sudado a chorros, a cascadas: tu rostro, permeado por una especie de vejez prematura, parece una sábana descarnada, llena de surcos, de trazos irregulares, de quemaduras aquí y allá. Ya hace tiempo que se ha esfumado tu color juvenil: tu piel se funde y entrelaza con el color marchito de las paredes, de la luz tenue y las batas blancas.

Estás cansado, rematado, exprimido. Lo veo incluso en tu sombra. Lo veo en tus días. Lo veo en tus pasos. Estás agobiado de ver tan a menudo a la muerte: que a veces se sienta sonriente en la cabecera de alguna viejecita triste, o en las arterias de algún comerciante golpeado por las deudas y el abandono. Pero, galeno, galenito ¿Qué tal si la vida es un castigo para quienes franquearon a empellones los linderos de la nada? ¿Qué tal si un día llevas a tus arrinconados pacientes una pequeña caravana con payasos, malabaristas y putas desnudas de todas las nacionalidades, razas y pelambres? ¿Te asustan mis propuestas inmorales? ¿Te aterran mis inauditas reflexiones? Me tiene sin cuidado: soy un virus poco amable para la sociedad humana. ¿Sabes doctorcito? Nunca fui castrado en escuelas o

universidades; nunca me quebraron el alma en alguna tienducha de esas en las que tanto se arrodillan tus atolondrados coterráneos.

Estás viejo mi estimado galenillo; estás achacoso. Poco te falta para pertenecer al otro lado del charco ¿Por qué estás tan destrozado? ¿El tiempo? ¿El trabajo desmedido? Ah, pura mierda. Al coronavirus no lo engaña nadie. Estás a punto de desintegrarte porque el frio de la soledad te corroe las entrañas ¿Crees que no me contaron algo de eso tus chismosas subalternas? Has invertido cuarenta años de tu vida en salvar a otros; pero también has invertido cuatro décadas en perderte a ti mismo. Mi doctorcito, has salvado centenares de vidas, menos a una: la tuya.

Un día ella se fue, cansada de que cada noche llegaras a la madrugada; otro día tus chiquitines desaparecieron: ni una llamada, ni una carta, ni un feliz año, los primeros de enero. Sin darte cuenta dejaste de ser esposo, padre y amante; sin darte cuenta te convertiste en una maquinita de soldar los cuerpecitos del proletariado. Los mendigos te adoran, los gobernantes te regalan medallitas y odas rebosantes de cursilería barata: pero los seres que amas te reemplazaron por un hombre de verdad; en lugar de ti pusieron un hombre que llega temprano, y que por demás, le importa un reverendo culo salvar a la humanidad.

¡Galeno! El hombre ya no tiene salvación: a cada minuto que pasa, gobernantes y mercachifles cavan una fosa en la que se hunde, sin luz ni esperanza, el espíritu de nuestras llamas. Muy pronto el hombre se arrastrará sonriendo por los pantanos de la oscuridad: no existirá la luz, excepto el tintineo de algún cajero en mitad de las grandes catedrales. Galeno, contra la bronconeumonía del progreso humano, no hay antídoto posible.

¿Piensas que todo estará mejor cuando yo me vaya? Pamplinas, utopías de niño bueno. Cuando yo me vaya los ricos serán más ricos y los pobres serán aún más pobres; las periferias seguirán llevando en sus calles y extramuros el cansancio del hambre insatisfecho; los misiles, las bombas y los cuchillos seguirán bailando bajo el vientre de las banderas ¡Todo será igual!

Ah, qué estupidez, no te puedo mentir, doctor, las cosas no serán igual ¡Serán aún peor que antes! En las prisiones y los basureros, los ladrones y mendigos se amontonarán por millones: cada hombre excluido, afilará su mirada con el anarquismo de los desterrados. Los presidentes de turno, con sus drones y generales de medio punto, perseguirán por cielo y tierra a cada emigrante, a cada subversivo, a cada poeta que busque la felicidad.

¡Galeno! El alma humana tiene hace tiempo las venas cordadas.

¡Galeno! La felicidad de los hombres se pegó un tiro el día en que las tarjetas de crédito durmieron una noche en la orilla de sus conciencias.

¡Galeno! Ningún hombre muere en los hospitales, porque antes de llegar lleva en su alma un camposanto desnudo.

6

Hombre búho, hombre jaula, hombre rayo…, hoy es el día número 1573 desde aquel día en que te pescaron con las manos en la masa en medio de los matorrales ¿Y qué? No había nada

que hacer. Nada. La maldita escena lo decía todo: un cuerpecito ensangrentado, un hombre búho con un cuchillo entre las manos, un paquete de cigarrillos baratos y una botella de alcohol etílico medio terminada. Era suficiente para la juez. Era suficiente para el fiscal. Era suficiente para el abogado de oficio: ese tinterillo de tres pesos que le ponen a los pobres cuando caen al bote.

Hijueputa. Sí: 1573 días con sus largas noches, enjaulado. El sonido de la prisión sigue como antes: con su olor peculiar y sui géneris a tumba, a alcantarilla, a vertedero colonial. Como cualquier presidiario marginal de este país de marginales, aprendiste a dormir en el baño, a cobijarte con los periódicos antiguos; aprendiste también a soñar con una cama, con un buen vino y con alguna nenita de piernas abiertas encima de tu cara.

Mi estimado búho, cuántos encuentros hemos tenido, cuantas conversaciones, cuantos odios compartidos contra esta humanidad miserable. La verdad, la mera verdad, tú y yo venimos a ser un par de buenos mellizos ¡Nos parecemos tanto guevon! Ambos pasamos entre los hombres como una peste abominable, ambos somos perseguidos por científicos delirantes con olor a detergente y a pastillitas de menta, ambos hemos sido insultados en todos los idiomas de la tierra, ambos hemos sido desterrados de los paraísos de todos los dioses.

Solo nos diferenciamos en una cosa: en nuestro amor propio. Tú te levantas cada mañana despreciándote a ti mismo. Odias tu cara aplastada, odias tu mano deforme, odias tus cicatrices (símbolo innegable de infinitas puñaladas). Búho, acuérdate de lo que nos contó el Diablo ayer en el patio: ‘‘La vida ya es una

puñalada que nos tritura los pies descalzos mientras caminamos hacia la muerte''.

El demonio es un tipo bastante sabio, por eso le hace competencia al barbudo de arriba, es obvio. Todo en la tierra y en el mundo de las ideas requiere su contrapeso. Si yo por ejemplo no existiera, pues sencillamente no existiría esa abstracción maravillosa llamada 'salud', 'Bienestar', o como sea. Mi adorable pedófilo, igual vos sabes que el concepto de salud en tu sociedad es bastante reducido: es saludable quien trabaja como bestia los siete días de la semana en un piso miserable. Qué hermosura: un hombre saludable es el que funcione más o menos como una maquinita de hacer tornillos. La tristeza, la soledad, el descontento se solucionan con un frasco de pepas o una docena de inyecciones: no con un cambio de rumbo ¡Esa es la premisa!

¡Búho! Alégrate, en tres días la vieja silla te mandará al carajo: podrás achicharrarte sin arrepentirte, sonriéndole a tus crímenes pasados, a las monjas de poca monta, a los jueces que poco o nada saben del animal dormido que reposa en cada uno de los millares de ciudadanos que se arrastran por esta tierra.

Búho, en el día de tu ejecución, recuerda escupirle en la cara al presidente: procuraré que el supuesto blindaje de su colorido tapabocas se vaya al mismísimo infierno. Quiero mostrarles a todos esos políticos de celofán, que contra la pestilencia de mi invisible barriga..., no podrá nadie, ni Mahoma, ni Jesús, ni los dioses Vikingos, ni los platillos voladores con sus marcianitos de fantasía.

7

Payaso payasin; payaso de mil colores; centavo de la vida que algún arcángel, centauro o demonio con trenzas de hippie arroja sobre los garitos ¡Conozco tu jueguito! Yo soy de las pestes más viejas del Asia central: yo escuché a Confucio y al buen Siddhārtha hablar de la vida y la muerte sin pestañear un minuto. A mí no me engañas. A mí no me tumbas tan fácilmente como a tu audiencia de precoces bobalicones.

Carnavalesco payasin, dime ¿Por qué no les dices a esta escuelita de futuros obreros, que mientras ríes, escupes contra las plazas de la vida como si fueras un cotero mal hablado? Sí, sí, te da miedo morirte de hambre. Te da miedo dejar de reírte de ti mismo. Pero payasito, mira, la mayoría de hombres tienen otras formas de reírse de sí mismos: en el día van y vienen en trenes atestados de otros mendigos bien vestidos, en la noche se desbaratan de bovela en bovela mientras la muerte los mira fumándose un cigarro ¡También ellos hacen su propia comedia!

Payaso estúpido ¡Me aterras! Al menos trata de no ir por ahí pelando los dientes ¡Pela el culo! O mejor aún ¡Pela tu gran pene si ves por la calle a alguna muñecota de buenas tetas! Ríes porque te cansaste de llorar; porque no se sabe cuándo ni dónde, le pediste a las monjas del purgatorio otra tonelada de lágrimas para poder seguir berreando. Pero como cosa rara, también esas lágrimas se evaporaron. Fuiste un glotón de la tragedia. Ahora eres un glotón de las grandes mentiras. No hay adicto que se cure jamás: hay adictos que cambian de una adicción a otra ¡Es casi un axioma aristotélico!

¿Cómo es posible que alguien pueda reírse después de haber nacido en el décimo círculo del infierno; ósea en Colombia? Es

que marica, ¿Hay explicación para entender que un enano como tú, ande de ciudad en ciudad y de piñata en piñata, divirtiendo a esos niños que tanto se parecen a los que te arrebató la guerra? Eres una entelequia fuera de toda explicación racional; eres, lo que los patafisicos llamaban, un espécimen fuera de todo lugar.

Como cosa rara, seguramente, hoy harás lo mismo de siempre: lo mismo de los lunes, lo mismo de los miércoles, lo mismo de marzo, lo mismo de septiembre, lo mismo de diciembre. Eres como un disco de una sola canción que suena y suena sin que nadie lo detenga. En unos minutos saldrás de aquí: qué dicha tan amarilla. Con tus miserables centavitos te subirás a una buseta de otros payasos sin maquillaje que te mirarán con desprecio.

Das asco payasito, ¿Después de llegar a tu pensión de emigrantes desheredados que harás? Ah, ya sé, ya sé…, lo de cada noche: buscar las piernas velludas de la anciana del cuarto vecino. Pillado pendejo. Pilladin. Cuando termines de manosear a tu brujilla de cañería, te irás al parque de tu cuadra a fumar mariguana. A la una o dos de la mañana, te dormirás en tu cama de tres tablas ¡Qué rutina tan jarta mi cómico de aldea!

Yo que soy sabio, ya te lo dije, te recomiendo que no hagas nada de eso otra vez. Mañana no podrás levantarte: te ahogarás, te retorcerás maldiciendo a tu madre y al dios del universo. Para ti no habrá una camita ni una enfermera de vestido blanco que te cure las heridas. La salud es para los hombres útiles, para las buenas tuercas. A ti, payasin, te dejarán morir sin chistar los dedos.

Llora la última vez payasito de la noche: tu reino de sonrisas repetitivas ha llegado a su final.

Llora la última vez payasito de la noche: la muerte, hoy vestida de arlequín, te sigue los pasos

Llora la última vez payasito de la noche: el mundo ya no necesita sonrisas; al fin y al cabo: el mundo es una lágrima descalza que se pierde en la nada.

8

¿A quién vas a asustar duendecito de cuarta? ¿No ves que la señora está entubada? A leguas se ve que eres de esos duendes incompetentes; de esos duendes de poca monta que ni siquiera son capaces de mover con talento las puertas de los armarios. No das miedo. No das risa. Eres casi un ser humano: una bestia inconclusa en todas sus aristas, dimensiones y posibilidades.

A lo mejor eres de esos duendes que andan borrachos merodeando a las hadas del polo norte ¿A cuántas te has culeado? A ninguna seguramente. Hasta debes de ser virgen. Solo has visto desnudas a las chiquillas humanas: a las que a menudo les escondes sus vestidos y muñecas de trapo.

Duende de pacotilla, si quieres redimirte, si quieres hacer algo decente, esconde los misiles, las bombas y las innumerables ametralladoras de las potencias del mundo. Una tierra sin armas será una tierra de buenos salvajes. El hombre desarmado es casi un cuadrúpedo de once meses. La sociedad humana ha ido construyendo armaduras y lanzas de todo tipo: una muralla, una bomba atómica, un misil antiaéreo. Lo curioso es que sus generales, tenientes y cabos amaestrados (todos tan llenos de medallitas) poco han podido hacer contra pestes como

yo; y poco podrán hacer contra mis nietos, bisnietos y tataranietos ¡Las pandemias de mañana los esperan!

Duende, o si puedes, si te da la gana, si un día te levantas con un arranque de lucidez mágica, evapora de un solo varitazo al Homo sapiens sapiens. La tierra se verá más bella cubierta de hongos y de lagartos; de árboles y pantanos; de lechuzas insolentes y pestes infernales.

Duende, ya deja de merodear por este hospital aspirante a cementerio. Aquí solo manda mi esposa la muerte, que aquí, entre nos, es egoísta, mezquina y poco dada a compartir sus juguetitos de carne con visitantes de tu calaña.

9

La fiebre sube, sube y sube; y créeme: seguirá subiendo. Tu agonía crecerá en proporción a tu corrupción. Eso sí te debe asustar. A mí no me robarás alcalducho; a mí no me pedirás un par de votos por una botella de aguardiente adulterada como lo hiciste hace un par de años con aquella mata de desplazados descalzos. No. Yo soy antidemócrata, antipolítico, antipatriota, antinacional, antiprogresista, antimodernidad, antimperialismo; y en fin, anti demagogia.

Yo, politiquito de cuarta, mírame a la cara, no soy el campesino corroído por la nigua al que le redujiste el sueldo allá en tu pueblo miserable; ni mucho menos soy ese joven desempleado al que le pagabas la mitad de un salario mínimo: con la excusa santificada de que es mejor ganar menos, porque así, sin más ni que, se entra como un rayo al reino de los cielos.

¡Sofista! Hablas demasiado: a veces el silencio, sobre todo entre los monstruos de tu especie, favorece más a la sociedad ¿No lo ves? Un día un político habló de progreso, y mira el brillante resultado: millares de guiñapos perfumados, enfermos y melancólicos; apiñados en centenares y centenares de metros, edificios y autobuses intoxicantes. El progreso es una farsa, la civilización otra.

Pero mi moribundo corbatín, sus cohetes, sus rumbas swingers, sus telescopios en Saturno, sus gallinas clonadas y sus cíborgs parlanchines no han podido hacer nada contra un salvaje como yo. Este cuerpecito microscópico, ha saltado en liana junto a gorilas recalentados, ha andado junto a los caimanes en los pantanos de Centroamérica, ha corrido por las sabanas junto a las panteras en celo sedientas de buen sexo.

Soy un salvaje, un maldito salvaje. El hombre civilizado se ha olvidado de la enfermedad, de la tristeza, y peor aún, de la muerte. El ciudadano de cordales mutiladas camina por las calles como si no existiera la muerte; por eso ama como los inmortales, por eso ríe como los inmortales: es un témpano de hielo a pesar de que el calor de las maquinas se pudre en su cabeza.

Corbatín, en el infierno o en la paz de la nada no habrá contratos, ni carreteras, ni masas ignorantes sedientas de discursos baratos.

Corbatín, en el cementerio las calaveras rojas no se inclinarán ante ti: su desnudez, su falta de hambre les impedirá bajar la cabeza.

Corbatín, en el frio ataúd no gobernarás a nadie, porque los gusanos y el polvo de la muerte no sienten miedo; para ellos el

Estado y sus grotescas instituciones, son a lo sumo, una parodia contada por los cómicos del tiempo.

10

Ayer que iba buscando algún tumultico medio decente, me topé con un periodista mariguano. Como en cualquier sortilegio mediado por la psicodelia y los dioses interdimensionales, esta vaina fue lo que salió:

Entrevista con un periodista mariguano.

—Señorita Covid, dígame una cosa, ¿Qué sentido tiene andar en pelota, por ahí como un salvaje, matando y matando hombres a diestra y siniestra?

—Primero mi estimado mariguano, no me llamo 'la Covid', yo soy 'el Covid'. Segundo, yo no mato a nadie: ustedes los hombres se mueren solitos. A veces me levanto en las mañanas y me voy a pasear por las ciudades; de repente me entra algo de frío y me da por arruncharme en los pulmones de la gente, ¿y qué sucede? Que sus cuerpecitos excluyentes no aguantan mi luminosa presencia, ¿Soy culpable por eso? Obvio que no.

—Dígame una cosa señorit…, Covi…, perdón, señor peste, ¿Usted desea el mal de los hombres?

—Ah, encantador mariguano, eso del mal, del bien, es puro cuento. Ustedes se inventaron leyes e instituciones para no devorarse mutuamente ¿Y de qué les ha servido? El patrón devora la vida del trabajador; el amante destruye la autonomía de su atolondrada pareja; el político destruye los resortes de las

comunidades en las que nace ¡Todo es destrucción! Si uno mira a la derecha, ¿Qué ve? ¡Ruinas! Si uno mira a la izquierda, ¿Qué ve? ¿Eh? ¿Eh?..., despabílate pendejo…, pues ruinas; ruinas, ruinas y más ruinas.

El adulto humano promedio, no quiero ofenderte, es un costal de ruinas bien moldeado, una obra de arte hecha por las pinceladas de la destrucción. Una puta con buenos pechos y un gran culo, es sin duda agradable a la vista; pero..., ¿Y? ¿Eh? Ahí no hay nada: solo una ternera lista para ser ordeñada en las fábricas del progreso.

Ah, y podemos ir aún más lejos ¿Ves a esos señores que salen echando discursos que hacen referencia a la patria, a la abuelita libertad, a la fraternidad? Esos pobres son peores. Las grandes universidades han programado a estos pobres sujetos de logaritmo en logaritmo, de ecuación en ecuación. Cada presidente, sea quien sea, es algo así como la oveja que dirige a otras ovejas.

Yo, que he andado descalzo por todos los países; que no he estudiado en Harvard ni he descubierto el número pi en la letrina de una cabaña, he demostrado que la democracia es una farsa. El Estado te encierra cuando quiere, a la hora que quiere y de la forma que cree conveniente, ¿Y si protestas? Si protestas, mi atento mariguano, te dan unos buenos macanazos y te mandan a pasar vacaciones en uno de los tantísimos calabozos que hay en este basurero.

—Señor peste, aquí entre nos ¿Es verdad eso de que el día en que usted se vaya…, pues, el futuro será mejor para nosotros?

— Jajajá, ah que mariguano tan gracioso eres. Ni los chirriados de las plazas me han hecho reír tanto. Mira, quiero serte muy franco: el futuro para ustedes no es bonito. El mañana será una pequeña cárcel bien modelada, bien delimitada. Cada ciudadano será perseguido por drones, desde que se levante hasta que se acueste; franquear la ley, si mucho, será un acto imaginario hecho para los miembros honoríficos de los manicomios y las correccionales (que surgirán como langostas en siglos posteriores).

En ese futuro que te espera, mariguano, no habrá coqueteo, ni conversaciones amenas, ni coito desenfrenado ¡Nada! Todo será tan artificial como los hologramas. Lo único interesante de ese mañana prolífico en tragedias, es que habrá pocos humanos perturbando el paisaje: la guerra, el hambre, las otras pestes y la contaminación de los recursos naturales crearán un ataúd pequeño (hecho apenas para unos cuantos idiotas).

11

—Camilo García, se le declara culpable de robo a mano armada, y se le notifica que será condenado a ocho años de prisión.

Ay yayay viejecito fanfarrón, qué fácil haces las cosas: un par de martillaos y ¡Zaz!, otro tipo a la guandoca. Ese hombre al que folklóricamente tachas de criminal, no robó por deporte: eso solo lo hacen los senadorcitos de cuello blanco a los que tanto idolatra tu cara de hiena enjaulada.

El tal García robó porque necesitaba comprar medicamentos para su madre, porque..., ¿adivina qué? Tu nuevo canario tiene una mamá postrada en una cama miserable; y el Estado, ese paquete de galletas vencida de la libertad, la igualdad y la fraternidad, no le ha brindado nada: ni una inyección, ni un jarabe, ni una cajeta de aspirinas genéricas.

Señor juez, este país, con sus maravillosas tablas de la ley, con sus tutelas multicolores, con sus órdenes de desacato: no es otra cosa que una ascienda habitada por peones desaliñados. La justicia ¡Y atrévase a decir que no! Es para los señores que andan muy orondos por estas cordilleras, casi siempre masacrando gente, casi siempre escupiendo con sarcasmo la toga de los magistrados.

Pero la justicia existe juecesito ¡Yo soy la justicia! En mi carruaje de mocos, fiebre y desencanto me llevo a todos por delante. Conmigo no sirve el ruido de su martillo. Conmigo no sirve el derecho a la vida, ni a la belleza, ni a la felicidad, ni a la muerte digna.

12

Van treinta o treinta y siete horas en que no duermes ¿No es cierto? Pero las ganancias de estos días tienen su compensación: el borracho que conducía medio dormido te ha dejado su buena tajada. Aunque, polluelo de la sumisión, yo sé más que nadie que ya no duermes porque le temes a la soledad de tu cuarto ¿Es aterrador, no? Antes de cerrar los ojos, aparece él: con su pequeño aerosol (pincel de los trashumantes), con su cara pálida, con sus órbitas vacías, llenas de muerte, de olvido, de incertidumbre.

¿A cuántos hombres has golpeado este año mi querido policía? Seguramente no te acuerdas ¿Quién puede acordarse de ese tipo de cosas? Tú golpeas con los puños, otros golpean con sus billetes: el mundo es un ring invisible en que sangramos nuestra esperanza, es la verdad, es la puritíta verdad.

El domingo seguramente volverás a la iglesia, y con delirios de papá o pastor protestante, te subirás de nuevo al pulpito y le dirás a los padres de familia que sus hijos son malos hasta más no poder; que no hay nada que hacer; que cada adolescente debería pisar un presidio obligatorio por el solo hecho de tener dieciséis años.

Puede que te divierta eso de ir por ahí aprehendiendo puerquillos a diestra y siniestra; puede que te parezca maravillosa la idea de encarcelar a medio país en tus calabozos de media estrella..., pero, mm, mm, mi estimado triunfador. Eso no se hace. El mayor preso de este país: eres tú. Todos saben aquí que te has perdido de casi todo en la vida: una buena comida, un buen trasero y un buen vino son para ti idilios imaginarios de las películas gringas.

Querido policía, hay tantos presos al aire libre. Unos, o mejor la mayoría, van por ahí con sus negocios a cuestas: mirar un paisaje se les hace imposible ¿Por qué? Porque una aurora boreal está traspasada por números contables, por deudas y deudores, por proveedores que se esconden y bancos que acechan como leones africanos.

Ya lo sabes mi perrito de madera, no solo hay policías para vigilar el hambre de los pobres, también hay gendarmes para golpear a los espíritus que de cuando en cuando se escapan de las murallas ¿Cuántos campos de concentración hay en esta tierra enferma? Quizá millones, quizá trillones. La historia, la

verdadera historia, le contará a los humanitos del futuro las faenas del coronavirus. En cada librejo estará mi nombre junto a los presidios de nuestro tiempo ¡Inmensos! ¡Pálidos! Porque nuestro siglo es un horno crematorio en donde se achicharra la grandeza de nuestras almas.

13

Hurga, hurga, topo de las calles; hurga, hurga mi muñequito de estiércol: quizá no encuentres algo que comer, pero al menos, de tanto cavar y cavar en esos desperdicios, hagas un hueco que te lleve en menos de lo que canta un gallo a un lugar más placentero. Hurga, hurga minero de la noche, a lo mejor al otro lado del túnel exista un pequeño remanso; en donde la oferta y la demanda, no te destrozan al son de las guillotinas y las horcas a cielo abierto.

Ni joven ni viejo pudiste tener una casita, ni mucho menos una mujercita de manos de lluvia que te arrullara en la cama ¿Y qué podías hacer? Montaste una taberna y te la bebiste en un santiamén: noche tras noche, botella tras botella, copa tras copa tras copa. Después te sentaste en la cera, y ahí, junto a otros desheredados, te dedicaste a contemplar la luna ¿Qué te ha dicho la luna mi buen amigo?

Si aún no has descubierto que dice nuestra bailarina de plata, te lo diré: no soy egoísta ni mucho menos, y menos aún con quienes me prestan tan hospitalariamente sus pulmones, arterias y huesos desparpajados. Nuestra amiga la luna dice que somos todo un espectáculo, un reality show; o bueno, lo que es casi lo

mismo, una escuelita de primaria para comediantes inter-planetarios.

Si un comediante de Andrómeda quiere elaborar el personaje de un gobernante, puede mirar a Latinoamérica: aquí cada gobernante, local o nacional, pobretón o burgués, compite majestuosamente con los payasos pintoreteados de los circos errantes. Si los marcianitos no nos han pulverizado, es porque nuestra indiscutible graciosidad les causa gracia.

Pero eso sí, la luna es una de esas viejas, que aunque andan sin un trapo por la mitad de la noche, respetan y aprecian a hombres como tú. Puede que no tengas un centavo, que tu único par de dientes baile zamba mientras caminas por las avenidas: pero vales más que estas mascaritas de buenos modales y antecedentes intachables.

Topo, échate un trago cuando termines de devorar ese pan mordisqueado. Si estás borracho se te quitará un tantico la paranoia. Pero nunca te descuides del todo. Sospecha de quienes rezan demasiado, de quienes andan con la frente elevada sin haber tirado piedras a su prójimo; sospecha del gobernante que habla demasiado, del hombre que habla de buenos valores y paraísos venideros ¡Tienen un terror en el alma que anhelan repartir entre los hombres!

14

Abre las piernas, muñequita triste. Ábrelas más: deja que entre con su ritmo bamboleante la verga de la vida, y que salga con una cancioncita de Julio Jaramillo, el arsenal de lágrimas,

cruces y palabras sucias que llevas en la cabeza ¿Le temes a ese negro 'matapobres'? No te preocupes muñequita de ron añejo, deja que su lengua de asesino chille por tus piernas. No le temas. Teme a la civilización que cada día nos pudre las entrañas. Teme a las leyes que se meten sin permiso en el cuarto de baño y en la oscuridad de nuestras cobijas. Teme al mañana que se asomará insolente con sus viñas de desodorante.

Ese negrote que te retuerce las nalgas, es un pobre caguetas, un sin nadie al que le pusieron un arma, un alias y un estatus de indiano. Mañana, muñequita, te habrás ganado unos buenos pesos. Los obreros y los oficinistas se oxidarán bajo las lámparas: pero tú estarás en el balneario con el muchacho de ojos azules. En la sombra de un manzano artificial sentirás por un momento que eres una buena chica, que hasta eres virgen, que hasta tienes una aureola de santidad en el fondo de tu vientre.

¡Ya! No te quejes tanto muñequita de caucho: esto para ti ya es un deporte; tú podrías ser la madame, la maestra, la sensei de las mejores actrices porno de este triste planeta. Al fin y al cabo, has sido la maquinita tragamonedas de cada uno de los hombres que te miraron: un roce de tu hermano, una caja de chicles; una sentada en las piernas velludas de tu padre, una barra de chocolate; un polvo precoz en el baño de tu tío, un celular nuevo el 31 de diciembre.

Tu conciencia, mi putica de frambuesa, sabe que en tu pueblo todas las mujeres son rameras a su manera: unas son fatales en la cama, unas vacas muertas producidas por Disney; otras son unas gacelas en potencia los fines de semana. Hay de todo. Pero todas se vendieron al mejor postor. Sus madres les dijeron que se casaran con un hombre de bien. Eso hicieron. Tus amigas, lo reconozco, son humildes a la hora de trabarse un

buen partido: basta con que el tipo tenga dinero y respire un poco (así sea con pipeta de oxígeno).

¿Sabes mi putica nocturna?, personajes como yo te admiran en secreto. A veces amamos lo mismo. Muñequita, a ti te gustan los viejos pisoteados por el tiempo: también a mí. Tú odias los lavamanos, las farmacias y los doctores de bata blanca y…, ah, también yo los detesto.

Chh, chh, ricura, el negro se ha dormido, ha pasado la tormenta. Si quieres, si se te antoja, puedes rebanarle las entrañas con su propio cuchillo; o mejor aún, puedes desintegrarlo a balazos (juegos artificiales de negro). Los policías dirán que al negro Clarizo lo mataron sus enemigos, o que por celos lo despescuezó una de sus tantísimas mocitas de chores cortos y caras morenas.

Olvida para siempre el tapabocas y ve a buscar a otro negro Clarizo; seguramente también él te pellizcará el trasero ¿Y? Es un intercambio de venganzas anónimas. Tú le darás tus tetas frías, él te dará sus mordiscos de chofer viciado; tú te llevarás unas monedas, él se llevará un hijito mío en la caverna de sus pulmones. Al final de esta noche, o quizá de la siguiente, todos en este antro tendrán su regalito: un boleto firmado por mí para ir de excursión al fondo del crematorio.

15

Mí estimado chulo: hoy te tengo noticias buenas y noticias malas. Las noticias buenas consisten en qué tu mosa de quince quilates aún no está tirando en el yacuzzi con tu escolta favorito, qué estás más muerto que vivo y tus cenizas se pudren

en la memoria del mundo, qué Hitler volvió del infierno y ahora quiere transformar en nazis libertinas a las monjas de la tierra, qué el presidente se murió por exceso de viagra y qué gracias a eso gobernará nuestra selva, con lealtad y sabiduría, un escritorio de madera importado que levita en el palacio de Nariño.

Las malas noticias se resumen en cuatro o cinco pendejadas de menor a mayor o mayor a menor según tu perspectiva 1) Los bombones que tenías en la hacienda ahora le hacen la paja a tu enemigo del frente 2) Los jóvenes de tu tierra ahora se emborrachan mirando a la luna mientras se traban con gotas de marihuana y chicha de limoncillo 3) Dos más dos aún siguen siendo cuatro, los gringos aún no nos lanzan la bomba y Magnolia aún no hace una orgía colectiva. 4) Las marionetas aún alegan en el congreso y los youtubers queman neuronas a la loca con sus gatitos de felpa. 5) Los bohemios se duermen temprano y las cantinas se convierten en iglesias sepulcrales con olor a ropa color y a semen insatisfecho.

¡Chulo! Te moriste, ¿Dónde quedó la grandeza? Como un rayo pasaste de quebrar pupitres, tizas y pizarrones, a quebrar comerciantes, banqueros y empresarios de baja calidad ¡Te mandé a la tumba! A mí no me sacaste los ojos con un bisturí, a mí no me traspasaste el rabo con tu taladro de veinte centímetros, a mí no me hiciste cavar una tumba de cuatro metros en la mitad de las montañas ¡Mi pequeñez fue tu perdición! No hay balas, ni cuchillo, ni bombón de tetas grandes que pueda arrodillarme. Al señor Covid ningún siciliano lo pulveriza: ahí te dejo esa lección para que te acompañe por toda la eternidad entre las llamas del averno.

16

Los demás 'virus' dirán que soy un maldito mediocre, un caguetas con antropofobia al cuadrado, un cincel de la pereza y la mediocridad. Pues les doy la razón. No los voy a contradecir: soy una de esas pestes underground poco guerreristas ¡Mi desnudes es la única espada que arrastro por esta tierra! Soy un majareta de la naturaleza: el ciclo de la vida es una mentira que yo no me trago, ni con caviar, ni con queso mozarela.

Dicen por ahí que la vida en sí misma es cíclica ¡No me importa! Yo hoy me voy a quedar en este canasto imitando a las ostras, cantando rancheras o voleándome la paja mientras pienso en alguna célula bronquial con aroma de frutos sabaneros.

Hoy no me pienso dejar empujar como muñeco de lana por el ayer o el mañana; que el destino, el libro de la vida o las cuerdas de dios se vayan al carajo. Immanuel Kant decía que hay que alcanzar la mayoría de edad: que uno no puede delegar su capacidad de pensamiento a cualquier hijueputa (ni a cualquiera ni a uno reconocido). Según Inmanuelito, la idea es que uno piense por sí solo ¡Así se vuelve grande!

Pues en este día les cuento a mis compadres, a mis enemigos, a mis tíos, a mis abuelos y bisabuelos, a mis mozas de veraneo y de tiempo completo, que ya no ando cabizbajo por esa pendejada de la minoría de edad. Que ahora me pienso solito: que cuando quiero me quedo desnudo, sin hacer una mierda, sin pronunciar palabra, sin respirar siquiera ¡No pienso lo que me ordenaron pensar las hermanas del destino! Voy a dormir este día como algún volcán latinoamericano perdido entre las montañas.

17

Ya que mi grandeza me ha impedido odiarme a mí mismo, generosamente me he dedicado a odiar al resto del mundo: muy, pero muy especialmente, a los micos que lo gobiernan; con un esmero, con una dedicación que haría sonrojar a cualquier abad de algún monasterio mendicante. Como nunca pude amar a nadie, excepto a la muerte en raticos de debilidad, me dediqué con constancia de cazador a destrozar con saña los pulmones de los amantes. Como nunca tuve un susurro ni una canción materna, me dediqué a fusilar entre estornudos a las matronas más viejas de la tierra. Como nunca pude bailar un reggaetón con algún bombón descerebrado, me dediqué a destronar los carnavales y las piernas juveniles. Como no tengo rostro ni labios prominentes, me dediqué a taparle la jeta a cada Homo sapiens habido y por haber ¡Se ven tan graciosos con tapabocas!

Soy lo que llamarían un buen bruto de pierna tirante que odia por odiar: odio al sol que me quema sin vergüenza las hijueputas entrañas; odio al malparido borracho que va feliz dando tumbos mientras las ansias y el whiskey le arrancan los desencantos. Odio al tartufo y al gamín de esquina que con una palmada se comen a Miss universo en la trastienda de los bancos. Odio al presidente que me puso nombre de travesti (La Covid 19) sin pedirme permiso. Odio a los curas, los monjes y las biatas' porque no explotan en las plazas de mercado los orgasmos y los gritos que les dio en el paraíso el dios de las serpientes.

Odio a Mahoma y a Jesucristo. Odio a la cuna y al ataúd silencioso. Odio al apellido del opresor y al apodo del cochero.

Odio a Cleopatra y a Pizarnik porque se largaron sin dejarme un poco de su bella melancolía. Odio a Fernando el católico porque no arrasó a nuestros continentes con una horda de inquisidores enajenados.

Odiar es lo que mejor hago.

Odiar es mi fantasía.

Peste es a humanidad como asteroide es a dinosaurios.

18

Nena Blues nació en el campo coreada por las gallinas, los patos y las cucarachas. Nena Blues fue bautizada como niño en una iglesia de palo, en un pueblo de palo, en un país de palo. A los catorce años Nena Blues se dio cuenta de que era marica, que no le gustaba eso de llamarse Camilo: así que sin chistar los dedos se robó los cucos de su hermana y los balones desinflados de su primo para hacerse un ajuar de travesti renovado.

Nena Blues fue acuchillada a los veinte años por dos paracos a los que les molestaba la gruesa mercancía que tambaleaba entre sus piernas. Nena Blues como gata egipcia o dragón de siete colores, sobrevivió a las puñaladas y se volvió profeta de los maricas colombianos.

Nena Blues montó una iglesia de travestis en donde Jesús usaba minifalda y la virgen María, pantalones de Baquero.

Nena Blues fue achicharrada un viernes santo por una turba enceguecida: llegó a la UCI más carbonizada que anciana en el crematorio.

Nena Blues murió a noche mientras yo le besaba el trasero y los pulmones de arcoíris.

Yo, la peste (a quien ustedes llaman El Covid 19), fui más o menos un cura, un confesionario, un diario íntimo y rosado para ese bombón de cuerpo indefinido al que los reporteros, las putas y los buenos proxenetas llamaron 'Nena Blues'.

19

Ángel salta de un lado a otro, mata cucarachas, hace gargajos, le arremeda al paletero y le toca el trasero a su prima Griselda. Hoy este homúnculo colombiano ha abrazado a medio planeta; llevando y trayendo, mi cuerpecito de arrabal.

Sus manos de sicario en miniatura, alérgicas al alcohol, los desodorantes y los tapabocas, han sembrado en los abuelos de la cuadra, un patíbulo al mejor estilo de la Revolución Francesa.

Gracias a esa ternura, a esos picos de santurrón en primavera, Ángel dejará a la iglesia sin feligreses y al Estado sin pensionados. Unos ganan, otros pierden: el maldito juego de la vida.

Ángel está dejando a la ciudad sin sus momias de terciopelo; mañana solo habrá jóvenes habladores de mierda, youtubers que le recitan a las muñecas y webcams que hablan de feminismo mientras le pelan el culo a burgueses extranjeros.

Ángel será recordado en alguna remembranza pendeja por haber sido el reguero de cariño que dejó a esta finca sin sus mejores trofeos. Por la reverenda y mongólica culpa de Angelito ya no tendremos a esas canitas de antaño que nos recuerdan muy sutilmente que todo pasado fue peor y que el futuro no mejorará demasiado. Como dicen los italianos: grazie, grazie maldito retardado. Me has ahorrado un jurgo de trabajo: las pestes del año tres mil me harán una estatua en diamante o algo por el estilo.

20

Te has aspirado media ciudad, te has atorado las ñatas con el polvo medio negruzco de todas las plazas habidas y por haber: pero aún siguen ahí esos ojos verdes, esos labios gruesos, esa piel de luna.

Te has bebido todos los tragos, te has quemado las entrañas con el aguardiente y el vino apestado de todas las cantinas, de todos los antros jamás explorados por los bohemios de este puto país: pero aún siguen ahí esos ojos verdes, esos labios gruesos, esa piel de luna.

Te has hundido en la escarcha caliente de todas las putas que has alquilado en las autopistas y en los sucios callejones. Has sorbido con sed de limosnero, cada vulva, cada pecho y cada boca que se te ha cruzado por los caminos de la vida: pero aún siguen ahí esos ojos verdes, esos labios gruesos, esa piel de luna.

En ese cuerpo tuyo reposan con cierta delicadeza todos los placeres de la tierra. A veces parece que, al caminar, te

acompañara una horda de vicios descoloridos de todas las razas, culturas, tamaños, extensiones y pelambres. Los lameculos de los círculos intelectuales te hacen odas y alabanzas en poemas y reportajes. Lo bueno es que la lambonería de los letrados, te resbala, te importa cinco.

Después de aquellos ojos verdes aprendiste a ser un hombre solitario. Hoy miras al culo del mundo con total indiferencia. ¿Tapabocas? Pff, ¿Alcohol anti bacterial? Pfff. Yo he tarareado canciones de Pink Floyd con tus pulmones ya más de diez veces ¿Y qué? Tú has seguido como si nada: cultivando la decadencia, adorando la soledad y la empatía pasajera.

Sabes que tus ojos verdes no regresarán; sabes que ella será quizá una dama decente, con hijos decentes y esposo decente. Sabes a ciencia cierta que ella, a diferencia de ti, ya ha triunfado en la vida; que mañana o pasado mañana tendrá un lugar en la plaza de Bolívar o en la enciclopedia de historia nacional. Sabes que tú, siendo optimista, tendrás una estrellita de honor en la sala de fracasados de alguna revista cualquiera, en un pueblucho cualquiera, en un departamento cualquiera.

21

No alces la frente tan alta mí querido Escopeta. No lo hagas. Ese general de aspecto nórdico, ese presidentucho que te mira desde sus altas oficinas: pronto te dará con cincel burocrático una linda patada en el culo. Te mandará directico al olvido: ya no habrá medallas, ya no habrá canticos de guerra ni alabanzas en la tele. Este año hay nuevos peones en la entrada. Este año

ya no serás tú. Este año serán otros campesinos arrancados de su tierra los que ocuparán tu honorifica sucursal.

Tose tranquilo, tose con confianza, mi verduzco maniquí. Aquí en esta selva todo está muerto: los pájaros y las plantas se ahogan en glifosato; las utopías y los blancos futuros se pudren bajo el egoísmo ¡Nada queda en pie! ¡Solo hay ilusiones de objetos e ideas!

Señor Escopeta, tu madre morirá mañana. Señor Escopeta, tu mundo se irá muriendo bajo los rieles del progreso. Todos están quedando dormidos. Todos quedarán dormidos. América, Asia, Europa y Oceanía seguirán esperando al príncipe azul que los saque de sus sueños.

Escopeta, no hay salvador, no hay príncipe azul. Los cuentos de hadas esconden una amarga verdad: la cenicienta entró en coma profundo cuando el mago del castillo le inyectó heroína en una fiesta de disfraces; Caperucita roja terminó en un manicomio tras dar a luz a un hombre lobo; Blanca Nieves se volvió prostituta después de que un día fuera violada por siete enanos en un bosque lejano; Barba Azul fue enjaulado en la Gorgona tras haber ahorcado a sus esposas en medio de apasionadas lunas de miel en balnearios de dos pesos; Y pinocho fue transformado en mueble por un gitano mal encarado en un diciembre del noventa y nueve.

Tira el arma Escopeta, vete a saltar con los leones y los tigrillos; hazte la paja en un árbol de aguacates hasta que llegue la muerte ¡Eso es más valiente! '¿Qué tus medallas?', '¿Qué tus reconocimientos?' pfff, ya te lo dije: ahí afuera, en los campos de Colombia, hay miles y miles de tristes campesinos esperando tu misma suerte.

Ninguna guerra ha tenido sentido, tampoco la paz lo tiene, porque el hombre es un animal destructor…, no hay nada que hacer. El problema, Escopeta, es que en este valle de mierda unos cuantos Homosapiens han domesticado al espíritu de la guerra: el soldado es un triste tornillo de los grandes poderes, una maquinita de tirar flechas manejada a control remoto desde los grandes palacios.

Y, ¿adivina adivinador? Ahora estoy yo rondando en pelota por regimientos y pelotones: no habrá tanques, no habrá fusiles, no habrá misiles ni tapabocas blindados que puedan librar a tu pueblo de mi linda vocecita. No habrá grito de batalla que apague mis llamas pestíferas. Mira como me abro de piernas: cae el cabo, cae el teniente, cae el sargento, cae el general, cae el ministro.

22

En cuatro meses que llevo de paseo en paseo, he mandado a más de un centenar de humanitos directo al manicomio. El primer mico que se chifló de remate fue un tal Amarifo. Hoy creo que ya no tiene cerebro (aunque quizá nunca lo tuvo). Amarifo me escuchaba en todas partes: en la sala, en el comedor, en la oficina, en el refrigerador; me veía en el grifo, en la almohada, en el techo, en los ojos de su mujer y de sus tres mozas.

Un día Amarifo, con su cuadrilla de Amarifitos, sus vecinos Amarifos y sus manías de Amarifo, salió medio desnudo por las calles de su pueblo gritando que el mundo se iba a acabar, que Jesús venía con sus trompetas doradas, que el diablo y el Covid

eran la misma vaina. Mi rostro alborotado fue dibujado en cada garaje, en cada paral, en cada puente, en cada esquina.

Como cualquiera de ustedes puede suponer, la cara de Amarifo y las de su ejército de Amarifitos pasaron desapercibidas. La prensa colombiana ha comprendido que la locura latinoamericana es un elemento cotidiano, un virus del trópico casi tan común como el dengue o la malaria.

Uno sale a la esquina y en realidad le sorprende ver tan poca gente corrida de la teja. Latinoamérica: desde Argentina hasta Panamá, desde México a Nicaragua, es un maldito hervidero de alienados estrafalarios. La vaina es que aquí es difícil que el mono promedio no termine persiguiendo molinos de viento. El fulano de a pie vive paseando su barriga medio vacía los trescientos sesenta y cinco días del año.

En este basurero (que lejos está de ser un relleno sanitario decente), la mayoría de hombres tienen hambre. Si un tipejo ha comido las tres o cuatro comidas del día, seguramente tendrá hambre de cariño, de justicia, de kamasutra los lunes, los martes y los viernes. La insatisfacción es un sello distintivo del latino promedio.

El latino no ríe: tan solo se queja mientras pela sus dientes de indiano.

El latino no acuerda pactos de paz: solo se reserva el derecho de la muerte para sí mismo mientras su enemigo se debilita en el pabellón del pacifismo.

El latino de cuerpo moreno no ha olvidado a sus antepasados prehispánicos: por eso anhela ir de liana en liana, de árbol en árbol; sacándole el corazón a sus enemigos mientras se inclina

ante el sol, ante una piedra o ante algún caimán con delirios de deidad intergaláctica.

Bendigan el hambre, la locura, la muerte. Lancen esas putas bendiciones en helicóptero, en avión fantasma, en cohete espacial. Esa es su verdadera trinidad: hambre, locura y muerte; el resto de cosas son invenciones hechas al amaño de gitanos atolondrados.

Hambre, locura y muerte; hambre, locura y muerte. Hagan coros, bandas, duetos, quintetos y estudiantinas que guarden en cuerdas, trombones y voces amacigadas esas tres palabras. Las únicas que cada hombre lleva en el alma y en la columna vertebral.

23

Ahora que ando confesando mis maricadas sin ningún miramiento, confesaré además que soy una de las pestes más solitarias del mundo. De mi cuerpecito desnudo huyen sin reparo ballenas, cocodrilos, leopardos, jirafas, musarañas y panteras escarlatas. De los humanitos mejor ni hablo: esos guevetas' sí que me detestan. Aunque con estos últimos micos esa ha sido mi idea, mi oscura intencionalidad, mi sueño temporal e intemporal: corran humanitos, corran que los cogí de los pelos.

El único amigo que tengo es Don Judas Iscariote: ese pendejo ha sido mi compadre, mi uña, mi mugre, mi ñarrea', mi pana, mi llave y mi paño de lágrimas por más de tres siglos y medio. Judas es viejo y sabio como él solo: tal vez porque ha

vivido demasiado, tal vez porque ha sido más dañado que corsario encarcelado.

Mi parcerito no ha tenido buena fortuna: la miseria y el desengaño lo han perseguido sin tregua. Por allá en el siglo primero trató de vender por un par de monedas de oro a un tal Jesús de Nazaret, ¿Qué pasó? A pues, que mi amigazo, con cierto cargo de conciencia (del que hoy se arrepiente), trató de ahorcarse. Estuvo suspendido de la cuerda una hora, dos horas, tres horas, cuatro horas, cinco horas ¡Y ni mierda!

Dios, barbudo inclemente que nos apedrea a todos con rítmica intolerancia, condenó a mi camarada Judas a la inmortalidad. Mi camarada, en venganza legitima, tomó el camino del errante, y de comarca en comarca, se fue enseñándoles a los niños de todas las razas y culturas, el bello arte de la traición.

Un día un tal Colón lo invitó en una taberna de Aragón a que se fuera con él a la India ¿Y qué dijo Juditas? Pues nada: que de una, que para mañana es tarde, que muévalo pues guevón, que píquelo. La otra historia ya la saben ustedes gracias a cartillas y enciclopedias: Colón descubrió América de pura chepa, intercambió biblias en latín por fanegas de oro, esclavizó indios a punta de latigazos, e hizo coloncitos con cuanta pernilampiña vio por las selvas y las playas y las llanuras y las cuevas y los matorrales disimulados. Los aborígenes en taparrabo, muy pragmáticos, por cierto, usaron como envoltura para sus tabacos gigantes: el génesis, el viejo y el nuevo testamento, el cantar de los cantares y el apocalipsis. De fumada en fumada, los indígenas transformaron aquella frase de ‘Y el verbo se hizo carne’, por la de ‘Y el verbo se hizo humo’.

Judas le enseñó a la raza americana como traicionar con elegancia y vulgaridad, dependiendo la ocasión y las circunstancias atenuantes. Hoy el trabajo de Juditas ha dado frutos. Digan pues que no: los veo pues, los veo. En esta ratonera todos traicionan a todos: los gobernantes a su pueblo, los soldados a sus generales, los hijos a sus padres, los amantes a sus amantes y los pobres a sus colegas de buhardilla.

Sea como sea, yo a Juditas lo estimo como mi hermano. Mi parcero lleva su cruz con orgullo, sin humildades lastimeras de ningún tipo. Su horrible maldición me ha hecho comprender que el peor castigo para un hombre es la inmortalidad. Perseo, después de haberle bajado la cabeza a Medusa, fue premiado por Zeus con el rayo de la inmortalidad. El guerrero, que tenía algo de filósofo, rechazó el premio porque comprendió que solo nuestra mortalidad nos permite disfrutar de cuando en cuando las bellecitas que a veces nos regala la existencia.

Gracias a pestes como nosotros existe y existirá la mortalidad: por mí ustedes disfrutan un buen polvo; por mí ustedes saborean un buen manjar; por mí ustedes miran extasiados amaneceres y atardeceres; por mí ustedes hacen piezas inmateriales en los tablones del tiempo. Yo les muestro sin tacañerías que todo es efímero, que hay que disfrutar porque se van a ir al papayo, o al infierno, o al cielo, o al Valhalla, o al limbo, o al grandísimo e indecoroso mundo de la nulidad y el desparpajo.

24

Gorilasdinero, espiritusdinero, vaginasdinero, cansancios-dinero, cariciasdinero ¡Todo es dinero! Aquí no se puede decir ni pío: cada lengua, cada boca, cada sermón en cada iglesia o recoveco de la periferia es una moneda viviente. El corazón, las lágrimas y la mirada de los dioses fueron secuestradas por un puñado de monedas.

Yo que soy casi un dios, yo que ando en pelota sin un centavo, sin una cuentica de ahorros: puedo proponer, o mejor aún, puedo escribir sobre los cuerpos de los hombres, las nuevas leyes, las nuevas tablas de la ley. Pongan el culo en el piso en la parte más cercana y escuchen con atención mejor.

Ley uno: que todos los hombres, sobre la faz de la tierra, aprendan desde edades tempranas a errar por el mundo, ha olvidarse de sí mismos. Que comprendan que solo hay una ley universal: la de la naturaleza.

Ley dos: Que cada hombre, joven o viejo; letrado o analfabeto; citadino, campesino o pueblerino, extienda cada día su propio caudal de los placeres. Que cada vértebra, que cada nervio, que cada célula sea un templo en el que Dionisos, siembre con vino del olimpo, los gemidos del delirio y la exaltación.

Ley tres: que la guerra, o cualquier intento de hacerla, sea castigada con severidad, excluida de cada territorio. En lugar de estatuas a generales y próceres mal encarados, deberá existir en las plazas públicas, monumentos al falo, a la vulva, al vino chorreante y al humo diletante de los bohemios nocturnos de todas las civilizaciones aisladas y conocidas.

Ley cuatro: no habrá más hombresdinero en las comarcas del futuro. Cada quien tendrá lo necesario para vivir: pan dulce o salado de la mañana a la tarde, una vivienda desde la cuna hasta la tumba; un buen culo o coño vivificante los trecientos sesenta y cinco días del año.

Ley cinco: que las ciudades sean desmanteladas, que los edificios sean derrumbados, que los vehículos que proliferan como moscas, sean remplazados por mareas y mareas de vacas, burros o caballos; que el ruido de las máquinas sea reemplazado por el ruido de los grillos y de los gallos en los tornasoles del medio día.

Que así se haga, que así se cumpla, que a si se dicte en escuelas y bibliotecas: que el gorila del mañana abrace con fuerza su nueva armadura: la de la tierra.

25

Los hermanos Pinky van por el mundo exhibiendo monstruos en jaulas electrificadas. Los hermanos Pinky son camaradas inseparables cuando el oro llueve del cielo y enemigos de garrotes, balas y cuchillos cuando las vacas y los castillitos se pierden por el horizonte.

Maritza Muñeton, fenómeno sudafricano de seis manos, seis pies, seis ojos, seis tetas y seis soledades, trabaja de sol a sol para los hermanos Pinky. No se sabe si Maritza Muñeton es hembra, araña, hombre o hermafrodita: ningún mortal ha osado quitarle la virginidad.

Lo único que se sabe es que Maritza Muñeton tiene pulmones de hierro, que su salud es la de un Lama o la de un

Gautama contemporáneo. Yo que he caminado en pelota por cada uno de sus intestinos, puedo afirmar bajo juramento que Maritcita es algo así como un puente, una explanada fangosa entre una hembra y un filósofo.

Maritza Muñeton es la representación, a despecho de muchos, del occidental promedio, del bobo de a pie que va viene por trenes, avenidas, fábricas, oficinas, hospitales e iglesias. Porque todo por aquí es, ha sido y será un maldito puente: Colombia es el intermedio entre una finca y una avenida; el presidente es un intermedio entre un banquero y un payaso de circo; las mujeres son un intermedio entre una vaca lechera y una maquinita tragamonedas.

Nadie. Absolutamente, nadie: ni en la selva más tupida, ni en la montaña más helada, ni en la cabaña más podrida, ni en el rascacielos más alto, es extremo en algo. Aquí el asesino tiene algo de cura; la puta algo de monja; el aristócrata algo de iletrado y los donnadies algo de millonarios. Nadie quiere ser ontológicamente hablando una sola vaina. Una persona, una cosa: aquí son muchas personas, muchas cosas; cada hombre que uno ve rascándose la nalga en las esquinas, en las paradas de autobús, en los pueblecitos hambrientos, es una especie de ambivalencia parlante ¡Y eso es todo!

26

Te dejaron insultar a tu patria, te dejaron hacer poemas de desdén sin pegarte un balazo; te dejaron pensar en el fracaso de la modernidad, en la monstruosidad opresora de las grandes ciudades, en las dictaduras disfrazadas de las incontables democracias. Te dejaron hacer todo eso, y quizá más. Pero a

pesar de que ponías a cantar tus neuronas, nunca te dieron un centavo por ello. Fue la forma en que la sociedad se vengó de ti: dejándote morir de hambre.

Las mujeres que conociste, unas en las iglesias, otras en los burdeles, adoraron tus poemas, aclamaron a tu alma desnuda tendida sobre el papel: pero nunca mereciste una caricia por ello. Ninguna vagina trastornada o con exceso de lucidez se derrite con un poeta. El clítoris no quiere un verso, el clítoris no quiere una oda de abalorios: el clítoris quiere una espada, un crucifijo ardiente, un carnaval de trompetas militares.

Al final te fuiste quedando solo: solo en el confín del mundo, solo en la orilla de la carretera, solo en el pabellón de los poetas. Tu madre se fue un día con la cabeza gacha; con la vergüenza irremediable de haber parido un maldito literato de dos centavos. Tus amigos se fueron perdiendo uno a uno: espantados, aterrados de tu inutilidad. A tus antiguos camaradas les parecía inaudito que nunca te preocuparas por tener una gran familia, ni una reputación, ni una caverna propia para llevar tus miserias.

Hoy, como muchos hombres estás aquí: mirando al horizonte, esperando la muerte con la paciencia de un estoico. Las enfermeras y los médicos te miran con desprecio: ellos, con su lucidez de borregos, piensan que un poeta no debería ocupar una UCI; consideran que un poeta es una especie de tornillo suelto, una abejita triste, sin colmena ni reina.

Yo te ayudaré a morir poeta de la melancolía: allá, en el ovario cavernoso del infierno, podrás declamar tus poemas con el orgullo de un demonio. Con cada verso, con cada estrofa, una diablilla libertina te mostrará sus encantos.

27

Vas moviendo el culo por la negra vida. Los marineros negros en el puerto negro te lanzan sus palmadas negras con la sed de los buenos piratas. Me gusta cómo te mueves, como mirasal negro mundo con negra indiferencia. Me gustas porque no protestas, porque no reniegas, porque no lloriqueas ante la posibilidad de que mis labios de fuego se lleven al infierno hasta el último de los viejos pescadores.

Mi negrita, mi botella de cansancios, mi arsenal de pasiones: sigue bamboleando el culo, sigue moviéndolo; baila una salsa, una champeta, una danza tropical mientras el mundito se cae a pedazos. Quiero que rías mientras corto las banderas; quiero que rías mientras me llevo por delante reactores, misiles y puñales.

Esta tierra es un baile de ilusiones y deshielos. Rompamos el adornado caparazón, hagamos una orgía con nuestras muertes, con nuestras lágrimas, con nuestros delirios. Saquemos a pasear a la pista nuestros rostros calcinados ¿No será más divertido? Sin duda lo será. El cura bailará un vallenato de los ochenta con alguna fufurufita con delirios de mendicante, el presidente se atragantará con yagé en algún rincón del Amazonas.

Soy una peste de buena cultura, y desde niño he pillado a los humaitos fabricando caretas aquí y allá, vendiendo personajes, papeles y teatros monumentales ¿Quién es real por estos lados? Nadie. Lo único real es la piedra, la cual persiste con terquedad abrumadora, en ser ella misma.

¡Careta! Vuelve a la desnudez y a la belleza de la tierra.

¡Careta! Aprende a mover el culo como mi negra hembra, porque el mundo es un cementerio y hay que aprender a danzar con la muerte junto a los acordes de la nada.

¡Careta! Quítate todas esas máscaras. Quítate los tapabocas. Quítate las angustias: el pez muere con risas o sin ellas.

28

Parece que los humanitos andan encerrados: aterrados, acobardados, ensimismados, mirando como niños asustados al mundo, al gran mundo que se los quiere comer sin una pisca de misericordia. El océano descansa, el bosquesuelo descansa, el leopardo descansa. Los hombres se detienen en la escalera: ya no hay un arriba, ni un abajo; ni un antes, ni un después; ni un quién sabe, ni un mañana. Mi culo desnudo los suspendió en el tiempo: sus pulmoncitos de felpa sienten terror al verme.

Cada humano, grande o pequeño, general o presidente, feligrés o ladronzuelo, ha regresado a su estado primitivo: ahora cada ciudadano es de nuevo un pequeño roedor huyendo de la muerte. En las casitas-cementerio cada mono tiene su propio juego con las meretrices del miedo: la escuela, la oficina, las tiendas y las trastiendas son un inmenso tapabocas bañado por la melancolía.

Animales de todos los hemisferios, climas y alturas, disfruten este pequeño espacio de paraíso: porque mañana o dentro de un año los humanitos caminarán de nuevo por cada superficie de la tierra; y créanme, no serán amables. Los hombres, con sus nietos y tataranietos, harán una gran fosa aquí

y allá: un coral, una cascada, una selva cubierta de robles son para ellos, cálidos vertederos esperando a ser llenados. Para el hombre la galaxia entera es un gran relleno sanitario.

Mis queridas ballenas. Mis queridos elefantes. Mis inflados osos polares. Mis agiles manatíes: disfruten la cuarentena de los humanitos; súbanse a los edificios, orinen en los trenes, forniquen en los puertos y jueguen en las autopistas. Reclamen esta tierra como suya: aunque sea por unos meses.

29

Por esta calle no han pasado los dioses, ni los genios, ni los maricas que alguna vez al son de una vela escribieron utopías y panfletos futuristas: por esta calle no ha pasado el papa, ni la reina de España, ni el presidente, ni el hijo del presidente, ni el conocido del presidente, ni mucho menos, el que le lambe el culo, los zapatos y las medias al presidente. Por esta callecita angosta de pipis con gonorrea, traseros con gonorrea y bocas sin dientes con gonorrea, solo pasan los tahúres, los vivales, los chulos, los expatriados y los suicidas a jugarse de cuando en cuando una partida de póker con la muerte.

En esta calle sin nombre oficial, a la que las guarichas y los travestis bautizaron como ‘La calle roja’, vive Margarita Cross: una ancianita con aires de inglesa que pide monedas sentada en una bacinilla. Los pulmoncitos de Cross, me comentaron que ese lindo vejestorio fue la putita más cotizada de estos lados: que bares como ‘La fufurufa dormida’ y ‘El coño del olimpo’, se peleaban por ella.

Como a todo el mundo, como a todas las plantas, como a todas las piedras, a Margarita Crooss, le llegó la hora de pudrirse. Con la entrepierna cansada, sin un centavo en el bolsillo (porque la palabra 'ahorro' para ella era un chiste de Sábados Felices), se sentó en una bacinilla, estiró las manos, y esperó que dios, el diablo o algún buen samaritano le diera una moneda o un buen bocado de comida.

Los ángeles desde el cielo de vez en cuando la regañan por medio de un parlante, pero nada: Margarita Crooss está sorda, sus uñas untadas de orina y otras cosillas más, le gangrenaron los tímpanos, las neuronas y hasta las ganas de hablar.

Si vienes a la calle Roja, ojalá sin tapabocas, querido, ahí le echas una monedilla a doña Margarita Crooss: yo te lo sabré agradecer con un buen beso en los bronquios o con un buen masaje de quince días en los alvéolos.

30

'Busco a una puta que llevaba el sol en las palabras', Localidad de Santa Fe, Bogotá, distrito capital. *'Busco a una puta que escribía poemas con la mirada',* Carrera 51, Medellín, Antioquia. '*Busco a una puta que cantaba canciones de Julio Jaramillo mientras me chupaba el pene',* Avenida Es Callón (centro), Cartagena de indias, Bolívar. *'Me llamo Ramiro Martínez, busco a una putica de labios amarillos, me he enamorado de su historia y quiero casarme con ella'*, Avenida Sexta, Cali, Valle del Cauca. Nada. Ni mierda. Ni por aquí ni por allá. Ramiro Ramirito: el amor es un puñal, no tiene

esquina; su filo no se oxida con los años ni con los siglos; su cuchilla no se opaca, no se trasluce, no se derrite.

Puedes escribir un grafiti en cada burdel de la tierra: no la encontrarás; ni a ella ni a su casquillera estampa. Seguramente un Sugar Daddy sexagenario también se enamoró de su historia; y ahora, en alguna cama amplia, en alguna casa amplia, tu Julieta de mañanas con aguardiente es consentida con un dolarcito en la entrepierna.

A lo mejor llegues a viejo escribiendo cartas en las paredes; a lo mejor mueras de amor; a lo mejor te mate la resaca, el metro o la policía; a lo mejor se aparezca cristo en alguna cantina llevando de la mano a un par de palomas y a otra putica de labios amarillos e historias melancólicas de la que te puedas enamorar…, a lo mejor no pase nada y el mundo siga su marcha: las bombas caerán sobre algún país desgraciado, los ríos y los peces se pudrirán silenciosamente, los obreros y los ciborgs se jubilarán a los cien años, los reyes de España y los presidentes gringos irán de paseo a algún hotelucho espacial en la mitad de la luna.

Si te consuela, mi quijotesco Martínez, aquí todos mueren de despecho; hasta la más puritana lleva un cuchillito atravesado en la mitad del pecho. Cupido. aquí ha hecho de las suyas: cada corazón, es para este niño un juguete de cien pesos que hay que romper cuanto antes. La ventaja de ser un ‘virus’ es que se puede ver todo desde la distancia. Mis únicos amores, mis tragas malucas, mis medias naranjas, son los pulmones bailarines, los rosados pulmones: amorosos chiquillos con quienes me deleito mientras los asteroides, los hoyos negros y la bolsa de Wall Street siguen su caída.

31

El diablo está de nuevo por estos basureros: huele a azufre, a viñedo, a orgia. El cuernudo dice que vino a caminar por los tejados; a bendecir con sus patas de cabra las almas de oropel, celofán y cocaína que le acompañarán en unos años…, o en unos días (nunca se sabe). El diablo es un buen tipo, un hipnotizador que te puede dejar lelo con sus innumerables historias. Ayer me contó la historia de Trisania: una brujecilla de las montañas peruanas que convierte a los hombres en arañas microscópicas tras una noche de buen sexo, de chicha, de mambeo y ajetreo metafísico.

El diablo casi siempre viene de paseo a Latinoamérica. El bajísimo considera que en estas cordilleras está el único lugar decente para vivir: Europa es demasiado pacífica, demasiado aburrida; África es demasiado violenta (una bomba y una navaja allá pueden cortarte en trocitos hasta el último recuerdo); de Asia no hay que decir demasiado, solo que viven el dia esperando al nirvana mientras sus cuerpos se hunden en la castidad de la pornografía. Latinoamérica en cambio, es un equilibrio estrafalario, un hermoso circo en el que las balas, los besos y los dioses se confunden y entrechocan en una sola danza.

Aquí un hombre de piel engrasada puede besar a una niñita de dientes de leche mientras reza el rosario en latín, sanscrito o español mal hablado; aquí un gitano puede creer en la democracia mientras huye de pueblo en pueblo de impuestos, escuelas y soldados; aquí un arrastrado con coca cola en el cerebro puede creerse un dandi o un marqués europeo con un par de dólares en el bolsillo ¡Eso es Latinoamérica! Aquí tenemos tanto de allá, tanto de acá, tanto de antes, tanto de

quién sabe. Aquí tenemos la sinfonía de Beethoven y el son cubano en una sola pista; el chulo y el presidente en una sola persona; las balas, los rosarios y las cantinas en una sola caja, en una sola copa, en un solo cuadro.

Puede decirse que yo me siento parte de Latinoamérica. Que China ni que China: yo soy un virus colombiano, un caimán del trópico, de la selva. La Organización Mundial de la Salud, podrá decir muchas cosas; podrá decir que yo nací en un asteroide; que soy hijo, nieto y descendiente de Jesucristo ¡No me desvelan las calumnias!

Creo que mi compadre el diablo y yo, arrendaremos un cuartico en Kennedy allá en Bogotá. Creo que alquilaremos una puta y le pondremos Aspasia de Colombia; creo que nos lanzaremos a la presidencia y prodigaremos una ley, o mejor aún, una nueva constitución, en la que cada artículo, cada epígrafe, sea una invitación a la orgía, a la borrachera, a la blasfemia.

32

Así es señor de los cielos: el mundo no existe, tampoco la nada; las murallas, los caminos, los sortilegios y las dudas son ilusiones (libretos trasegados de algún largometraje barato). A veces creo que hasta me gustan tus extravagancias: son tan reales, tan frías, tan pedregosas.

A noche oí lo que le decías a tu niñita de cianuro. Lo oí todo. Escuché cuando le decías que ya no querías un banco normal. Escuché como imaginabas ya no a una corporación que dragara canciones y piernas descalzas, sino que soñabas con

una entidad que absorbiera miradas, palabras, dudas. Se ve que lo quieres todo. Quieres estar por encima del presidente, del rey, del papa: quieres ser el manantial del Sahara, la panacea de la civilización, el único algoritmo del mañana.

Hay banquero mal nacido, eres un perro viejo, astuto y ambicioso como tú solo: quieres guardar en tu cajita fuerte los susurros del mundo; quieres una caja de pandora moderna; una cajita de plomo en la que se guarde para siempre la risa del mundo. Sabes que solo la gente triste se arremolina en las entidades bancarias. Sabes que solo la gente triste hace filas y filas y filas interminables mientras agacha la cabeza, las ganas, las esperanzas.

Entendiste desde el primer semestre de economía que solo la gente triste necesita carros, casas, cruceros, joyas y guirnaldas importadas. Mientras más lágrimas guarda un hombre, más chucherías necesita. El vacío de cualquier hombre se mide por lo que compra o deja de comprar ¿No es cierto hijueputa?

Quieres que en tu cajita fuerte halla una draga, un hoyo negro, un abismo de tentáculos infinitos que le chupe la risa a cada alma sobre la faz el universo. Jja, muy bien muñequito de diamante: has lo que te plazca. A cambio de tus proezas, yo me llevaré una a una, tus vértebras, tus bronquiolos infames, tus neuronas de reservado calculista.

Tú serás la caja de Pandora de nuestro siglo, yo seré la caja de Pandora de tus huesos envejecidos. Eso parece aterrador ¿No es así? Lo es, lo es. Aunque si te digo la verdad, en el mundo casi todo es aterrador. Tu flamante catedra de economía y finanzas me ha enseñado que todo tiene su precio, que el mundo no puede y no debe ser una fundación de caridad. ¿Cuándo me das mi diploma maestrito de la bolsa?

Antes de llevarme a pasear tus alveolos, tus huesitos rezagados y tus multiplicaciones interminables, te diré algo: antes de que mueras te pondré el signo pesos en la frente. Será un gran signo pesos: dorado, con la figura de una cobra egipcia. Te encantará ese detalle, te lo aseguro. En tu velorio me aseguraré de llevar los mejores fantasmas del infierno o de la imaginación humana. En la sala de velación, te aseguro, no faltará Calígula, ni Nerón, ni mucho menos Heliogábalo. Los viejos emperadores se reirán junto a tu cadáver, le tocarán el culo a tu mujer y caminarán desnudos entre los gabanes, los corbatines y los deseos infames de tus coleguillas de pillaje.

Yo por supuesto me daré mi festín: no habrá pulmón grande o pequeño que se salve. No habrá viejecita de alcurnia a la que no ponga a cantar la balada del estornudo. ¿Alcohol? Me importa un carajo. ¿Jabón lava manos? Me importa un carajo. ¿Tapabocas? Me importa un carajo. Yo soy como uno de esos guerreritos de los videojuegos: busco caminos, ranuras, trochas y atajos para lograr mi objetivo.

33

Que Pfizer, que Janssen, que AstraZeneca, que Moderna; que viene la maldita vacuna, que el mundo se va a arreglar: que al fin vamos a poder seguir vendiendo las nubes, los paisajes y los culos a veinte dólares el par; que ahora si viviremos más que el mismísimo Matusalén. Cháchara por aquí, cháchara por allá. Las vacunas taladran los países, las conciencias y los cuerpos de estos gorilas sofisticados.

Parece que pronto tendré que coger nuevos rumbos. Parece que otro cuerpo, a lo mejor el de un insecto, el de una piedra, el

de un cocodrilo o el de una Musaraña Polinesia, me esperan encantados ¿En qué reencarnaré? A lo mejor seré un lindo y bronceado tuareg; a lo mejor iré mostrando mis dientes blancos por la mitad del Sahara, silbándole a las arenas o a los muertos una canción de camellos o de fogatitas con olor a venado. A lo mejor tendré una linda esposa con olor a caballo, sin calendarios o cajeros taladrándole entre las piernas.

¿Y si reencarno en alguna abominación, como un humano, por ejemplo? Sería aterrador, espantoso…, intolerable. Si me convierto en algún bípedo de esos: estoy frito. Si de repente resulta que me convierto en un Maikol, en un obrerito de doce horas al día: haré lo posible y lo imposible por buscar una horca, un puente o un buen revolver. Si en esa encarnación lluviosa me jode la hijueputa cobardía, esa maldición de la autoconservación que tanto carcome a los vejestorios sapiens: me iré de banco en banco, de estación en estación, desocupando cajas fuertes, vientres planos y pacifismos baratos. Quizá me peguen un tiro, o seis; o quizá diez; o quizá veinte. Lo mejor que saben hacer los hombres es matar, y yo sí que he aprendido de ellos bastante.

Un tío mío encarnó hace un par de milenios en un pícaro judío. Fue una cosa de locos. Para fastidiar a los hombres se fue de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, hablando de un tal reino de los cielos. Entre discurso y discurso, les metió el cuento a medio centenar de idiotas, de que el cuerpo, más que un templo de las pasiones, era un castillo monstruoso, un oasis del pecado al que había que purificar. Mi parientico les putió la vida del todo a estos pobres engendros. Ahora ven porno de día y de noche; porque los otros cuerpos, los cuerpos reales, les parecen escandalosos, tenebrosos, indignos.

Con cada vacuna, es una puerta más que se me abre hacia el otro extremo de la nada ¿Qué me esperará allá abajo? Ojalá me encuentre con mis viejos compadres: con Hitler, con Stalin, con Mussolini, con el extravagante Torquemada, que aún se azota los domingos mientras baila torpemente mazurcas y danzas madrileñas.

34

Pancartas en la avenida, pancartas en el rascacielos, pancartas en el armatoste de dos ruedas: luces aquí, luces allá ¡Marica, estoy mareado, remareado, recontramareado! ¿Qué significa esta vaina? Nada especial: significa que la tierra, que la Vía Láctea, que nuestra apestada galaxia va en caída libre, en picada; sin paracaídas; sin bendiciones, sin rezos chamánicos ni esperanzas futuras.

Amarillo:

Amarillo significa que les siguen robando, que les seguirán robando; que mañana o pasado mañana llegará un avión amarillo con un presidente amarillo pronunciando palabras amarillas; qué sus descendientes irán medio descalzos mostrándole a los chinos sus piececitos amarillos.

Amarillo significa que Colombia no es una tribu de negros palenqueros ni indígenas dicharacheros. Amarillo significa que Colombia es un tristísimo socavón donde las máquinas y los curas buscan petróleo, oro, coltán o pentonita en el fondo del calendario.

Azul.

Azul significa que cada continente, que cada ciudad, que cada proletario, burgués o sabiondo, se morirá de sed en un

futuro no muy lejano. Azul significa que en la cima del castillo hay hombres azules escupiendo sus babas azules sobre sus cabezas hambrientas.

Rojo.

Rojo significa que de sus manos, que de sus bocas, que de sus pasos seguirán saliendo tanquecitos de guerra repletos de dinamita. Rojo significa que otras Maria Camilas, Susanas, Carolinas o Patricias seguirán en Kennedy o Boca Grande llevando en su silla de ruedas el resto de su virginidad por un par de dólares o un celular remendado.

Me sigo mareando, que guevonada. Parece que lo mío es la oscuridad, la nocturnidad de los pulmoncitos gastados. Si tuviera cara iría por la calle con un par de gafas Ray-Ban; y cuando pasara una muñeca de buenas piernas, la miraría de reojo y le diría, 'Hola ricura, que buena estas. Quisiera acostarme esta noche contigo y contarte historias sobre como dios se tiró al mundo al principio del todo'.

Me voy a una alcantarilla, a esperar que un rayo o un asteroide funda de una buena vez y para siempre a esta feria del terror. En las cloacas de cualquier ciudad se vive mejor que en la superficie. En el subterráneo nadie quiere ser un detergente. En el subterráneo todos se llaman nadie. En el subterráneo nadie quiere a nadie, nadie envidia a nadie. En el subterráneo los seres sin tiempo aspiran a quedar sí mucho en la biblia de los nadie: en donde nadie escribió sobre nadie, en donde nadie dictó las leyes de nadie, en donde nadie pronunció aquella frase nefasta de 'Y el verbo se hizo carne', o 'Y se hizo la luz'.

35

Entre la una, las dos o las cinco de la mañana, las fufurufas y los borrachos, los tahúres y los diletantes, los travestis y los vagabundos, los caimanes y los tramoyeros, los mochileros y los maromeros, los gotereros y los pueriles manilargos, los vividores y los aspirantes a serlo, los mirones y los vendedores insomnes, los poetas melancólicos y los payasos errantes salen por las calles de la ciudad, entre el frio y el silencio, a mostrarle a las buenas costumbres el místico sonido de sus voces chillonas; el estrafalario vaivén de sus miembros proletarios o la sinfonía acartonada de sus gargantas poseídas por el ardor de los licores baratos, los versos irreverentes, los cornezuelos del inframundo y los humeantes vestigios del Oráculo de Delfos.

La noche, la querida de todos los marginados, cobija entre sus piernas al inválido de espíritu, al tartamudo de agallas, al que apuñaló como yo al mundo con poemas tristes. En la noche las canciones baratas, las guitarras de tres, de dos o de cinco cuerdas hacen su show bajo el incienso de las fogatas populares. Unos se acuestan sobre la noche, otros simplemente le besan con ardor su culo de ébano; otros le cuentan cuentos, otros le escriben cartas en las bancas, en las paredes de los edificios, en los orinales abandonados, en las tapas de las alcantarillas.

En la noche se apagan las fogatas de los tanques y se prenden las de nuestra carne: la mano del viejo, el trasero de la india, la garganta del tabernero, el pincel del pintorzuelo, la pluma de Baudelaire y el silbido del jilguero se encienden, se expanden y arremolinan en una llama incontrolable.

Me gusta la noche porque no hay tapabocas, porque no hay buenos tipos, porque no hay mujeres santas que guarden su chechere para las orgías de otras tumbas:

—Ding dong.

— ¿Quién hijueputas es?

— ¿Soy La Noche?

— ¿Cómo que la noche' ¿Cuál noche?

—La Noche de todas las noches.

—A ha, ¿Y qué carajos quiere señora Noche?

—Pues señor Covid. Nada, nada del otro mundo. Quiero hacerle una llave a tu triste mirada, y luego, ir arrastrando tu cadáver descalzo de ciudad en ciudad, de cantina en cantina, de burdel en burdel.

Quiero escribir una guasca antioqueña con tus lágrimas.

Quiero hacerme unas alas, unas bonitas alas de garza nocturna con las cicatrices empolvadas que guardas en el cenicero.

Quiero llevar tus labios a besar una a una las soledades de la tierra Eso quiero.

36

A Nena Gris le gusta que le metan la mano debajo de la falda. Antes de cada pastilla, abre las piernas y deja que el enfermero, la enfermera o el practicante de turno hagan su

trabajo. Nena Gris lleva aquí un par de años. Antes de llegar abría las piernas en la Veracruz. Antes de llegar a la Veracruz las abría en su casa. Y antes. Mucho antes de llegar a su casa, Nenita Gris abría sus piernas metafísicas en la paz de la nada. Pero que maricada: a Nenita Gris los dioses o los demonios no le hicieron caso y la mandaron por un tubo directo al centro de la vida.

A Nenita Gris le gustaba la heroína tanto como abrir las piernas. Eso no era un gran problema. De polvo en polvo, de noche en noche, Nenita Gris podía coleccionar una, dos, y hasta tres inyecciones. El problema es que a veces creía, o a lo mejor se daba cuenta, que los transeúntes nocturnos eran gárgolas. Sí, horribles gárgolas. Gárgolas de iglesia. Gárgolas de escarcha. Gárgolas de oficina. En esos momentos Nenita Gris cogía una piedra, o dos, o veinte, y se las lanzaba a esos pobres hijueputas. El resultado final era un par de cabezas rotas, una noche de Nenita Gris en la comisaria y el polvo inesperado de unas manzanas podridas.

Cansadas de semejante alboroto, cansadas de que la policía fuera a meter sus narices en sus negocios cada vez que las gárgolas terminaban desangradas en medio de la avenida, las otras fufurufas decidieron meter a Nenita Gris a este sanatorio, presidio-manicomio, o como se llame.

Aquí Nenita Gris obtiene lo que quiere y cuando quiere. Si quiere un poco de luz a las seis de la mañana: le abre las piernas al solecito. Si quiere un poco de frío, de viento o de lluvia: le abre las piernas a la ventana. Si quiere un poco de morfina: le abre las piernas al doctor Machado. El doctor Machado considera que la mejor forma de curar a un enfermo es

satisfaciendo sus deseos. La insatisfacción, dice Machadito, pudre la carne, y a veces, los pasos.

Machado sabe cómo es la vuelta. Ha escrito poco. Ha dicho poco. Para los titiriteros de la academia, Machadito es un pobre pelele, un donnadie que ni siquiera sabe el significado etimológico de la palabra psiquiatría. Puede que Machado sea un troglodita con doctorado en imbecilidad y posdoctorado en idiotismo: pero ha descubierto que, si la gente anda por ahí mirándome a la cara con el tapabocas de corbata, es porque viven insatisfechos con sus deseos mutilados ¿Quién va a querer vivir sin un poquito de placer? ¿Quién va a querer levantarse todos los días para pegarle un tiro, otro tiro y otro tiro a sus bellos instintos?

37

El mundo es una canción a medias, una sonrisa a medias, una patada a medias. La gente quiere a medias, se escupe a medias, se manosea a medias. Las banderas están a medias, los presidentes gobiernan a medias y los pobres comen a medias.

Cuando Liliana nació se dio cuenta de que todo por aquí se encuentra a medio camino. La derecha y la izquierda son imaginarias. La luz y la sombra son imaginarias. Un bostezo y dos lágrimas son hoy más o menos el equilibrio perfecto de cualquier punto, rastrojo o montaña en esta tierra maldita.

Liliana nació con medio cuerpo: un metro con veinte la acompañó toda la puerca vida. En la escuela su profesora de matemáticas, una hermanita menopaúsica que en lugar de

enseñar a multiplicar recitaba los salmos: le enseñaba a medias, le hablaba a medias, la miraba a medias. Para aquella profesora de mogosas pasiones, una enana como Liliana era una mujer a medias, una creación a medias, una intervención nefasta de alguno de los tantísimos demonios que bailaba en el infierno.

Cuando Liliana maduró se dio cuenta de que casi todos los tipos que se le acercaban la querían a medias. Así que cuando se dio cuenta de que el tren andaba lejos se casó con el primer pendejo que le mostró un anillo de cobre y una casa con dos ventanas. Como era de esperarse, su esposito fue un marido a medias, un padre a medias, y claro, un amante a medias. Liliana supo que era esa vaina de los orgasmos porque lo escuchó en un programa matutino de señoras veteranas. También supo lo que era una caricia decente cuando vio a su actor favorito acariciando a la sirvienta triste de una novela mexicana.

Un medio día, en la mitad de su cumpleaños, Liliana compró una Gillet de tres hojas y puf: a la mierda con todo. El corte fue una heridita mediocre, un corte a medias. Por fortuna la sangre corrió y corrió como el río Amazonas en temporada de lluvias. Su esposo, que la lloró a medias porque nunca le habían enseñado a llorar, salió por las calles de la ciudad sin rumbo fijo: caminando a medias, mirando a medias, odiándose a medias.

La policía y la fiscalía buscaron por media semana al viudito solitario. Nada. Ni en Bogotá ni en Cartagena, ni en gringolandia ni en el viejo continente. Después de medio año de incertidumbre, un periódico de medio pelo publicó una carta de un tal Gerbacio Castaño que decía algo como:

‘‘Liliana, Liliana. Hoy tengo la fortuna de saber que muy pronto estaré junto a ti en el valle de las sombras. Tengo Covid

19 [odio como me llama]*, los pulmones se me pudren. También las ganas. Ya estoy a medio camino entre la vida y la muerte. En las noches veo a Osiris contemplando mis arterias desechas, taladrando con su martillo milenario los tantos odios que guardé con celo desde el vientre de mi madre. Soy soez, soy vulgar; soy débil como una hoja perdida entre los rascacielos. Soy una cuerda tendida entre un árbol y un fantasma como lo diría Nietzsche. Liliana, Liliana: los muñones de mi espíritu te llaman en silencio, las canciones que nunca te dediqué escriben tu nombre en las blancas paredes de este hospital enfermo''.*

38

Voy en el metro; voy buscando caras, socavones, huequitos tistes en donde meter mi redonda piltrafa. Los humanitos van apretados: unos van bien vestidos, otros no tanto; unos parecen sonreír, otros parecen querer con ansias orinar a chorros sobre la negra planicie de la vida.

7:35 am. Estación Alpujarra.

En la Estación Alpujarra se baja un señor gordo, de unos 57 años que parece llamarse Alberto. Su cara de oficinista, de expresión fría, indica que durante casi tres generaciones ha ignorado lo que es la rebeldía. Supongo que 'Albertico' fue el mejor en primaria, el mejor en secundaria, el mejor en la universidad. Supongo que se consiguió un buen trabajo, un buen bozal para no protestar demasiado; o mejor aún, se consiguió una cadena bien gruesa para ignorar que es eso de patalear contra las murallas, las constituciones y las fronteras.

Hoy Alberto, a lo mejor se sentará en su oficina, contará los papeles y los minutos; contará los meses, los días y los segundos que le faltan para la jubilación; contará los labios, las piernas, los enigmas y los delirios que nunca llegaron a su puerta. Al medio día se verá con los compañeros de siempre, comerán en el restaurante de la esquina, hablarán del partido del domingo, de los tapabocas, de la nueva cinta en cartelera, del nuevo alcalde, del viagra y las sandías, del colon irritable y el dolor de espalda.

5:35 pm. Estación Caribe

Qué genterio, qué montón de sudores, qué montón de cansancios. Vuelve y juega: el metro se detiene y en la terminal del Norte se sube un tipo que tiene cara de llamarse Marcos. Tiene una barba de siete u ocho días: es un hippie. En sus ojos ruedan y ruedan los mapas del mundo. Sus manos de treintañero parecen haber tocado las mejores pulpas de la tierra ¡Que pulmoncitos habrá sentido!

Todo el mundo se aparta de Marquitos, ¿Por qué será? Seguramente porque no anda pavoneando su miedo con un gran tapabocas. Me gustas Marquitos. Me gustan los tipos que andan por ahí sin miedo a las plagas o los misterios. Me gustan los donnadies que se cuelgan sin dientes entre las líneas de la tierra. Me gustan los hongos que van regando misterios y mundos mejores entre las venas de sus semejantes.

6:58 pm. Estación Industriales.

Mierda: esto por acá huele a pachulin, a delineador, a vestido rojo de viernes por la noche. Ah, era de esperarse. Al lado de la puerta hay un tipo, o tipa, que parece llamarse Maritza Cien Polvos. La bella mariquita mira pensativa a través de los vidrios. A lo mejor quiere llamar con la mirada a un buen

cliente, a uno que le diga ‘‘Qué rica estas mi amor; quiero que nos casemos y que nos vayamos a vivir a las Vegas hasta que estalle la tercera guerra mundial’’. O quizá la mariquita no piensa en nada; quizás está meditando, buscando y rebuscando el equilibrio en las nubes negras que pasan y pasan por esta ciudad negra.

Un borracho se acerca y le toca el culo. Nada. Maritza Cien Polvos está ensimismada. El metro recorrerá la ciudad, se bajarán mil pasajeros y se subirán dos mil y este Mariquita nirvanico seguirá ahí: con su vestido brillante, con su olor a frambuesa y a cigarrillo de contrabando. El borracho se cansa de tocarla y se baja en la Estación Exposiciones. El cansancio es una virtud de cualquier hombre moderno. La modernidad es cansancio. El progreso es cansancio.

8:50 pm. Estación San Antonio.

Una viejita reumática se sube en el vagón de atrás: yo la hago toser una vez, luego otra y luego otra. Ahora cien personas me tienen en sus pulmoncitos. Que el demonio, el destino o la justa balanza del universo bendigan este trenecito: mientras más se junten los humanitos, mejor para mí. Arrejúntense guevetas. Arrejúntense más: que sus alientos, que sus pulsiones cardiacas, que sus desganos y desdichas sean una sola máquina, un solo compas hirviente.

39

¿Qué arrugada está? ¿No es cierto? Ya no te agrada verla a escondidas mientras se ducha, ya no te gusta sentir su aliento en

las mañanas de lluvia: detestas su desnudes, sus gafas puntiagudas, su caja de dientes que a veces parece morder tu aburrimiento. La jubilación es un acto de veneración a los reyes que con tinta, sangre y palabras bonitas les ponen un camino recto y sin torceduras. Pero el camino es una trocha invisible, una raya hecha con tiza por algún demente con delirios de profeta.

Porfirio, te advierto y te recontradigo, estarás junto a esa bruja por un buen tiempo. La cuarentena se extenderá como un gran trozo de goma. Puede que los laboratorios, los mercachifles y los gobiernos anden de un lado a otro pisándome las pelotas; puede que me arreen la madre, que me hagan vudú con un muñequito de madera; puede hasta que me echen glifosato con tinta china en la comida, pero aquí me quedaré por unos mesecitos, pavoneando mi culo milenario por los rastrojos de la civilización.

Viejo querido, puedes salir con confianza, por ahora no pienso cantarle a tus pulmones de fumador empedernidos mis sinfonías ilustradas. Hace rato que tu almita de zafiro colgó los tenis y las botas; hace rato que tu alma se construyó un mausoleo repleto de rosarios, nostalgias y sueños incumplidos.

Es mejor que salgas a pasear; es mejor que vayas al parque a ver a las colegialas fingiendo que la vida es un atril maravilloso mientras mueven sus faldas de colores. El mundo es un gran collage en que los monstruos, las putas y los payasos se mezclan y entremezclan en los minuteros del tiempo.

Tu esposa seguirá igual de horrible: el olvido y los atardeceres borrarán de tu escuálido cerebro, uno a uno los besos apasionados que se dieron un día en el rincón del granero. Todo desaparece mi estimado Porfirio. La pregunta real de

cualquier mortal, filósofo o no, es la de, por qué el universo no ha desaparecido aún. A lo mejor esto que llamamos vida es una especie de castigo colectivo. Cada individuo mira en el otro su propia podredumbre. Nos acostumbramos a las miserias de la vida al ver a nuestros semejantes arrastrar por la tierra nuestras mismas cadenas. Yo, a excepción de ustedes, ando como en el limbo: a veces me siento vivo, a veces me siento muerto, a veces ambas cosas.

Si vas a la ciudad, si matas tu cobardía, puedes arrancar un manojo de rosas del jardín de tu esposa e ir por las avenidas, por los cafés y por las librerías regando azucenas, margaritas y hortensias de mil colores. Puedes, si quieres, robarle el megáfono al cura, ese armatoste en el que habla de la pobreza, la abstinencia y el ahorro antes de encargar su cargamento mensual de caviar importado. Y para cerrar con broche de oro, puedes pararte en la terraza del edificio más grande que encuentres, y grítale al presidente, al papa, a la virgen de la Patagonia: que todos, absolutamente todos, fallecieron un día; y que por cosas de la hechicería o de la torpeza, sus cuerpos sin alma se bajaron un día de algún tronco milenario que ahora les sirve como el triste sillón en que duermen sus incontables fracasos.

40

Hoy he decidido bajarme en un pueblecito con olor a cristos: por donde quiera que voy hay caballos, ancianos, beatos; hombres-monasterio, mujeres-monasterio, mercaderes-monasterio y putas-monasterio. Las calles, los centros

comerciales, los garitos y las panaderías escupen rosarios, bendiciones y sermones grandilocuentes.

Las muchachas parecen cuadros de Leonardo Da Vinci: ojos azules, cabellos rubios, tez blanca. Son virtuosas del cuello a los tobillos. Son vírgenes a pesar de vivir embarazadas: jamás han tenido coitos clandestinos con los demonios de la sabiduría.

En el parque me siento a tomar el sol. A decir verdad, esto no tiene mucho de parque: en realidad este pedregal no es otra cosa que un conjunto de bancas, escalas y estacionamientos bien distribuidos. Aquí lo que hay es una linda estación del metro, con todo y palomas…, claro que el metro es una cuestión imaginaria.

Los pueblerinos son gente agradable. Me encantan: andan sin tapabocas con el crucifijo en la mano; para ellos no hay mejor vacuna que las novenas y los cantos de las hermanitas concepcionistas. Su bella versión de la salud es bastante particular: una, dos, o tres viejitas aisladas de la paz del mundo, les garantizará, según ellos, que nosotros las pestes estemos a mil quinientos metros de distancia.

Lo bueno para estos piernimorados es que yo no estaré mucho tiempo. No me gustan los pueblos. En los pueblos la gente anda en cámara lenta, al igual que las ideas. Nada cambia, Nada se mueve. Todo parece suspendido, ahorcado por la ingravidez. Aquí parece que el limbo anduviera en pelota al igual que lo hago yo. Cada generación parece una copia barata de sus grises antecesores. Aquí las calaveras ordenan y decretan obispalmente desde el fondo del cementerio.

La vitalidad, mala o buena, renegada o infame, se encuentra ahora en las cloacas pestilentes de las grandes ciudades. El

ciudadano moderno necesita vitalidad para pararse de la cama, para ir al trabajo, para desdibujar su rostro en el ataúd de sus conciudadanos. En estos pueblecitos abrazados por el espíritu santo, cualquiera puede sentarse a bostezar en la mitad del medio día; cualquiera puede arrojar sus fuerzas, su espíritu animal, a la quebrada más cercana. En cada pueblo se aplaude y enaltece la anemia colectiva. Lo que digo puede ser una verdad a medias, o puede ser una verdad absoluta. Que importa. No soy un pensador, no soy un intelectual ni nada que se le parezca. Soy la peste, soy la novena trompeta, soy el ángel exterminador, soy el fin de los tiempos. Soy Caronte. Soy Hades. Soy la noche. Soy el espejo en que nada se refleja.

41

Arthur ha estudiado desde su nacimiento. Sus días, sus años, sus segundos, sus amantes y desconciertos han sido las tablas de multiplicar, las ecuaciones y los tableros empolvados. No ha conocido una mujer desnuda, aunque sus enciclopedias le han dicho que hay algo llamado clítoris, que hay una cosa maravillosa a la que los sexólogos bautizaron como el punto G. Sabe que las hembras humanas se excitan con un susurro, con un buen trago de vodka o con una billetera repleta de buenos llenes en una mesa desparpajada.

Arthur se irá de viaje a Marte: explorará de cabo a rabo el planeta marciano. Buscará de oriente a occidente alguna fuentecita para chuparle hasta el último ápice de vitalidad. A lo mejor, lo secuestre algún platillito trashumante. A lo mejor no. Por lo menos no irá solo, yo me iré con él como su copiloto,

como su ayudante espacial. Tengo la esperanza de que los marcianos se muevan por el espacio sin tapabocas, sin alcohol o detergente.

Arthur, Arthurito: puede que nos devore un hoyo negro, puede que nos triture algún pulpo intergaláctico; es mejor que salgas a ver el mundo, el verdadero mundo; los libros son lo que Platón llamaría, una pequeña caverna, una copia de una copia. Puedes leerte el Kama Sutra en veinte idiomas distintos: pero eso no sirve del todo. Hay que leer con las manos, con los labios, con los oídos, con las plantas descalzas. Es bueno haber oído hablar del mar, de su belleza, de sus componentes medicinales; pero es mejor hundirse en las aguas salinas, sentir las holas golpeando la entrepierna.

Pequeño hombre de gafas plateadas, te has olvidado de la vida en la tierra para buscar la vida en planetas desiertos. Admiras la modernidad, la ciencia y sus mil aparatos: pero en nada te diferencias al monje medieval. En el monasterio el hombre de dios ignoraba los días, los goces y quemaduras del espíritu para buscar un cielo lejano, siempre desconocido, siempre silencioso.

Antes de subir tus pulcrísimos pies a ese maldito cohete, deberías de buscarte una putica neoyorquina, una putica con olor a flores nocturnas: una putica que descienda contigo hasta el último círculo del infierno. La vida es una sola querido míster. La NASA, no te devolverá un microsegundo de los tantos que te ha robado en sus entrenamientos ridículos ¿Has visto a tus primos los micos en la mitad del espacio? Míralos bien. Esos monos que empaquetan como chitos en trajes espaciales anhelan por sobre toda las cosas estar sobre algún árbol sabanero, comiendo bananas recién maduradas, tocándole

el trasero a alguna monita recalentada por los volcanes del trópico.

Si te vas de Colón por la vía Láctea, tienes que saber que tu especie ya tiene fecha de caducidad, que el Armagedón y los ángeles de la muerte ya le pusieron el ojo a tus insolentes hermanitos. Mis abuelos y tatarabuelos andan buscándoles la caída a tus desgraciados conciudadanos. En unos años no habrá tapabocas que valga. En unos años tus paisanos, padres, tíos y primos lejanos, andarán temblando en el fondo de los subterráneos: esperando, suplicando porque malvivientes como yo, no los borren del mapa con un soplido cataclismico.

42

Vaya, vaya, vaya: hace rato que no conocía a unos pulmoncitos tan bien adaptados, parece, mi estimado amigo, que tú eres uno de esos tipos que ha probado todos los aires, todos los caminos y todos los cuerpos. No hay sucursal que se te haya escapado de las manos. Tienes pies de hierro, voluntad de hierro, nervios de hierro, corazón de hierro.

¿A dónde irás mañana? Que pregunta. A veces me da preguntatitis. Veo que dejas todo al azar, cara: norte. Sello: sur. A la mayoría de hombres un dedo les señala el camino: a ti te lo traza una moneda, o en definitiva, la mitad de una moneda. Los tipos de la ciudad caminan todo el día, pero nunca van a una parte que no les digan: es como si se movieran en una baldosa, cuidándose hasta el último minuto de no salirse de ella. Los occidentalitos bañados en detergente saben, a ciencia cierta, que irse por otro camino, sea cual sea, es básicamente lo mismo que ir al manicomio, o a la tumba en países menos sofisticados.

En Guatemala conocí a un chico como tú que quería irse de mochilero a explorar el mundo ¿Y qué paso? Nada fuera de lo común: su padre, que era militar consagrado, le colocó una soga en el cuello hasta matarlo mientras le decía con acento encorazado: ‘‘Prefiero un hijo muerto, que un hijo comunista’’. Para el obediente soldadito, todo lo que se desviara un centímetro del camino, era básicamente sinónimo de comunismo.

Si no te pones la vacuna: eres comunista; si amas a tu prima porque está muy querida y se parece a Nefertiti: eres comunista; si quieres casarte con una ballena en un coral de las islas Malvinas: eres comunista; si quieres montar un bonito cabaret con exóticas bailarinas en la catedral de Roma: eres comunista; si quieres viajar sin un dólar por todos los continentes, planetas y galaxias: eres un comunista. El raro, el del otro camino o el que no tiene camino, se convierte en objetivo militar de la moral, de las milicias, del Estado.

Yo he aprendido bastante de personajes como tú: siempre voy aprendiendo, soy un eterno estudiante. Cada hombre es para mí una pequeña enciclopedia. Cada pulmón es una confesión: ‘‘Dime qué aires respiras, y te diré quién eres’’. Con chicos como tú, entendí que eso del camino, que eso de la línea recta es una farsa. Hay que trazar nuestro propio camino, o mejor dicho, hay que ir de saltito en saltito, jugando a la golosa, para no dibujar ninguna línea: ni con los pies, ni con el pensamiento, ni con la mirada.

Los grandes hombres de la humanidad caminaron saltando, pisando aquí, pisando allá, pisando a la derecha, pisando a la izquierda. Los baquianos de la historia intentan, volumen tras volumen, elaborar un rostro decente, simétrico y armonioso; un rostro sin dudas, con el pensamiento fijo y embutido en el

centro de la tierra. Pero tipos como Sócrates, Jesucristo o Gautama Buda no tienen rostro, ni camino, ni paraíso. Ellos recorrieron el mundo saltando en una sola pierna: nosotros los buscamos arrastrando nuestros dos pies en una triste línea, en un triste renglón milenario. A lo mejor será por esto que los filósofos no comprenden a Sócrates, ni los budistas a Buda, ni los cristianos a Cristo.

43

Do, Re, Mi, Fa, Sol; blancas, negras, corcheas y semicorcheas: la vida es un pentagrama. La mayoría de hombres guardan silencio, la otra minoría canta sin parar en las montañas y los desiertos. Es mejor que busques una pequeña cueva, que cantes en la oscuridad en compañía de los cuervos y los perros salvajes.

Dime algo mi apedreado mariachi, ¿Qué te ha dejado la ciudad de los mil colores? Nada, a excepción de un inmenso pozo de mierda en la mitad de las entrañas ¿Qué vas a hacer hoy? Supongo que saldrás de nuevo a los parques. Qué espectáculo. Ya lo veo venir… Lo primero que harás será pararte en una cera para cerciorarte de que las goteras o los rayos solares no te jodan el día. Después, pondrás ese bafle horrible y empezarás a cantar ese repertorio medio gaucho y medio antioqueño que te enseñó tu abuelo entre las montañas del gran Tolima.

Cuando estés cantando seguramente pasará tu querida niña, tu adorable primogénita ¿Te abrazará? No, ni mierda. Tu muñequita de ojos claros te ignorará por completo: hará el papel de huérfana solitaria. Sentirás rabia, decepción,

desencanto, ansias de muerte y todas esas vainas. Ya eres un cincuentón desaliñado y es bueno que lo sepas: nuestra sociedad desprecia a los artistas por su exceso de espíritu y su carencia de practicidad.

Tu hijita del alma va todos los días a la escuela. En unos veinte años los profesores, el iPhone y las barbees le habrán podrido del todo la conciencia. El mundo es una inmensa cañería y la mayoría de hombres tienen algo de ratas. Los roedores no tienen espacio para la contemplación ¡Acuérdate de eso! La vida de un ratón oscila entre el miedo y el hambre; la vida de un artista oscila entre la tierra y el espíritu absoluto. Un músico y una rata pueden dormir en la misma cama, comer en el mismo plato: pero eso no cambiará nada; siempre sentirán un desprecio hondo y punzante entre sí; siempre mutuo, siempre recíproco en todos sus trazos, dimensiones, extensiones, connotaciones y posibilidades.

Es curioso que aunque estás apaleado sigues de pie, acariciando tu guitarra. A lo mejor un diapasón puede resolver los problemas existenciales de cualquier filósofo en potencia. Si yo tuviera manos sería un Paganini o hasta un Paco de Lucia. Pero ni modo. Las únicas notas que conozco son las de los alvéolos y los bronquiolos. Cada pulmón es una balada o una sinfonía. Euterpe me ha visitado más de una vez: a veces la hijueputa viene para escupirme, a veces para abrazarme; las musas, como cualquier mujer, son seres incomprensibles y carentes de toda lógica.

44

Ayer en la plaza de Bolívar, el viejo SIDA me preguntó con su típica voz de viejo gruñón que cómo carajos había nacido el mundo; que de donde veníamos nosotros; que si de casualidad hubo un paraíso-peste, un Adancitopeste y una Evapeste que nos trajera a este planetoide. Yo como tengo algo de teólogo, de metafísico y de mentiroso al mismo tiempo, le conté lo que sé de la creación del universo, de nuestra tierra, de nuestros antepasados y nuestros alter egos, los Homos sapiens sapiens. El relatico medio bíblico que me sé, es algo como esta guevonada:

''Antes de que existiera el mañana y el ahora, la oscuridad reinaba desde su trono invisible. Dios, sin dicha y sin gloria, levitaba, movía las manos, las piernas, la cabeza; a veces se contorsionaba, a veces se estiraba; a veces se empequeñecía al tamaño de una puntilla o se engrandecía como una montaña de los Andes. Como era de esperarse, a Dios le invadió el tedio, la melancolía: el cáncer de la soledad creció como marejada en el fondo de sus entrañas.

Poco a poco Dios empezó a envejecer: con cada trillón de años, surgía una arruga nueva, una ojera nueva, una soledad nueva. Después de unos cuantos eones metafísicos, don Dios se convirtió en lo que hoy llamaríamos con algo de tecnicismo, 'un ancianito senil' ¿Y qué crees que sucedió después? Lo obvio: el gran creador empezó a llorar, a berrear como una quinceañera desamparada.

Cada lágrima de Dios dio origen al universo. Por eso es que básicamente existen galaxias de todos los tamaños, formas y colores. ¿Por qué existe la tristeza? Ahí tienes la respuesta querido SIDA. Somos hijos de las lágrimas. Lo bueno es que

nosotros no duraremos demasiado. Todo es perecedero, inclusive las lágrimas.

Cuando una galaxia estalla en mil pedazos, cuando una especie retorna de lleno hacia la paz de la nada, es porque Dios ha derramado de nuevo sus infinitas lágrimas. El pasado y el presente son lágrimas; el alfa y el omega son lágrimas, el ying y el yan son lágrimas. Cuando los humanos nacen, lo primero que hacen no es precisamente pronunciar un discurso sobre la belleza de vivir. Nada de esas pendejadas. La primera expresión del cachorro humano, es la del llanto: herencia instintiva de Dios, del principio de todos los principios''.

45

«Mi querida Influenza, hoy te escribo desde las patisecas planicies del atlántico: los hombres, las mujeres, los niños o lo que parecen niños andan de un lado a otro paseando su desnutrición, su ignorancia, su abandono. No hay mucho que decir de este sitio, excepto que el calor me destroza los tentáculos; excepto que las canciones de misantropía se me derriten en los silencios del medio día«

»Tengo mucha competencia: por aquí anda de parranda en parranda el chikungunya, la tuberculosis y el herpes en todas sus facetas. Ayer intenté bajarme a un par de ancianos, pero unos tipos en moto se me adelantaron ¡Es terrible! ¡Aquí el gatillo tiene más fervientes que el papa en la plaza de San Pedro!«

»Querida, me gustaría que vinieras: ahora que has resucitado, me gustaría abrazarte de nuevo. Me gustaría hacerte el amor de pie, boca arriba, boca abajo; de medio lado, en

escalera, en escorpión; quiero besarte al estilo inglés, al estilo francés, al estilo Musaraña de Malasia. La verdad estoy cansado de acariciar como un bobo tu recuerdo en las noches de luna llena. Han sido casi cien años ¡Cien años, maldita sea! Los hijueputas de todas las especies, tamaños y colores me pasean por la cara, por los testículos, por las ansias a cada una de sus hembras acaloradas«

»Si en una semana no tengo mi lengua contra la tuya, buscaré un par de garrafas de alcohol etílico, y sin decir nada, me largaré al infierno sin pasaporte de regreso. Aprendí de los humanos el maravilloso pero poco apreciado arte del suicidio. Créeme linda: para esta gente suicidarse es todo un ritual. Algunos se retuercen las entrañas mientras pronuncian poemas extravagantes en honor al jarakiri; otros prefieren desintegrarse las venas en alguna bañera caliente mientras un par de putas les acaricia los huevos. Atentamente. Tu amado La peste: alias el Covid 19«

»No te me vuelvas a morir».

46

Desplazados, mecánicos de bajo nivel, travestis sin suerte, solteronas sin gracia, fontaneros desaliñados y comerciantes medio quebrados esperan ansiosos a la vedette de la brujería callejera: a madame Yamile. Todos esperan su número de la suerte, todos sueñan con una casita de verano, con un crucero por las islas del pacífico ¡Soñar, soñar, la única libertad que aún les queda a los pobres!

Los pobres siempre están un poco más acá de la felicidad, un poco más acá de la dicha, un poco más acá del paraíso, un

poco más acá de la llenura, un poco más acá de dios y los malditos infiernos. Yamile lo sabe, lo ha sabido siempre. En la escuela les leía las cartas a todo el salón: sus compañeritas, todas de barrios marginales, quedaban convencidas de que, en un futuro lejano, se casarían con un magnate gringo y que tendrían un equipito de futbol con ojos azules y cartones universitarios.

Yamile no hace brujería, eso es pura paja; Yamile vende esperanzas, colorcitos, arcoíris relucientes con amantes, príncipes, unicornios y tierras encantadas. Acá no importa el tapabocas, acá no importa el alcohol, importa el futuro: la casa que vendrá, los hijos que vendrán, los viajes que vendrán. A los pobres no les importa demasiado mi presencia, no viven tan bien como para preocuparse por la muerte: es una cosa de sentido común que poco entienden los cerrados gobernantes.

Yamile va despachando uno a uno con la maestría de un druida de vieja data. Al final de la tarde un travesti siente que le pondrán una vagina de verdad, tierna y olorosa; un desplazado siente que ya por fin no lo echarán más; un mercader siente que por fin tendrá un negocio de verdad con avisos, con griticos, con vitrinas y toda la parafernalia de la oferta y la demanda.

Yamile está feliz, sabe que la caja está llena y que los desterrados de la ciudad llorarán un poco menos esta noche. Sabe que sus clientes se hundirán un poco más en el barro. Sí, lo sabe. Pero también sabe que ahora esos desarrapados caminarán mañana con un poco más de orgullo, con un poco más de dignidad.

47

Vacuna, vacunilla, que olorcito el tuyo, deberías aprender un poco de las putas de la Veracruz: siempre con su pachulin, siempre con su olor a ron, siempre con su aroma de semen, orgasmos y vanas esperanzas.

Seguramente te crees la muy muy porque eres medio gringa, medio alemana, medio inglesa. Ya te he escuchado más de una vez cantando de arriba para abajo el himno de la USA. Te sientes la personificación viviente de la liga de la justicia. Sientes que el tal Superman, que el tal Batman, que el tal Hércules, son básicamente pobres maricas, mediocres neófitos que no te llegan ni a la punta del tentáculo.

¿De qué has salvado a esta humanidad?

Yo te lo voy a decir. Los has salvado de no sufrir una muerte digna, una muerte honorable. Los célebres viejecitos que curaste, mañana, pasado mañana o dentro de un par de años, serán ultrajados en algún asilo de media estrella.

¿Ves esa señora que va tan feliz después de conocerte? ¿Adivina qué? Adivina, Adivina. Su esposito la llenará de sífilis o de quien sabe qué vainas raras en un par de días. Los humanitos se dividen en ricos y proletarios, en putas y sugars daddy. La otra parte es una cosa ambigua, una manchita en la pared que de vez en cuando lamen los perros callejeros.

48

Todo está tan muerto en esta multitud: la vida, lo que llaman vida, parece una cicatriz invisible. Cada marioneta con corbata o sin ella, parece pertenecer a la tumba. Aquí lo único que parece palpitar bajo los rayos del sol, son las cosas, las efímeras cosas que caminan sin remordimiento hacia el libro de la nada; en donde no estarán escritos sus nombres, ni sus azares, ni mucho menos sus humildes recuerdos.

La cama es el primer templo de todos los hombres: en ella comprende bajo la penumbra los placeres de la carne; en ella los esclavos y los poetas escriben en el aire las revoluciones y las banderas.

El baño es esa vuelta de tuerca, el viril recordatorio de su incurable podredumbre. La mierda y el pedo rememoran en un instante a sus viejos tatarabuelos; sabios cavernícolas que idolatraban el sexo, la carne y los atardeceres en la sabana.

La nevera es ese objeto vergonzante que les dice todos los días con la frialdad de su naturaleza: ‘‘Yo guardo en mis putas entrañas, lo que tus manos de arena ya no pueden conseguir ¿Dónde está el cazador? ¿Dónde está el baquiano con olor a tabaco y a yerbas aromáticas? Ah, se fue al carajo: lo raptó el Leviatán con sus comodidades infinitas. Solo quedo yo sola: con mis embutidos de fábrica y mi leche desratizada’’.

La silla es el lugar en que dios y el demonio crearon al mundo. Desde una silla se puede matar a un hombre, desde una silla se puede crear el poema más bello del mundo, desde una silla algún idiota escribe mi destino sobre el mundo y sus barrancos.

A lo mejor hay que ser un poco objeto y dejarse llevar por las olas de los días; a lo mejor yo convierta mis nalgas invisibles en algún tapabocas con frasecitas de autoayuda. En los objetos parece estar realmente la historia del mundo ¿Qué diría la silla de Fidel Castro? ¿Qué nos contaría el espléndido lecho de Marilyn Monroe? ¿Qué secretos develaría el baño del presidente?

49

Ventanas destrozadas, celdas destrozadas, almas destrozadas. Mi querido director, aquí todo está destrozado. Puede que usted ande muy entero por los bulevares fingiendo que la vida es bella; puede que vaya al campo en semana santa; puede que regale limosna y se limpie el culo con los mandamientos de su madre. Eso no cambiará su situación: la cárcel se incendia, el país se incendia. Todo se incendia.

¿Qué va a hacer señor director? Nada. Solo le queda ver las cámaras. Solo le queda disfrutar el espectáculo de los hombres duros. Sí señor tinterillo, el espectáculo de los hombres duros. Sus presidiarios no son de cristal. No, no se haga ilusiones. El preso es un tipo adiestrado por el hambre, por la chapa de una correa, por los porrazos de un policía, por los desprecios de alguna mujer con aires de Cleopatra.

¿Quiere que le cuente qué pasa ahí afuera? Pues que sus adorables guardias están siendo quemados uno a uno. El depósito de armas ha sido vaciado. No queda ni una cuchilla, ni un miserable alfiler bajo sus arcas. Ahora tienes, señor director, a una manada de tipos duros con buenos juguetitos. Ya debes

saberlo, fuiste dragoniante durante muchos años ¿Te acuerdas cuando les dabas comida a los presos del patio cuarto? ¿Te acuerdas cuando le escupías el desayuno a aquel viejecito condenado por el abuso sexual de una menor? Probablemente ya se te olvidó: por suerte tus pulmoncitos me han contado una a una tus gloriosas hazañas.

¿Qué te hará esa horda sedienta de sangre? Bueno, veamos: quizá cuando lleguen a esta oficina, uno de los caciques te amarrará una pierna al escritorio. Después, suavemente, con algún destornillador de estrella o algo por el estilo, te estallará los ojos. No contento con eso, con alguna pinza de esas que usan en metalistería, te arrancará el pulgar, el índice..., y quién sabe que más.

¡Director! Un motín es ese pequeño espacio, en que el presidiario, tiene la oportunidad de mandar al diablo, a todo aquello que lo ha mantenido en la lona. El carcelero encarna, automáticamente, el triste papel del lobo de caperucita, del que tanto he hablado últimamente.

Ya están aquí, señor director: todos tendremos lo nuestro. Usted tendrá una muerte como se la merece: Robespierre observará su ejecución, con sumo deleite, desde el último rincón del infierno. Los presidiarios del patio quinto, del patio sexto, y del patio noveno obtendrán lo suyo: una dulce venganza. Y por supuesto, yo obtendré lo mío: un exquisito manjar de pulmoncitos multicolores ¡Qué empiece la fiesta!

50

Muchos en todo el mundo se han preguntado en donde deben buscarme, si tengo correo, si no lo tengo; si deben llamarme por teléfono o mandarme una cartita con su firma, dirección, estado anímico y años de existencia. Para evitar confusiones y malos entendidos, a continuación les voy a dejar unas cuantas instrucciones para que sin muchas complicaciones me tengan ahí, de cuerpo presente, desnudo y potente:

Instrucciones para tener COVID 19

1: Váyase a vivir en un país como Colombia, alquile una casita de una o dos piezas para usted, su abuela, su esposa, su cuñado y sus veinte primos. En elecciones vote para presidente por algún jovencito que se pinte canitas para aparecer ante el pueblo como un viejito de bien.

2. En la mañana bese a su esposa, abrace a sus hijos y a sus veinte primos. En la calle, salude a sus vecinos, a la china que le gusta tanto: tóquele el culo o rócele la falda con el dedo índice, o con la palma abierta, o con el puñito; es cuestión suya y de nadie más.

3. Consígase un trabajito de doce o trece horas al día: si puede labore en la calle, a la intemperie; no coma demasiado; no vaya a los mejores restaurantes, acostúmbrese al ayuno matutino, vespertino y nocturno, a los malos jefes y a los malos clientes. Me tendrá bajo su mano en menos de lo que roba un político.

4. Piense en usted como una mariposa en decadencia, como un barquito que navega en el atlántico y que tiene que llegar a la costa de la vejez con las mejores provisiones. Después de

hacerlo llorará un par de horas, rasgará la camisa y saldrá medio desnudo por las autopistas congestionadas. Tomará traguitos de alcohol y se mirará sonriente en los parabrisas de los carros.

6. Después de andar en pelota por las calles de su ciudad, siéntese pacientemente a esperar los movimientos del señor que se pinta las canas. En un par de años usted y los suyos estarán en las plazas, uno contra otro, exigiéndole que no les suban los impuestos, que por favor no mate a sus líderes sociales, que si plis, que oiga, que haga la caridad de no robarse las paredes de los hospitales.

Si usted sigue una o dos de estas instrucciones al pie de la letra, se lo repito, me tendrá ahí en menos de lo que canta un gallo: se lo aseguro, no tendrá que utilizar palomas mensajeras ni nada que se le parezca.

51

Que el tapabocas aquí, que el tapabocas allá; que la vacuna en el Perú, que la vacuna en Francia ¡Me tienen hasta la coronilla! Definitivamente me largo. Sí señoras y señores, me voy. De mi lindo cuerpecito solo quedará el recuerdo y una buena cantidad de crónicas maricas: malas la mayoría. Malas como esta hijueputa que están leyendo.

A decir verdad, eso de vivir entre ustedes no es muy agradable que digamos: el humanito del siglo XXI tiene bien poco que ofrecer, excepto una buenísima cantidad de hijueputazos. Sí, de nutridos y variadísimos hijueputazos. En

este tierrero todos hijueputean: hijeputea el cura por la falta de limosnas, hijueputea el presidente por la falta de impuestos, hijueputea la linda fufurufa por la falta de clientes, hijueputeo yo por el exceso de alcohol en todos los malditos espacios a donde voy.

De recuerdo me llevaré un par de artesanías y la certeza de que la soledad es la única que reina en este mundo. Todos están solos en su metafísica realidad. Todos se ignoran, todos se aíslan, todos se pierden en las profundidades de su puta mismidad. La cosa es que el plato ignora al plato, el vaso ignora al vaso y el hombre ignora al hombre. Algunos ilusos han fantaseado un poco, y se han pavoneado por aldeas y ciudades amuralladas, afirmando sin remordimientos que todos estamos acompañados, que el mundo nos abraza con sus pechos maternales ¡Pajazo mental para colegiales atolondrados!

Todos están solos, lo repito y lo vuelvo a repetir. Después de que yo me abra del parche, en los edificios seguirán las beatas solteronas lloriqueando por la juventud perdida. En las calles los viejos marginados irán arrastrando su hambruna ontológica. Todos pasearán como un carrito de supermercado a cada una de sus insatisfacciones. La comedia seguirá su curso, el sol seguirá su curso, la pudrición seguirá su curso.

Me iré sí, pero llegarán otros, y otros, y otros, y otros..., la vaina será infinita. Mientras exista el hombre, habrá pestes: es una cuestión de causa y efecto. Los hombres dañan el paisaje de la tierra; un barco petrolero y un manantial rebosante raras veces congenian; lo mismo se puede decir de la cebra y el cazador, del ganadero y la selva, del industrial y la montaña.

Bye, Bye humanitos, a lo mejor mañana me dé por hacer el papel de Lázaro, y resucitar en algún conciertico de medio pelo.

O quizá, solo quizá, desaparezca para siempre. El mundo es cambiante y también las decisiones de quienes lo habitan: la entelequia de ideas fijas siempre será un ser sospechoso, una repetición digna de la horca, el cepo y la crucifixión.

Suerte con eso de la sobreproducción, el progreso y todas esas barbaridades. No se fusilen muy pronto, disfruten el paseíto. Yo me iré de juerga con alguna mocita de tentáculos pequeños. Si tengo suerte, que raras veces la tengo, encontraré de nuevo a mi muñequita preciosa, a mi adorable Influenza.

Antes de partir, les dejo mi testamento: un lindo cartelito que hice con instrucciones precisas para tirarse de un puente con todas las de la ley.

Instrucciones para tirarse de un puente.

Camine por dos semanas explorando los puentes más altos de su ciudad o pueblucho lejano. Hágalo a pie, con los zapatos al revés. Así será más incómoda la cosa: le saldrán ampollas, le saldrán llagas e inmensas raspaduras. En sus recorridos, pase si puede por las escuelas, los colegios, las universidades, los manicomios, los batallones, los hospitales y las prisiones: eso le recordará los tristes pilares que sostienen a la humanidad.

En esas dos semanas visite los parques para enamorados: vea colegiales y ancianitos enamorados; mientras los mira traiga a su memoria a esa niñita pálida de la que se enamoró en su adolescencia y luego extraiga esos desprecios, esos desencantos que otras mujeres le tatuaron en la mirada.

Cuando pasen las dos semanas, se parará sobre el puente más alto mirando fijamente una fotografía de algún campo de concentración nazi: se imaginará a los niños y a las mujeres embarazadas siendo devorados por los perros de los gendarmes,

se imaginará los gritos de los judíos y sus alterados retorcijones. Por último, antes de saltar al vacío, escuchará por un instante los sonidos de la ciudad: el 'Bájese lo que tenga', el 'No hay trabajo para los ciegos ni para los maricas', el 'No me pegue más mami', y el 'Tengo hambre', llegarán a usted en un torbellino de voces apabullantes.

Cuando siga una a una estas instrucciones, salte: sin miedo, sin remordimientos, sin pestañear siquiera. Ya después el diablo, la gravedad y la fragilidad de sus huesos harán el resto del trabajo.

LAS MISERIAS DEL MAÑANA

Era el día de Ramírez ¡La muerte de la soledad!: era el 8 de julio de 2284 ¡Era la hora! Había que bañarse, peinarse, perfumarse e ir a la oficina de noviazgos; había que tramitar una buena chica, un buen *nido de genes* y neuronas en la oficina número 22 de la OE (Oficina de Emparejamiento).

En la autopista todo fluía con normalidad: los aerotaxis no se adelantaban unos a otros y la distancia social entre hombres y mujeres, ciborgs y hermafroditas, era vigilada por el ejército robot del Estado Soberano.

En la OE, como era de esperarse en cualquier sepultura, infierno o cárcel construida por la burocracia, había miles de hombres: negros, blancos, trigueños, viejos, rústicos, pueblerinos de dos manos con camisa de botones y sin mutaciones aparentes.

Siete días y siete noches esperó Ramírez en aquella fila trágica, tan trágica como la creación, tan trágica como la vida. Al llegar le pidieron los documentos necesarios para comenzar el trámite: actas de vacuna, pasado judicial, trabajos realizados, antepasados 'honorables' etc.

—Lo sentimos, señor Ramírez —le dijo la secretaria—. Debe volver en tres años: le falta el certificado de soltería y el de capacidades multilaborales.

Como todos, como la mayoría de hombres amaestrados por el Estado y el recalcitrante feminismo, Ramírez volvió a casa con la sumisión de los perros caseros, con la melancolía reprimida de las religiosas enclaustradas.

Esperó como un viejo asceta a que llegara ese pomposo nido de genes con olor a champú, a juegos infantiles. El 8 de julio de 2287, a las siete de la mañana, Ramirez estaba de nuevo en la OE: esta vez con corbata, laringe y manos nuevas.

— ¡Ay! Señor Ramírez —Le dijo la secretaria—**.** No sé si lo sabe, aunque parece que no lo consultó, pero cualquier solicitud de emparejamiento debe tener, además de los documentos habituales, un certificado de sueño; el cual debe redactar un médico del sector salud del gobierno. Espero, por favor, señor Ramírez, que en tres años, si tenga la documentación requerida. Que tenga un hermoso día.

La despreciable burocracia, le había dado como de costumbre otro beso de Judas; otra patada en el culo; otro puñetazo: frío, innoble, pérfido. Entendía que no era nadie; que no tenía apellido ni renombre; y que, por cierto, estaba bien lejos de tenerlo. En ese mundo de detergentes, de computadores y máquinas inteligentes, los tramites rigurosos, bostezantes, estaban reservados para los tipos como él. Los hombres grandes, los *sui generis*, los hijos prodigio, tenían su nido perfumado, ya desde que comían compota de caviar en el plástico vientre de sus madres.

Cada tres años, ese ciudadano enclenque; ese vaho vergonzoso; ese pobre algoritmo llamado Ramírez fue a la OE: una y otra vez, con la esperanza de tramitar su emparejamiento… Pero siempre fue igual: un papel, una firma, un sello borroso, un dato incompleto ¡Siempre faltaba algo en el tintero de la burocracia! ¡Malparidos!

Un 8 de julio de 2390, Ramírez al fin logró, tras muchísimos intentos, tramitar su solicitud de emparejamiento. Dos semanas con sus mañanas, tardes y noches, esperó Ramírez a aquel

bultico de genes exuberantes, olorosos y risueños. La espera se hacía interminable: tocaba guitarra, veía novelas de resiliencia, escuchaba los himnos de la patria, disertaba sobre las acciones del oxígeno en Norteamérica y Europa.

Un día, un 30 de febrero de 2391, tocaron la puerta ¡Era ella! ¡ERA ELLA! Al fin su trámite de emparejamiento había dado en el clavo. La muchacha era una rubia preciosa, despampanante: un poema viviente del éxtasis y el delirio. Temblando, Ramírez intentó abrazar a la esbelta muñequita..., ah, pero maldita sea. Maldita, maldita sea: su cuerpo no se movía; ni para delante, ni para atrás, ni para la derecha, ni para la izquierda. Ya no era un hombre. Sí, qué mierda, ahora ya no era Ramírez, sino el viejecito tembloroso de la calle sexta en la ciudad de San Nicolás ¡Nada más!

LA PUTA NOCHE DE LAS PUTAS

Yo estaba cansado, había hecho el amor como dos o tres veces, o tal vez más. Afuera, en los otros cuartos, una mujer de no sé cuántos años, iba de un lado a otro, borracha, delirante, buscando a un tal Darío; no sé si para cobrarle, o para darle los favores comprados de ante mano. Algunas veces, créanme, estas cosas no se saben.

Poco a poco fueron llegando más personas, Pacho, Leidy, y una tal Sara, consolidaron el gran quinteto. Entraron a tumbos al cuarto vecino (donde estaban Darío y la otra chica), realmente andaban en otro mundo, Platón hubiera estado orgulloso de ellos: habían salido de la caverna a su manera. Paredes, puertas y ventanas, eran, para ellos, una masa de cartones sucios a los cuales no se les debía ningún respeto. Aunque, aquí entre nos: nada sería más grato, más confortable, más venerable que doblar, uno a uno, esos edificios del wall Street, sus bancos, sus casas blancas y sus iglesias asociadas; pero bueno, el capitalismo raras veces se viste de cartón.

Sara, Sarilla, confundió la cama con un retrete: el licor había hecho sus estragos, o sus efectos positivos diría Dionisio. Leidy, un poco más lúcida, o más destrozada por la racionalidad, lanzó un berrido, o chillido (con estas mujeres uno queda en las mismas), reclamándole, exigiéndole a la tal Sarita, que se detuviera.

— Sara, Sara, oiga, marica, no sea guevona —Leidy tenía voz dura, de gruesa tabernera—**.** La cama no es un baño, y, deje la chimbada, que la baranda sí que menos es un espejo, ¿Ahora qué? ¿Va a confundir el televisor con un lavamanos?

Darío, a quien mis fuerzas aclamaban, me decepcionó un poco; el asunto es que no tardó en desnudarse, en saltar de un lado a otro como un jabalí, ‘‘Por fin’’, pensé, ‘‘Será el primero en alumbrar la noche’’, ‘‘¿Con quién empezará, con Leidy, con Sara’’. (Mi amada y yo reíamos pegados a la pared). Lastimosamente, a veces las cosas no se dan como uno quiere, hasta la comedia es impredecible.

—Mierda —gritó Pacho—**.** Haber, haber, Oiga, oiga Darío, usted es que es marica, ¿cómo que Leidy?, ¿cómo que qué piernas tan peludas, tan hermosas? ¿Ah?

El buen Darío se había equivocado, sus ojos le engañaron, pobre tipo, aunque a decir verdad todo nos engaña un poco ¿No es así? Vamos por la vida con una maquinita de fabricar ilusiones. Cuando una ilusión muere, nos inventamos otra; puff, hacemos una nueva con nuestra inagotable maquinita; como si, no sé: hiciéramos helados en una tienda de barrio.

Creo que eso es lo que nos hace diferentes de nuestros primos los micos y de nuestras abuelas las ratas ¡Las ficciones! Los engaños de mil colores: el dinero, dios, la belleza: ilusiones colectivas, hechas una y otra vez por nuestra máquina de hacer fantasmas. Creo que las vacas, aunque mueren acribilladas, cuando van al matadero, se ríen a su modo de nuestra pobre incontinencia, de nuestra incapacidad para vivir en el vacío, en la eterna incertidumbre.

Bueno, el asunto es que este pequeño circo, parecía más bien una congregación mariana: poco sexo, un par de orgasmos fingidos, una media no comprada, que terminó, creo, teniendo un valor de cincuenta mil pesos. Leidy, quien recogía el dinero, sabía de buenas inflaciones, de elevar cualquier cosa a sus

máximas proporciones; más que un alma de prostituta, tenía alma de gobernante, de economista ultra neoliberal.

—Pacho, diez mil pa' la media

— Dario, Veinte mil pa' la media.

Era un Maquiavelo del bajo mundo; si alguien como Darío por ejemplo, se negaba a darle el dinero, ella tenía su propio discurso, al mejor estilo del viejo Cicerón. Hoy quisiera lanzarla a alguna alcaldía de estos pueblos inmundos: seguramente tendríamos administraciones más interesantes, más coloridas, menos frívolas; lejos del cálculo, de ese triste paseo de huellas contables y te quieros inventariados. Todos lo saben, pero nadie lo dice: necesitamos gente más humana, un bufón al mando podría llevarnos al abismo, me dijo alguien, pero al menos gozaríamos un poco; pues el futuro es una gran nada que nos llama con sus mentiras. Ah, por eso es mejor no pensar en el mañana, al fin y al cabo, un buen terremoto podría mandarnos al diablo en el momento menos pensado. Las placas tectónicas, las bombas nucleares, los hambrientos armados, los fanáticos sin patria y las pestes nos esperan: por eso no hay que hacer demasiados proyectos. Mi único proyecto en la vida, antes de partir, algo que aré pronto, es el de ser un buen escritor: un literato vagabundo, marginal y despreciable. Lo bueno es que en mi tumba no habrá nada, ni un quejido siquiera; eso también es digno de orgullo para los parias como nosotros.

— ¿Sin dinero?, ¡Baah! Mire Darío, usted, yo, el universo entero, somos un pequeño espejismo; un soplo monstruoso de alguna palabra incomprensible. Con dinero o sin él, somos frágiles, granos de arena; gusanos lamentables en la inmensidad del espacio, ¡Ni siquiera nuestras lágrimas pueden alcanzar la

compasión de alguna deidad interplanetaria! El viejo burgués, gordo y redomado, jamás podrá comprar la grandeza del sol, su indiferencia, su majestuosidad. Los Incas adoraban al sol, no porque creyeran en la idea de un hombrecito en llamas que bailaba en las alturas, cubierto de un gran tapa rabos (esos imaginarios solo los ha creado el cristianismo) sino porque sabían que el sol, les hacía entender, día tras día, la pequeñez de sus cuerpos, la fragilidad de su mundo. Los hombres de negocios envidian al Sol, ¿Lo sabías Darío? Porque hasta los planetas se arrodillan ante sus llamas, por eso cargan grandes cadenas, ¿Te has fijado amor? Yo he atendido a muchos tipos así. El oro representa el intento fallido de los hombres por parecerse al Sol, a Inti. Pero desnudos, temblorosos, asmáticos, cansados y enfermos, ricos y pobres son iguales: no, no se parecen al Sol, sus cadenas no brillan tanto, son ridículos, igual que los cerdos apareándose en el lodo.

Al parecer, Leidy nunca compró la media, no al menos esa noche. En fin, no se sabe por qué, pero alguien, tal vez el dueño del motel, había llamado a la policía; uno a uno, ebrios y aturdidos, los bufones fueron saliendo.

— Cásese conmigo je -—le decía Sara a uno de los policías—**.** No le puedo dar hijos, pero podemos adoptar un afiche y ponerle su nombre ¡Papito! Casémonos, todas las noches, y mañanas, si quiere, jugaremos a que usted es el Papa Francisco y yo Sor Teresa de Calcuta; jueputa qué rico, ya verá los polvos santificados que nos echamos.

Leidy tampoco ayudaba mucho, pues quería ser, a su manera, el Freud, el Jack Lacan de una vieja policía, que por estos lados, se deleita fastidiando a quien puede, aprovechando, claro, el adornillo de poder que lleva en el cuerpo.

— Es una mujer dura, señora policía: eso es al menos lo que parece con aquellas botas, con aquel uniforme. Pero mire, soy puta, conozco la profundidad de los miedos y la ansiedad de las pasiones. Su dureza es una buena careta, bastante útil, no lo niego. Ah, mierda marica, usted es de las que guarda los abrazos y los besos para los sitios oscuros, los te quiero para los lugares cerrados. Sé quién es señ… Señorita policía, ante mí puede sonreír un poco, decirme que sea feliz cuando salga del calabozo; de verdad, puede decírmelo, no se lo diré a nadie, a nadie. Ante el mundo, usted seguirá siendo Musolina, la poli Musolina, sé que así le dicen. Por otro lado, yo soy Leidy Martínez, un gusto delicia ¡Mua!.

Todo bufón, tiene algo de suerte: el demonio lo protege; la vida, miserable, espantosa, necesita algo para reírse de cuando en cuando. Los agentes, a pesar de golpes, martillazos aquí y allá, no pudieron abrir la puerta del vehículo. No había nada que hacer, el circo tenía que quedar libre: Sara, Leidy, Pacho, Darío y la otra bufoncita sin nombre, quedaron exentos de la justicia nacional, que a aquí entre nos, es un mal chiste contado por magistrados. La justicia, me contó un sabio filósofo, es un hueso desgastado, un fósil maloliente disputado por los perros. El más bravo, el más salvaje, es quien tiene entre sus fauces, el cuerpo de la justicia. Si tienes armas, si tienes dinero, si eres político, o tienes algunos a tu servicio, todo se te concederá. Es mejor que lo sepas guevon: la ley es solo para mantener a raya a los pobres, para que no roben en conjunto las riquezas de los señores. En la trastienda, no hay límite para el hombre de riquezas.

La mayoría de la gente cree en la justicia, en sus tribunales, por pura cobardía, porque esta simboliza el retorno al vientre; ese lugar oscuro y tranquilo que en el fondo buscamos de nuevo

en el confort de las leyes. Juez, cárcel y verdugo reviven a su modo al vientre de nuestra madre. Si claro, ¡Cobardía! ¿Pero y qué?, ¿No somos todos un rebaño de cobardes?, ¿No es el lobo, un gran cobarde? La oveja destemplada y humillada, jamás se revela del todo, solo pide contemplaciones a su opresor. Si te fijas, las ovejitas nunca quieren dejar de tener un amo, una linda cadena, unos buenos grilletes. Si las ovejas pierden un lobo viejo, estas buscarán un lobo joven, robusto, de garfios relucientes: he aquí el éxito de las democracias, cada monstruo tiene su turno de tocar el timón de los dioses; acompañado, claro, por su séquito de idiotas, burda clientela de votantes descerebrados. La democracia es un fraude, solo domina quien tiene dinero y grandes militares: el cambio verdadero solo se da por la vía de las armas. Los pacifistas, bien intencionados, pero ilusos al mismo tiempo, han olvidado la lógica de la historia. Aun el diálogo, solo se da entre grandes contendientes, lo demás, solo son tratados de rendición, amnistías parciales o cosas por el estilo.

¿Y qué decir del lobo?, ¿Podría vivir este sin su exceso de llenura?, ¿Sin esa digestión que pulula en sus palabras, en su boca contraída y mugrienta? El lobo, feroz y sanguinario, teme a las hambrunas, a las carroñas sepulcrales, a los cuervos que, en sus noches intranquilas, cantan silenciosos en la orilla de sus labios.

Cobardía es nuestro nombre. Unos se arrodillan ante Zeus despreciando el beso de Venus, prefiriendo el frío de los montes, que la caricia de la ternura. Otros, quizá más deplorables, o más valientes, quién sabe, van por ahí con el corazón desnudo, sangrantes; buscando otra boca, otros cuchillos amables que hieran hasta el hastío el paraíso de sus miradas. Estos últimos cobardes saben la desdicha de tener un

corazón; saben que todo sentimiento, carece de armadura. El corazón es un recién nacido, huérfano, débil, abandonado sin piedad ante los perros de la tierra.

Cobardía hemos sido, cobardía nos llamarán por siempre; cobardía será la última palabra, el último suspiro de la raza humana. Cobardía se llamarán nuestras fronteras; cobardía se llamarán nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos; cobardía, señores, se llamará el eco monstruoso que dejaremos al universo.

Bueno, pues, el asunto es que nunca supe nada de ellos, excepto que Darío, quien veía el mundo como un gran basurero, como la gran letrina de sus huesos despreciados, orinó esa noche, plácidamente, sobre la pila bautismal de la nueva basílica; la cual aún hoy es venerada a menudo, por miles y miles de tartamudos que vienen lloriqueando desde todas las subregiones de Antioquia.

A los otros, puede que ya los haya matado la vida; al fin y al cabo, tal vez para eso estamos aquí: para jugar a la ruleta rusa desde nuestro pobre nacimiento. Si se murieron, bien para ellos. Es real, lo mejor que uno puede hacer en este mundo de billetes, cárceles y monstruosas ciudades, es dejarse matar por la vida, por un rayo, por alguna bala, o no sé. El asunto es que al menos el cianuro y las cuerdas son fáciles de conseguir, y no se necesita mucho cerebro para eso. La idea del suicidio es el único regalo que debemos agradecerle a la naturaleza, además de la muerte, por supuesto.

HAPPY VERDE

11:20 a.m.

El ranchenato de al lado me sacó de mi lindo sueño: una ensoñación entrepiernada con movida de tablas, yacusis voladores, hongos parlanchines y vinos de la Edad Media. HIjueputeo, hijueputeo, hijueputeo y vuelvo a hijueputear. Soy el gurú, el sensei, la deidad de la hijueputiadera. Si a esa vieja que comparte su música para todo el barrio no se le estalla el equipo, que por lo menos los oídos le salgan volando: achicharrados, morados, sin forma.

11:25 a.m.

Está demasiado temprano, hay que dormir: 'Yo duermo', 'tú duermes', 'vosotros dormís'. Que guevonada tan bella. Si todos durmieran más, el mundo sería más feliz. Díganme pues, que no. La miseria, en palabras más, palabras menos, sería más tacaña, más perezosa, más avara que ricachón octogenario. Lo malo es que la mayoría de gente no duerme: medio parpadean, medio sueñan, medio conocen la almohada, medio manosean las sabanas, medio calorean' a sus medias naranjas. Medio medio, medio medio, medio medio. Acá los radicalismos no los conocen ni las putas ni los sicarios. ¿Será una cuestión genética de los que padecemos a este país imaginario llamado Colombia? Yo no sé. Y si los supiera no se los diría: rebánense los sesos. Pongan a trotar al 'cacumen'.

11:45 a.m.

Mierda hijuemadre', verda' que no me puedo dormir, tengo que trasnochar, hoy sí nada de levantarme a las dos de la tarde: hoy soy un mechudito cumpleañero (como es que no había caído en cuenta). Ahora sí que vengan las estrippers, las fufurufas, los juegos de pólvora, las peleas de gallos, los mariachis, los discursos y las, las las… Ah, qué va. Me chiflé: yo soy uno más entre los tantos unos del mundo de los unos. Por lo menos sé que vendrá la torta, la rastrojeada condimentada con tapetusa y cigarros de contrabando. Nada es tan malo. Nada es tan bueno. Bendita sea la incoherencia y la vacilación ambigua de este universo descachalandrado.

12:39 p.m.

Mi viejo que es tremendo chef me hace de happy verde una buena sopa con papas, zanahorias, cilantro y muslo de pollo. ¡Qué cosa tan deliciosa! Como disfruto eso de echarle diente al muslo: ahora entiendo por qué nunca he tenido novia, amigovia o desvare animalista. Una vez sí mucho vi una a tres metros de distancia ¡Que obra de la naturaleza! La nenita iba de arriba para abajo moviendo el culo, con sus botines de cuero, con su chaqueta de cuero, con su collarcito de cuero, con su corazón-felpa de cuero; diciéndole a cuanto transeúnte que medio veía: —Amigo, amiga, amigue ¡No consuma nada que venga de los animales, no patrocine las corridas de toros ni las peleas de perros o gallitos!

12: 45 p.m.

Voy por mi tercer muslo de pollo ¡Jesús, que es esto tan bueno! ¿Por qué no me metes a protagonizar alguna nueva película de Anníbal Lecter o a recrear la biografía de Issei Sagawa por ahí derecho ¿Qué soy un troglodita? Claro que sí. Yo pasé por la escuela, el colegio y la universidad para tres cositas nada más: para jugar tazos en los recreos, para montar en tribilin' con mis compañeritas de salón y para beberme los menjurjes alicorados que preparaban mis parceros en sus delirios de alquimistas.

1:53 p.m.

Mi tía Aura acaba de llegar con una torta de chocolate. Ahora sí que salga la panza, las yantas y los cachetes de Kiko. Mi papá prende la velita, mi primo toma la foto y mi tía canta el 'Uno, dos, tres, cuatro, siete, veinte, treinta y…' Dejémoslo en 18. Entre los anfitriones está la muerte: esa bruja no se pierde ni la caída de un catre. La pierniabierta de la guadaña ha venido a recordarme lo siguiente. Dos puntos: 'Que ya estoy más viejo, que pronto se me caerá el pelo, los pómulos, los dientes y otra cosilla más; que en menos de lo que canta un gallo, iré de paseo a los hospitales, a las EPS, a los velorios de mis amigos y a los campeonatos de ajedrez para adultos mayores'. Muerte marica: ya me pusiste a ahorrar para el caminador, el Viagra y la caja de dientes.

4:28 p.m.

Me voy para donde mis camaradas a beberme hasta el agua del florero. En el camino me cruzo por accidente con la estatua de José María Córdova que se salió de su museo en la alcaldía de El Santuario. Cordovita, que no se anda con bobadas ni salamerias de biata dominguera, me dice estirándome la mano: —Mire mijo, pilas que vamos como quedaditos, ya se pasó de treinta y nada que se hace reventar por un ideal que valga la pena. Muévase. Su patria lo necesita. Su gente lo necesita, su… Me abro del parche y lo dejo solo ¿Qué soy un grosero? 'Pos', como dijo la Chimoltrufia: «pa' que les digo que no si sí».

5:34 p.m.

Ahora si empecé a bogar como si hubiera salido del desierto del Sahara, como vaca asoleada: llega un trago, llega el otro y llega el otro. Entre los borrachitos tenemos un lema: 'Un trago no se le niega a nadie'. ¿Qué es martes? Vale mierda. ¿Qué es lunes? Vale mierda. ¿Qué llegaron los marcianos? Vale mierda. ¿Qué los mercachifles sacaron a pasear sus ojivas nucleares? Vale mierda. En este Metaverso de tristeza y desesperación a nuestra pobre generación solo nos quedan dos cosas: una botella y un cigarrillo feliz. No importa el día, no importa la hora, no importa la fecha, ni el acontecimiento o remembranza.

9:57 p.m.

Ya ando otra vez como prendidito: es mi redundancia. Quizá ya se habrán dado cuenta. ¿Qué debo ir a alcohólicos anónimos? Pues aunque no crean, una vez fui por allá. Y lo

digo en serio. Recuerdo que yo iba trambuleco a las ocho de la mañana, tenía hambre y no contaba ni con cien pesos en el bolsillo ¿Y adivinen qué? ¡Bingo! Los exalcohólicos estaban en reunión dominical hablando de las ventajas de no beber mientras se jartaban' un sancocho de tres pisos. Yo muy lindo, muy comedidamente, entré y dije que era un borracho sin estrella, que quería ser un hombre de bien y que patatán, y que patatín. Lo cierto es que me mandé cinco platados de sancocho ¿Y luego qué? Pues, ¿Cómo que qué? Pues que indio comido, indio ido. El asunto es que ese fue mi momento estelar de rehabilitación y tránsito por las autopistas de la sobriedad.

11:56 pm

Ya no sé ni en donde estoy. Lo que sí sé es que mi cumpleaños número treinta y… está llegando a su fin. ¿Llegaré al otro año? Jm, vaya uno a saber. Si uno llega vivo al otro día en esta selva de cemento es que anda enchepado. Como hombre prevenido vale por treinta y… ahí les dejo mi testamento. Que los cagatintas le saquen copia y lo archiven en la casa de Nariño:

«Cuando lean esto, seguramente es porque ya andaré en cenicitas en alguna quebrada de esta tierra desangrada ¡Que berriondera! Por lo tanto, este es mi testamento, breve y conciso:

- A mis compadres les dejo mis copas vacías.
- A las religiones mi ateísmo.
- A las academias mi desprecio por su almacén de diplomas
- A mis mujeres, mis gemidos metafísicos.
- A mis familiares, mi mal ejemplo.

- Y a El Santuario, el sudario bestial de mis medias desteñidas.
- Léase, cúmplase y bótese».

SILLY ROSE

Silly Rose nació en un país de mierda, en una sociedad de mierda, en una época de mierda, en un pueblucho de mierda. Cuando esta nena camina por la calle, a menudo empieza la diversión para más de un mocoso con manías de adulto.

-¡Silly, Silly Silly es mongola, su mamá es una mongola y su papá es un mongolo!

Cuando llueve mucho, cuando no llueve nada o cuando se muere alguien, la frasecita de las señoras de bien es casi siempre un reproche para Silly Rose.

-Eso debe ser ese moscorrofio de Silly ¿Cuántas maldiciones más nos traerá al pueblito esa flacuchenta atolondrada?

Las viejas santurronas no saben que comparten con Silly Rose más de lo que se imaginan: especialmente sus maridos. Silly Rose ha sido el escape de todos los ancianos de este chiquero: se la comen una vez, se la comen dos veces, se la comen tres veces, se la comen cuatro veces; casi siempre por chichiguas o por una comida de tres pesos.

Aunque Silly Rose está más tocada que una moneda de doscientos, en su carita hay como una especie de dulzura angelical. Es bella, sin duda. Cuando uno habla con ella, debe mandar al carajo los monólogos intelectuales y los tecnicismos de academia: hay que ir al punto, al blanco, al grano, como dicen por ahí.

Los chanchulleros de la astrología dicen que a Silly Rose le queda poco tiempo: que más temprano que tarde uno de los viejos que se la comen la dejarán premiada con alguna de esas

enfermedades contemporáneas o milenarias. En las bolitas de cristal de la plaza aparecen nombres como Silly la sidosa, Silly la sifilítica, Silly la gonorrienta.

Puede que estos charlatanes le atinen. El cerebro de Silly Rose no le dice que debe protegerse, ni que las piernas no se le abren a cualquiera sin tener precauciones o recompensas decentes. Sus neuronas funcionan a media marcha: por eso habla como una niñita de diez años a pesar de tener veinticinco.

¿Qué Silly Rose es una puta? ¿Qué Silly 'es como bobita'? ¿Qué Silly tiene la mentalidad de una niña? ¿Qué Silly Rose debe estar más abierta que ramera de la antigüedad? Sin duda todas esas vainas tienen algo de verdad: yo soy uno de esos tipos a los que nunca le ha gustado tapar el sol con los dedos. Las verdades se pueden esconder en el cuarto de los checheres de nuestra conciencia: pero ahí van a estar las hijueputas; muy juciositas, muy pendientes para dar un paseo por nuestros labios, por nuestras lenguas, por nuestros semejantes.

Tal vez por eso, lo confieso aquí y ahora, Silly Rose es la única mujer en este antro pueblerino que me llena el corazón ¿Les parece muy raro? Pues en el fondo todo es raro: raro es el dinero, raro es la guerra, raro es el mundo y sus infinitas constelaciones.

Cuando conocí a Silly Rosee me enamoré de ella en menos de tres minutos: me enamoró su estupidez, su inocencia, su inquebrantable fragilidad. ¿Y 'qué por qué no me enredé con una muchacha normalita', de esas del montón? Ay, pues porque las muchachitas del montón son calculadoras, infames y ególatras: su inteligencia y belleza las ha hecho peligrosas. En el corazón de cada mujer se hallan ocultos el cielo y el infierno de los hombres.

Como ya el veneno me está surtiendo algo de efecto y la mano me tiembla demasiado, sin más rodeos maricas solo les digo que Silly Rose es la única nenita decente de este círculo del infierno: las demás pueden tirarse a la quebrada con una piedra amarrada entre las tetas.

Silly, Silly, Silly cariño, eres la única dueña de este poema.

Mi musa idiota

Mi musa idiota tiene desiertos en la mirada: en sus ojos negros reposan los vagabundos de todas las edades de la tierra. En sus muslos de almizcle danzan torpemente las monjas de los dioses.

Pero mi corazón de viento la ama por encima de todas las cosas y de todos los muertos y de todos los universos y de todos los caídos y los no caídos en el fragor de nuestra miseria.

Mi musa idiota se pavonea torpemente al son de los patos y las verduras. Su inocencia camina descalza por la cresta de los dinosaurios y el rabo de los misiles. En su sonrisa imprudente moran la luna, la niebla, las llagas y el sol floreciente ¿Cómo se puede ser tanto y no ser nada?

Sí, mi musa idiota, en tu frente de burdel y columpio escribirán los lobos y las hienas: ‘‘No eres nada, nunca has sido nada, nunca serás nada. Tu belleza se irá con las palomas y los demonios, tal vez mañana, tal vez pasado mañana’’.

Cuando este veneno feliz carcoma mi aliento, me vestiré de globo y me iré volando volando hasta el borde de tu ventana; entonces tu mano de nieve me llevará por los parques y los cementerios.

Que la muerte me haga niño entre tus brazos de bambú.

Que la muerte lleve en su carroza este beso que te brindo desde el fondo de mi agonía.

Que tu autismo indomable bendiga con su sangre mis versos de lluvia.

UNA NENA LLAMADA 'MARIANA'

I

Mariana se quita la chaqueta, después la blusa, después la falda, después los cucos: ha quedado en pelota, en mitad de la autopista, en mitad de los bares de tres pesos, en mitad del maldito mundo, en mitad de la eternidad y su eterno desmoronamiento, en mitad del desgraciado universo y sus estrellitas voladoras. Va de un lado a otro mostrando sus nalguitas rosadas: se sienta en la mesa de acá, se siente en la mesa de allí, se sienta en la mesa de allá, se sienta en la mesa de enfrente, se sienta en la mesa de atrás, se sienta en la mesa del Caricortado, se sienta en la mesa del Vaciado, se sienta en la mesa del mechudo anónimo que se toma una cerveza a góticas, a microgoticas. Ya por fortuna o desgracia esa ricura de piernas sabrosas no es Mariana la oficinista, ahora es Mariana la casquisuelta', Mariana la patiabierta, Mariana la mocita o la querida o la concubina o la amigovia' de Dionisio y sus botellitas de colores.

II

Mariana se despierta en un andén con un frío ni el hijueputa: le duelen sus piernas desnudas, le duele su trasero desnudo, le duelen sus pequeñas tetas desnudas, le duelen sus tatuajes de dragones orientales, le duelen sus cortaditas de Minora. Aunque está que se congela hasta la chimba, le fascina la idea de ser una hembra sin cedulas, sin pasaportes, sin agendas ni tarjetas profesionales.

III

Mariana se acerca al río, se mete los dedos en la boca, e intenta vomitar todos los almuerzos de sus encarnaciones pasadas: pero solo sale una babita blanca con olor a ron Jamaica y butifarra de doscientos. Mientras la babita blanca se pierde en la negrura de las aguas, a Mariana se le viene a la mente ese bonito poema de La Chanda que dice algo como:

«Puedes pararte sobre las perlas del mundo;
Puedes fabricar tu imagen sobre el rostro de los dioses;
Puedes pasear tu nombre por las banderas de la historia:
pero no serás más que un triste gusano escupido por la nada y los azares del tiempo».

IV

Mariana camina hacia el centro fumándose un pucho de marihuana que un gamín antojado le regaló en un semáforo: los buses, las motos, las mulas, las furgonetas, las carretillas, las patinetas, las zorras, los taxis y los bicitaxis iluminan una y otra vez sus lunarcitos multicolores. Los chiflidos le caen como anillo al dedo, los piropos la hacen venir a chorros sin siquiera utilizar sus deditos de calavera. ¿Qué se la van a culiar' sin pedirle permiso? Que importa: su virginidad se fue por la alcantarilla cuando tenía siete años gracias a las bondades amatorias de un pastor protestante.

V

Mariana se termina de fumar el resto del porro: todo se mueve y se mueve; en esa cabecita los edificios bailan salsa, los metros bailan vallenatos y los puestos de empanadas bailan zarandeados, zigzagueantes y estrambóticos, reggaetón, bachata y algo de champeta. Las caras de la gente se transfiguran en las de sus incontables exnovios: la de aquel Martin Benítez que se cortó las venas con un esfero para niños; la de aquel Rafael Castaño que se cree Gardel y que ahora le canta tanguitos desafinados a la doctora Ramírez; la de aquel Mateo González que ahora va por Europa con una túnica raída diciendo que es el nuevo Jesucristo. Qué traba tan verrionda la que tiene la rubiecita (la inconfundible Marilyncita colombiana).

VI

Mariana se acerca a un celador y le dice que se lo da por una cerveza de tres mil pesos y un lapicero de quinientos. El vigilante que es un biato' y que anda como ganocito le dice que de una, que pa' mañana es tarde mija: la entrepiernada dura lo que dura un avión supersónico pasando por una ventana. La flaquita agarra su pola, su bolígrafo y se va sonriendo al puente más alto que tiene esta 'chanda de ciudad'.

VII

Mariana lleva sus piecitos escarchados a la derecha del puente más alto que tiene esta ‘chanda de ciudad’: entonces escribe una línea, luego otra, luego otra y luego otra. La caligrafía es casi la de una analfabeta, pero algo se entiende, algo se puede descifrar haciendo maromas neuronales, parpadeando, moviendo la jeta. Con el ojo izquierdo, con el ojo derecho, con el tercer ojo, uno más o menos puede ver que en esos rayones dice lo siguiente:

« Voy a orinar esta noche mis entrañas renegadas.
Voy a orinar esta noche mi testamento envilecido.
Orinaré despacio,
orinaré sin remordimientos:
hasta que mi corazón descalzo se diluya en un diluvio sobre las llagas de la tierra.
En mis océanos amarillentos aullaré junto a los muertos,
para despertar de los sepulcros a los ángeles del infierno:
los monos y los monstruos me llamarán la venus de arena;
las musarañas y los lirios me nombrarán su señora, su deidad,
su arrullo exterminador.

« Voy a cagar esta noche los fragmentos de mi memoria.
Voy a cagar mis profesáis sobre los rascacielos de los hombres.
Cagaré desde lo alto.
Desde la altura misma.

Cagaré desde el trono de dios con una máscara de sangre y lodo:
hasta que la muerte se desdoble en un bramido enloquecido,
hasta que la aureola de las flores se arranque los labios en pleno medio día.

« Y voy a bañar mis huesos de sombra en estas aguas repulsivas:
perfumaré con el aroma del progreso, a mis palabras dichas, a mis palabras no dichas, a mis sueños acuchillados, a mis sortilegios de luna llena.
» Me hundiré en las aguas.
» Me pudriré junto al mundo.
» Me pudriré junto a este poema.
» Me pudriré junto a estos versos que olvidarán los niños junto al sepulcro de sus columpios».

EL SEÑOR 'NUDILLOS'

Ya en una semana me jubilo: por fin volaré lejos de este antro, por fin me iré a pescar a algún laguito gringo con mis nietecitos. La verdad, la verdad, ya estoy cansado de los gritos, de las camisas de fuerza y de los lloriqueos de familias enteras que esperan en vano, que algún día por allá bien lejano, sus parientes trastornados recobren la conciencia.

En este manicomio hay de todo y para todos los gustos: exgerentes de banco que se creen Napoleón, pescadores muertos de hambre que simulan ser la mismísima encarnación de Cristóbal Colón, exmariguanos que aseguran venir de alguna galaxia en alguna esfera de energía imperceptible para los radares de las potencias.

Quizá, el más peculiar de mis loquitos, es nudillos; o como yo le digo con respeto 'El señor nudillos'. Ese pacientico se la pasa día y noche dándose puños en la cara: se da puño mientras lo bañan, se da puño mientras lo visten, se da puño mientras las enfermeras lo pasean de un lado a otro en la silla de inválidos.

Sus tíos me comentaron que la manía de nudillos de darse puños en la cara comenzó en tercero de escuela, cuando sus amiguitos de clase, muy amistosamente, le dieron la bienvenida con una buena cascada ¿Se defendió nudillos? No, tan solo se quedó en un rincón dándose en la jeta, chillando y chillando; rezando a dios, a la virgen y no sé a qué arcángel de la guarda.

La segunda vez de un episodio semejante fue cuando nudillos tenía catorce años. El relato, si no estoy mal, creo que era más o menos así: Nudillos estaba tragado de la niña más buena de su colegio; vivía por ella, comía por ella, andaba por

ella. Un día nudillos le regaló una chocolatina y un ramo de flores ¿Y qué dijo la nenita? Pues nada: se comió la chocolatina y le tiró al inexperto Casanova las flores en los zapatos. Nudillos se fue para una esquina y comenzó a darse puños en la cara durante dos horas: llegó la policía, llegaron los bomberos y lo arrastraron hasta la casa de sus padres.

Nudillos tuvo un par de tratamientos: le dieron medicamentos para una cosa, medicamentos para otra; y bueno, ya parecía una ovejita amansada del montón. Pero llegó el 26 de noviembre de 1965: una niña de cinco años, un par de bandoleros sedientos salidos del monte, una manga solitaria ¡Y puf! No voy a dar más detalles del asunto.

El asunto es que cuando Nudillos vio a su hija desangrada, en mitad de un rastrojo, lanzando al viento sus últimos quejidos: no hubo nada que hacer. Nada de nada: nudillos se sentó en el pasto y comenzó a darse puños en la cara como lo había hecho en su adolescencia. Hoy anda en las mismas: es como una tragedia congelada en el tiempo.

El síndrome de nudillos parece raro, sui generis. Sin embargo, abran la boca, pendejos, se los diré una vez: todos tenemos algo de esa enfermedad. Nos dan duro en la niñez, nos dan duro en la adolescencia, nos dan duro en nuestra vejez: somos el saco de boxeo de nuestros semejantes. Nudillos encarna perfectamente esa frasecita masoquista que dice: ‘‘Bien, hijueputas, si la vida me da puños, yo me los doy también; ese es el destino de todos los hombres; ese es nuestro mandato, el de ser heridos, el de ser lacerados desde el vientre hasta la tumba’’.

EL MANDADERO

Aprendí a hacer mandados como nunca: lo primero que hago es abrir la jeta, echarme la bendición, estirar las dos manitas de la paz, y fu, ya tengo una hermosa moneda entre mis deditos ropavejeros.

Me encanta este trabajo de mandadero: siempre les pido la encimita a los proveedores y termino jartando que da miedo '¿Qué cómo hará ese bobo desencajado para estar tan gordo? Jm, pues, ya lo saben: el arte de hacer mandados produce glorias que ni siquiera los presidiarios podrían adivinar.

Pues pa' que me quejo, mi suerte ha sido buena gracias a dios: aunque mi mamá se murió de cáncer, mi papá de cáncer y yo quedé solito con mi otro hermano bobo, las cosas pasan por algo ¿Ese algo es DIOS, el diablo? No importa: si mis desgracias son buenas para dios, serán buenas para mí.

A donde más me gusta ir a diario es a donde el padrecito Inocencio: siempre me saca los diablos y me da para almorzar. '¿Qué cómo se sacan los diablos todos los días?' Pues vean, conmigo, el padre Inocencio hace lo siguiente. Pongan pues cuidado: primero me lame, me lame y me lame el cuello imitando a una vaca durante dos horas o más, después me quita toda la ropa diciendo 'gracias dios'; y como telón final, me introduce el sagrado cáliz del espíritu santo (que aquí entre nos, guarda celosamente debajo de sus piernas velludas para que los ladrones no se lo vayan a robar).

Mi vida es una chiris, una recontra chiris, una torta de verdad. Después de que ando pa' arriba y pa' abajo haciendo los mandados y meloneando; me voy a prestarle mi propio cáliz

a la señorita Beatriz: que es la dueña del orfanato para retrasados de mi pueblo. Beatriz es buena conmigo: siempre me da un billete gordo cuando le hago un mandado. Como yo soy bobo, pero no desagradecido ¡Eso jamás! Pa' compensarla, yo le brindo algo del cáliz del espíritu santo que a mí también me ha nacido entre las piernas.

Y no hablo más, las palabras solo deben servir para hacer mandados: el resto es una ilusión de los mortales. Voy a hacer mis mandados ¿O no es eso lo que todos hemos hecho? ¿No hemos llevado y traído las cadenas que cada era nos brinda con cierta indiferencia?

Los mandaderos somos la paz y la humildad de la existencia: le damos vida a todo, conectamos aquí y allá, empatamos y atornillamos lo que nos toque. Nosotros entrelazamos matrimonios, generales, continentes y estrellas universales. Todo mandadero debería tener una maldita estatua al lado de los santos de la iglesia. Todo mandadero debería de tener su esposita y sus mil hijitos para transmitirle a la posteridad, el arte de los mandados ¡¿Dónde está mi estatua pues, que no la veo?!

Los siguientes cuentos y crónicas fueron publicados en el periódico *EL Colectivo* en el año 2022

LA RISA DEL DESTINO

Para los gobiernos, las computadoras y los bancos soy Jovani de Jesús Cardona: un cincuentón nacido en Medellín, de sangre tal, de altura tal, de piel tal; para la noche vivaracha, para la noche bamboleante, para la noche aguardientada, para la noche empericada, para la noche patiabierta: soy el payaso nocturno, el 'Mimo revoluchion', el cíborg de las calles.

De mí mismo le podría decir muchas cosas, o quizá muy pocas: hago reír, me gusta hacer reír; pero también me gusta que la gente ponga a llorar a sus neuronas, me gusta que saquen al filósofo que tienen ahí adentro. Con mi traje de robot les escribo a los hombres en sus vidas cotidianas, en sus tristes vidas cotidianas: « ¡Ey! Mírate, vas por ahí muy orondo, apesadumbrado, llevando de aquí para allá tu volquetada de afinados tornillos ¿A dónde vas tan bien puestecito? ¿Vas para la fábrica de robots? ¿Vas para la escuelita de los robots? Es obvio que vas para algún parqueadero o jaula para robots: tu humanidad se fue por la alcantarilla de la televisión un día en que no te diste cuenta».

Cuando no soy robot, soy Charles Chaplin: pero un Chaplin hablador, un Chaplin que te mira a la cara. Me dirás que soy un mimo chiviado, me dirás que estoy tumbando a la gente; pero yo soy la última transformación, la evolución en carne viva: si se rompe el silencio, se rompen las leyes, y si se rompen las leyes, se rompe el silencio. No soy la gran cosa, no me siento

Zaratustra, pero creo que tengo algo de consciencia: no vivo como la mayoría, no trabajo en las oficinas, no tengo títulos para montar en la pared de mi cuarto; voy por los pueblos y las ciudades en compañía de mi perra Madona (mi hija, mi cobijo y mi amparo ante las tinieblas de la vida).

Aunque me pinto la cara de blanco, aunque tengo una corbata imprudente que se yergue al ver a unas piernas desnudas, no soy en realidad tan diferente al resto de los mortales: en mi vida hay escombros, en mi vida hay soledades, en mi vida hay desprecios, en mi vida…; en mi vida, muchacho, ha habido caminos tenebrosos a los que no quisiera volver: por eso soy un hombre sabio, o trato de serlo ¿Sabe con qué me protejo del canto de los abismos? Con los baños matinales entre los ríos y quebradas de las grandes montañas, con las runas de los druidas antiguos, con la buena magia de los ángeles y arcángeles, con oraciones como el Padre Nuestro en arameo.

Si escribes mi biografía, será inevitable que narres mis caídas, mis altibajos, mis uno y mil círculos del infierno: mi tumba será un epitafio estrafalario, un híbrido entre la gloria y el desencanto. No soy en realidad el ejemplo para muchos: no tengo la terquedad de Bolívar, no tengo el utopismo del Che Guevara, no tengo la fe de Mandela ni de Mahatma Gandhi, no tengo la caridad ascética de los monjes medievales ni de las hermanitas descalzas.

Antes de ser este viejo trashumante vestido con traje estrafalario, fui un niñito travieso que se colaba junto a sus compinches en el aeropuerto Olaya Herrera para darle ‘lidia a la yipeta’: a veces nos iba bien, a veces regular, y a veces nos iba como a los perros en misa. Una vez, lo recuerdo nítidamente,

nos agarró la policía ¿Y qué se imagina usted que sucedió? No mucho, éramos niños pobres: nos llevaron para la estación, nos pusieron a barrer, nos dieron correa y después nos dieron un lindo baño de agua helada.

Esa experiencia me hizo entender a la perfección la canción de Daniel Santos que dice algo como: «Cuatro puertas hay abiertas, al que no tiene dinero: el hospital y la cárcel, la iglesia y el cementerio». Un pobre es un criminal casi siempre; un rico es un pobre descarriado que se habrá de corregir tarde que temprano. Un pobre atraído por la vagancia es un haragán; un rico sin oficio es un Voltaire o un Hegelito empapado en reflexiones ontológicas. Un pobre, tatuado, es un ex convicto irreformable; un rico, tatuado hasta en la entrepierna, es un adalid del posmodernismo y las nuevas formas de ver el cuerpo. Un pobre, amante de las cartas, básica y tácitamente, es un derrochador infame; un rico, amante de las cartas, es un deportista del póker o la baraja española (un defensor de la tradición y los jueguitos de mesa).

Como no nací en cuna de oro, sino en cuna de cartón, mi relación conflictiva con la ley no mejoró mucho en los años que le siguieron a mi infancia: pasé tres años recluido en las cárceles de Bella Vista y La Dorada. Entre las rejas hubo uno que otro momento de felicidad. Y es obvio muchacho, era la cárcel, puedo decir que no todo fue bello. No lo fue. Muchas veces me tocó usar los puños. Muchas veces me tocó pararme en el pedacito, entre el bullicio y la sed de sangre. No soy conflictivo, no ando por ahí buscando broncas: la vida me enseñó no tanto a ser guapo, sino a ser resuelto.

Cuando llegué a la cárcel un tipo me dio posada en su camino: o sea, en el piso de la celda. Él me dio hospedaje, me

salvó la patria, así que yo me convertí en su cachorro: le lavaba la ropa, le lavaba los trastes, le traía, le llevaba. En Bella Vista, en La Modelo o en La Picota a usted lo tiene que recibir alguien ¿Y si no? Jmm, mijo, si no, básicamente se lo lleva el tren, el Armagedón, el cachón: lo pueden matar, lo pueden violar, lo pueden torturar.

Entre los presidiarios yo no era Jovani, no señor, era el gran payaso, el gran recreacionista: curiosamente fui uno de los pocos presos en Colombia que pudo entrar ACPM para hacer sus shows con fuego: en 'Días del Idioma', 'Días de la antioqueñidad' o 'Días de la independencia', yo fui un Prometeo, un danzante de las llamaradas circenses. Aún hoy lo hago, en cualquier esquina, en cualquier semáforo, en cualquier cuadra o en cualquier parque dialogo o bailo con el fuego: cuando 'escupo candela' me siento un dragón mitológico; me faltan alas, garras y cuerpo prominente ¿No podré ser algún día como las Karpas koi? ¿No he nadado a contracorriente por las turbias cascadas del destino?

Sí, el destino, el destino: ¡cómo juega con nosotros el desgraciado! Quizá por eso soy payaso ¿Y qué otra cosa pudiera haber sido? El destino nos lleva, el destino nos trae; el destino nos pinta solecitos en la mañana y diluvios en la tarde; el destino nos da un amante y luego el dolor de su partida. Yo, o mejor aún, nosotros los payasos, somos los irrefutables imitadores del destino: nos reímos una y otra vez, así como el supremo tejedor se ríe de los hombres y las cosas

¿De quién nos vamos a reír hoy mi estimado destino?

CRÓNICAS DE UN HOMBRE SIN GLORIA

6:57 a.m.

La alarma suena de nuevo ¿Y qué harás? Lo mismo de todos los meses, lo mismo de todas las mañanas: eres eterno retorno, una espiral, un yoyo que el destino o los dioses invisibles empujan al mismo punto una y otra vez. Te descobijarás, te mirarás hacia abajo y verás con horror que la naturaleza ha perdido la esperanza en la fuerza de tus semillas. Te levantarás, darás dos vueltas, tres vueltas, cuatro vueltas. Te desnudarás y verás en el espejo a esa vida que se hace fantasma. Girarás la llave, te enjabonarás, llorarás un poco; te secarás y te pondrás el pantalón de siempre, la camisa de siempre, la chaqueta de siempre, las desdichas de siempre, la mirada de siempre.

8:00 a.m.

Cerrarás la puerta de tu caja de fósforos: te devolverás una vez, otra vez y otra vez; desconfiarás del vecino de arriba, del vendedor de paletas, del tendero del frente, de la señora de las empanadas. ¿Y qué podrían robarte? Pues tus revistas: esas lindas páginas de muchachitas desnudas que te ayudan a paliar el insomnio; tu ritual es imaginar a tu cuerpo verrugoso abrazando a Angelina Jolie y a Mia Khalifa en una cama gigante rodeada de sirvientas y vinos exóticos.

8:30 a.m.

Llegarás a la taberna 'La Potranca' y te sentarás en la sillita de siempre, en la mesa de siempre. Hablarás de este triste país con los amigos de siempre: renegarás, insultarás, blasfemarás; lanzarás por la puerta de la cantina las utopías pasadas, presentes y venideras. Esperarás a los camioneros. Esperarás a los taxistas. Esperarás a los fleteros de vieja data: quizá alguno de tantos te regale un aguardiente mañanero o un tinto envenenado. Quizá te den un cigarro de contrabando. Quizá te manden a la mierda.

12:00 p.m.

Te pararás de tu silla de siempre y te irás para la esquina como todos los días: allá estará Chocho' vendiendo lotería; tú le dirás «Quihubo'» y él te dirá «Qué más güevón'». Verás pasar a las colegialas de un lado a otro: les chiflarás, les lanzarás piropos callejeros, les buscarás conversa, cantarás a pulmón herido 'La colegiala' de Rodolfo Aicardi. Las chiquillas te gritarán «Viejo verde» y las profesoras te dirán en coro pedagógico «Cerdo degenerado»: tú sacarás un cigarro y les tirarás el humo como si fueses un padrote italiano.

12:30 pm.

Caminarás una cuadra, después otra cuadra; cruzarás el parque y los tres callejones que llevan a la plazoleta de la Alcaldía. Te encorvarás, te arremangarás los pantalones y te sentarás en la banca que queda a la salida de la Administración: el vaso de monedas se llenará en un santiamén; los funcionarios

y practicantes te obsequiarán también novenitas, miradas piadosas y discursos de 'La buena vida'. Tú recibirás sus obsequios y les mostrarás tu caja de dientes: les dirás en secreto que no hay 'Buena vida', porque la vida misma ya es una enfermedad de la que solo podremos curarnos matándonos y san se acabó.

1:30 p.m.

Con el vaso repleto de monedas y escapularios irás saltando en una pata al restaurante de doña Otilia: comerás un poco de carne, unas cuantas cucharadas de frijoles y algo de ensalada. Masticarás despacio, con la inmoralidad de tu senectud. Mirarás a tus compañeros de gremio sorber sus platos sin ninguna delicadeza. Cada mesa tendrá su propia tribu: los mendigos con cojeras falsas, los mendigos siempre desplazados, los mendigos gagos, los mendigos con cáncer disimulado.

3:30 p.m.

Saldrás del restaurante y te irás de nuevo para la taberna. Tomarás un atajo para pasar por la calle de 'Las generosas'. Irás pistiando como un catador experto cada silueta: mirarás piernas, tetas, culos, cabellos, dientes. Regatearás de esquina a esquina un polvo de media hora o uno de diez minutos: te sacarán la navaja, te darán un taconazo, te arañarán la calva (pero al menos probarás a una mujer de otra manera un poco singular).

6:30 p.m.

Con la misma forma de caminar, con la misma mirada, llegarás de nuevo a la taberna 'La Potranca' y te sentarás en la sillita de siempre, en la mesa de siempre, con los borrachos de siempre. Como siempre se sentará junto a ti, el tal poeta Damiro: te dirá «Viejo marica», te hablará de las nuevas colegialas, te describirá los planes de dominación de los reptilianos y te recitará de memoria el único poema que ha compuesto en sus setenta años de vida:

«No creo en Colombia porque Colombia no existe. Este territorio, con su bandera, su himno medieval y sus puestos de empanadas, putas y limosneros, es un chiste trágico contado por un payaso sexagenario en algún manicomio de Europa. Si Dante Alighieri estuviera vivo, no dudaría en clasificar a Colombia como uno de los tantos círculos del infierno; no tendría que hacer un gran esfuerzo; demonios tenemos por todos lados: airados, tenebrosos, campechanos; con sus corbatines y sus carros de alta gama disecando con maña a cada transeúnte, a cada desgraciado que nació, escupido por los dioses, en estas cordilleras agrestes atestadas de maleza, de rabia, de lágrimas, de mierda.

No creo en la inteligencia humana porque el coeficiente intelectual lo inventaron diez maricas mientras fumaban opio en algún tejado destrozado por las goteras. El Homo sapiens es torpe por naturaleza. Ya lo dijo el cigarrillero de enfrente, que por fortuna no lee a Rousseau ni cree en la democracia: ''¡¡El hombre nace torpe y la sociedad lo empeora!!''

No creo en el futuro porque el futuro no existe. El mañana será un gran orinal con olor a detergente y drones bajo las

cobijas. La gente será más computadora que persona: los abrazos, los te quiero, los saludos, los picos de lengua y choque de piercings serán cobrados, ofertados por docena: a mil, a dos mil, a tres mil según la inflación y deflación de las próximas décadas.

No creo en mí mismo porque yo no existo. Según los diarios patafísicos y la enciclopedia del Gato con botas: yo soy una entelequia, un espectro pensado, escrito y reescrito por una pipa enmariguanada que se cree poetisa.

Entonces no creamos en nada: ni en el arriba ni en el abajo, ni en el adelante ni en el atrás, ni en el afuera ni en el adentro. Arañemos, degustemos, bebamos y volvamos a beber; así sea porque sí, porque nos da la hijueputa gana; mientras la bacinilla del tiempo nos lleva bamboleantes y taciturnos hacia al vientre de la nada.»

10:30 p.m.

Borracho hasta los tuétanos, te volverás un viejo cansón: te pegarán los taxistas, te pegarán los camioneros, te pegarán las putas, te pegarán tus camaradas de profesión. Y de la taberna 'La potranca' saldrás a empellones: tumbarás una mesa, quebrarás tres botellas, escupirás a una ramera y le gritarás «judío avariento» al tabernero. Arrastrando lo que aún queda de tus zapatos, te irás refunfuñando a tu caja de fósforos: no habrá un plato de comida, no habrá unas piernas abiertas ni un 'Buenas noches mi viejo pendejo'.

CRÓNICA DE UN PUEBLO MEDIEVAL: UN DÍA EN EL SANTUARIO ANTIOQUIA

Quizá más de un andariego ha ido a El Santuario, quizá el nombre de 'Santuario' les suene al emblema de alguna bolsa de galletas sin sal hechas por monjas de claustro; quizá 'Santuario' no dice en sus cabezas ni una cosa ni otra. Este municipio, ubicado en la subregión del Oriente antioqueño, exactamente a unos 57 km de la ciudad de Medellín, hace referencia a conservadurismo, a contrabandistas de mercancía china, a cuerpos fríos y clima frío. Esta crónica, sin adornos ni apologías patrióticas, muestra la oscura cara de esta localidad llena de cristos, represiones e historias no contadas.

6:00 a.m. Parece que ya amaneció, la vecina del tercer piso ha comenzado a canturrear su cancioncita favorita: una de esas tonadas disformes y cacofónicas que le enseñan en la iglesia o en una de las tantas sectas que hay en el pueblo: Lazos de amor mariano, Hijas de María, Hijas del corazón de Jesús, Hijas del niño Jesús, etc., etc., etc. Hay un sancocho de hijas de una cosa y otra, esto es toda una argamasa (aunque tristemente para nosotros, los Casanova, no hay muchas hijas del desenfreno que digamos).

La vecina hace parte de ese 99% de santuarianos que reza y reza sin parar. Aquí rezan porque sí, porque no y por si las moscas. Aquí rezan cuando se cae un palo de aguacates y cuando no se cae. Aquí se dice que los niños no piden tetero sino el bautismo. Los recién nacidos están a un pelo de no pedir leche materna sino agua bendita. Yo en lo personal, porque lo que tengo de mechudo lo tengo de pragmático, estoy que le

pregunto a una nutricionista los componentes vitamínicos del agua bendecida. Si obtengo una respuesta decente, seguramente encargaré en unos añitos mi equipo de fútbol. Adiós a la bienestarina. Adiós a la compota. Adiós a la leche en polvo y a las sopitas de menudencias. Que el agua purificada manada del paraíso lo resuelva todo. Que llegue la camada.

6:40 a.m. Yo no sé cómo señores, pero la vecina sigue cantando.

7:15 a.m. Por fin salgo a la calle a trotar un rato (soy toda una rareza, un espécimen en peligro de extinción). El prospecto de hombre santuariano, es el de un señor gordo con muchos hijos que trae contenedores y contenedores de China. El ejercicio no se incluye en el modelo de vida ideal. La idea es que lo único que se mueva con velocidad, con soltura, con 'verraquera', con 'perrenque', sean los dedos en la calculadora. Si uno nace en El Santuario, y le da por ser un escritor alérgico al trabajo excesivo, ya está literalmente jodido (y no 'jodido' precisamente de la forma en que ustedes piensan). Yo que trato de escribir, sé que nunca seré el centro florido de una fiesta familiar. También sé de sobra que nunca seré el candidato favorito de mis primas. Estoy lejos de practicar el arraigado arte de la endogamia que de hecho caracteriza a las élites de El Santuario. ¿Han oído ese dicho que dice que ''Mientras más primo más me arrimo''? Acá eso se aplica al pie de la letra, sin tapujos y con orgullo vasco-judío (de donde más de uno dice ser descendiente).

7:38 a.m. Mientras troto, o trato de trotar, en los edificios se escuchan los martillazos, las canciones de Las Hermanitas Calle y las versátiles 'hijueputiadas' de los trabajadores de la construcción. Santuario va para arriba. Aquí ya hay edificios

por todas partes. Como decía José Guillermo Palacio: "Los santuarianos fueron tanto a China que al final quisieron imitarla". Además del cincel de los albañiles, uno puede percibir el sonido que hacen las obreras del sector textil, que, por ahí derecho, también acompañan las campanadas de las tres iglesias del municipio (que suenan incluso a veces a la una de la mañana). En cualquier cuadra, en cualquier barrio, en cualquier esquina, uno escucha una fileteadora, una máquina plana o una botonadora. Cabe aclarar que, en este paraíso textil, los horarios no son precisamente de oficina. Seguramente este será el primer lugar en el mundo en donde algún día surgirá la honorable raza de las sleepwalking workers. Ya veré a los gringos en un helicóptero tirándole medallas a esta montaña 'enruanada'.

Como muchas microempresas son una suerte de negocios caseros de seis o siete máquinas, hay miles y miles de trabajadoras sin vinculación a pensión, sin prestaciones sociales y sin seguro contra accidentes. Sin nada. Si las obreras están de buenas, en navidad reciben una novenita y un beso de año nuevo de sus emprendedoras patronas. Y a veces, si están 'enchepadas', hasta se llevan de aguinaldo un vinito de tres mil con un pedazo de torta. Igual suerte corren las santuarianas de escasos recursos, que, por chichiguas, hacen manillas, collares y pendientes en sus casas de fósforos.

El lema en las maquilas del sector textil es básicamente este: 'Siempre puedes dar más'. Esa frasecita parece sacada de una caja de cereales para niños. Pero en realidad esas palabras expresan la más humillante explotación. Los empolvados huesitos de los redactores de 'Los derechos del hombre' se deben estar revolcando en la tumba. Si un trabajador en un día pega 90 botones, al otro día debe pegar 180; si en el primer mes laborando hizo 800 costuras, en el segundo debe hacer 1600. Se

trata de exprimir al empleado hasta sus últimos resquicios. Aquí un obrero y un limón tienen similitudes metafóricas casi monstruosas.

9:30 a.m. En una cafetería escucho la emisora del pueblo. Están invitando a un bazar lastimero; una especie de 'donatón' donde *la gente de bien* dona recursos para suplir las necesidades de las personas con discapacidad. Ser invidente, estar en silla de ruedas o tener una disfunción auditiva en El Santuario, es sinónimo de mendicidad. Acá, la inclusión se reduce a que una persona con discapacidad debe ser mantenida como un ángel inútil que no puede valerse por sí mismo. En ese discurso pacato y monacal, un santuariano con sordera o baja visión es un santo medio asexuado, incapaz de sobresalir en el intrincado mundo de la oferta y la demanda. Muerte social disimulada. La oferta laboral para las personas con necesidades especiales es casi nula, por no decir que inexistente.

10:20 a.m. En una calle me encuentro un grafiti, que dice en mala ortografía: 'Enpeso la limpiesa'. Desde que los amigos de la motosierra llegaron en 1996, esa frase se ha repetido una y otra vez. En El Santuario, decía una antropóloga, no hubo lucha antisubversiva, hubo una purga premeditada: locos, vagos y amantes del cannabis fueron pasados a cuchillo. Santuario es un territorio dominado por el conservadurismo. Aquí las corrientes modernas son un sacrilegio, una herejía. Espero no quedar como Giordano Bruno. Sinceramente, confieso y reconfieso que me gusta otro tipo de llamaradas.

11:57 a.m. Dando vueltas por ahí, término pasando por la Casa de la Cultura Luis Norberto Gómez, en donde se ubica el Centro de Historia: un conglomerado de conservadores aficionados a la historia que crean, en miles y miles de revistas,

un Santuario idílico de rosas y pandequesos. Su gaceta oficial, *Perfiles Históricos,* habla una y otra vez de curas y monseñores, de Córdova y sus muchachos, de las familias ilustres que ya tienen indigestión por tanto embutirse durante décadas el poder local. Una maravilla. Cualquiera diría que hasta hacen historia de verdad. Ya me imagino a los fantasmas de Leopold von Ranke, Fernand Braudel y Eric Hobsbawm en esas reunioncitas.

El Centro de Historia de esta patriótica población nunca ha sacado siquiera un buen libro que haga referencia al conflicto armado en el municipio de El Santuario. Pocos aquí saben que los paramilitares pasaron al papayo a más de 2000 personas; que personajes como Ramón Nonato y Abelardo Díaz fueron asesinados por el simple hecho de tener una enfermedad mental que incomodaba flemáticamente a la buena ciudadanía. Los niños aquí no saben que hubo un bloque de las AUC llamado 'La Batalla de El Santuario', ni que las élites económicas destinaban entre 200 y 300 millones mensuales a esta organización. Las nuevas generaciones, adictas al gimnasio y los karaokes, pasan los días creyendo que prácticamente aquí fue donde Adán y Eva caminaron en pelota viviendo felices y comiendo perdices.

12:30 p.m. Me siento en alguna banca del parque principal José María Córdova a tomarme una cerveza. ¿Qué está muy temprano? Eso dice mi cerebro, pero en organismos como el mío, el hígado es toda una caricatura de un emperador romano ¿Será que soy la reencarnación de don Calígula? Las señoras pasan y pasan cuchicheando; practicando como sus tatarabuelas el deporte favorito de todo pueblo: el chisme.

«Ahí está el primogénito de la pobre doña Helena. Ahí está Edison David el incrédulo, el Tarzán de la montaña; el huésped secreto de las muchachas medio divorciadas. Ahí está Edison, el que se bebe hasta el agua de los floreros y se fuma hasta el césped de los pesebres. Ahí está Edison: el señor vacío, el del corazón vacío, el de la billetera vacía, el de las ganas vacías, el del futuro vacío».

4:00 pm. Ya me bebí el mes en unas cuantas horitas. Me voy bamboleando al único cajero para solitarios que hay en el pueblo y retiro mis últimos centavitos. Un billetico, dos billeticos, tres billeticos: 30 mil pesos. Maldita sea, soy rico según el DANE. Te alcancé Elon Musk. Este cajero me vuelve a recordar la religiosidad santuariana. Hace un par de años pusieron adentro una virgen gigante con la firme intención de que protegiera a la institución bancaria, a las tarjetas de los usuarios, a las futuras semanas santas y a las futuras congregaciones. Como era de esperarse no se robaron un peso, pero eso sí, la virgen se esfumó en las manitos ajenas y hasta el día de hoy no se sabe nada.

7:00 p.m. La gente sale de misa y empieza a caminar de arriba pa' abajo y de abajo pa' arriba. Aquí no hay nada más que hacer. Por las calles va de un lado a otro una cabalgata improvisada. En el momento en que uno se tropieza con los centauros, hay que andarse con cuidado. Cuando un santuariano va muy erguido en un caballo, a uno le entra la duda de quién conduce a quién. Aun hoy para mí esto es todo un misterio de la naturaleza.

8:00 p.m. Casi a tientas, como un lindo primate, llego al segundo piso del municipio: el parque 'La Judea'. En este sector queda la Basílica menor San Judas Tadeo y también la

mayoría de los buenos bares y discotecas que hay a duras penas en esta localidad. 'La Judea' es como la otra cara de El Santuario. Aunque a veces pienso que es la verdadera. Aquí no hay muchas caretas que digamos. En esta plaza la gente decente deja la seriedad. Acá los católicos sacan al tahúr, al mariguano, al golfo, al 'buena vida'. Acá los cuerpos y las mentes dejan de ser binarios y se vuelven tridimensionales. Acá los besos, las copas y los bailes sin ritmo salen de paseo sin ninguna vergüenza.

2:45 a.m. Un amigo mío anda chillando a moco tendido porque no consigue trabajo a pesar de ser un destacado egresado de la universidad pública. Pobre tipo. Pero este es el baile que a uno le toca en estos parajes. En El Santuario la mayoría de profesionales trabajan independientes o con la Alcaldía. El gobierno local es una especie de híbrido entre capilla ambulante y oficina burocrática. Eso es lo que yo llamo todo un engendro de la civilización. Los concejales hacen más misas que debates. El alcalde tiene más pinta de cura que de burgomaestre. Si uno es profesional y quiere aspirar a una vacante en la administración, debe tener apellido, ser santuariano y andarse derechito.

3:00 a.m. El piso está medio grosero, no colabora, se mueve mucho. Mejor me voy a dormir.

VAN GOGH TAMBIÉN DIBUJA EN LOS PUENTES

Hace cuatro años, un 23 de mayo del 2018, a tres cigarrillos y medio de distancia de la Universidad Nacional sede Medellín, conocí a Vincent Van Gogh: estaba en el Puente Ambiental haciendo una especie de dibujo de tinte fantástico (un híbrido entre mujer-pantera o serpiente-montaña). El personaje, al que yo llamo Van Gogh, pero que se llamaba Andrés Betancourt, era un joven habitante de calle de 28 años, que se reivindicaba a sí mismo plasmando en el papel hombres–hormiga, mujeres-diamante, diosas olímpicas y afroditas fantasmagóricas de las más verosímiles inventivas.

Andrés sembraba en el papel sus añoranzas, sus inquietudes, y, por supuesto, sus más profundos desencantos. Como el 99.99% de colombianos, este Van Gogh de las calles tuvo una vida de perros. Hubo más lágrimas que caricias en su camino. Hubo más patadas y puntapiés disimulados en sus mañanas que 'buenos días' y caritas sonrientes. A los cinco años cayó en la cuenta de que era homosexual. Desde entonces, palabras y palabrotas como «'voltiado'», «mariquita» y «desviado» le perforaron los oídos (y por ahí derecho eso que llaman el 'alma', 'la luz interior' y el 'brillo ontológico').

«Desde que tengo uso de razón, sé que sentía atracción por los niños de la guardería. Como yo era amanerado, siempre me discriminaban donde iba. Tuve una infancia difícil. Tuve una infancia deprimente. A los catorce yo ya andaba con fluoxetina para arriba y para abajo. Me intenté suicidar varias veces. No

funcionó. Aunque en una ocasión sí estuve en coma por un tiempo por una droga que me tomé».

Ya un poco más viejo, Betancourt se hizo a la idea que el mundo era hostil, que nuestro revolcado sendero seguirá siendo medio espantoso hasta que los buenos jinetes del apocalipsis vengan un día a cantarnos su ranchera del juicio final. Hizo de tripas corazón como a casi todos nos toca y montó un negocio en el centro: una suerte de 'Videoclub' en donde la comunidad gay iba a rumbear y a buscar una buena noche de desenfreno en las manos de Eros.

El Videoclub fue viento en popa hasta que llegaron las amanecidas, la ketamina (Special K, Kit Kat), el 2CB, las pepas (Éxtasis), el Heineken, el 'Superman', las 'caritas felices' y el bazuco. Como era de esperarse, el negocio quebró en poco tiempo. Andrés quedó desempleado hasta que consiguió un trabajo en un motel de la ciudad. Algo que no duró mucho. El paraíso casi siempre apenas si nos hace señitas. El paraíso es un nido de papel a veces reservado solo para los burgueses y los dementes. Unos compran el paraíso con la billetera. Otros lo compran con su imaginación. Pero el paraíso es como una princesa remilgada: le gusta hacerse rogar.

En un fin de mes de alguna tarde lluviosa, Betancourt retiró cien mil pesos y se fue a celebrar que al menos había resistido sin caerse, a cuatro semanas más de explotación. Se tomó sus buenas 'polas'. Se fumó su buen porro y luego…. Luego simplemente vino la amnesia, la inconsciencia, la razón a cuentagotas. Después de la 'fiestica', sin saber qué había pasado, apareció andando descalzo por los lados de la Universidad de Antioquia ¿Escopolamina? No sabía. Aún hoy a lo mejor todavía no lo sabe.

Después de eso la vida de Andrés cayó en picada. No hubo paracaídas. No hubo salvavidas. De su trabajo lo echaron por ausentismo, con un hermoso 'hasta siempre viejito' y una liquidación de poca monta. De ahí para adelante el bazuco fue su estrella, su polo norte, su polo sur, su casa invisible. La adicción lo llevó una y otra vez a las calles. Dormía donde le tocaba: una acera, un cambuche o un hotel de tres mil pesos, eran su cobija, su almohada, su colchón y su 'caverna protectora'.

Entró más de una vez a Carisma, un centro de rehabilitación ya con bastante trayectoria. Ahí exploró sus dotes de artista. Ahí sacó a pasear de forma definitiva al Van Gogh que le venía campaneando en el espíritu desde su niñez. Ahí también conoció al 'maromero', un personaje que practicaba fútbol freestyle, que hacía maravillas con el balón montado en un par de zancos. Andrés salió de Carisma meses después más contento que niño con juguete nuevo. Pero como dicen las abuelas: «El diablo es puerco». La canela 'medio incitadora' y cinco mil pesos lo llevaron de nuevo a las calles.

Aunque para este Van Gogh ese episodio 'regresivo' no fue tan malo. La calle –me dijo- le enseñó a valorar las cosas esenciales de la vida: una gota de lluvia, unos rayos de sol, una bolsa de basura para empacar dibujos, un carboncillo y una botella de agua pueden ser lo que un hombre necesita para ser hombre. Un título, un traje reluciente y un viajecito a las Bahamas –me aseguró- no te van a hacer una mejor persona.

Antes de despedirnos, Andrés Betancourt me aseveró que ya se estaba levantando de las cenizas. Me dijo que él era como el ave fénix. También me dijo que cuando se parara, iría por las calles rescatando a sus camaradas en desgracia. ¿Desgracia? Sí,

queridos lectores ¡Desgracia! La adicción al bazuco es una consecuencia, no una causa de que alguien adquiera folclóricamente su condición de indigente.

Betancourt me aclaró en algún momento que el desamor, el desempleo, la exclusión y la falta de oportunidades llevan a una persona al consumo de drogas. Las drogas (cuando se consumen de manera desenfrenada) llevan necesariamente a cualquiera a convertirse en habitante de calle. Es en el fondo la sociedad con su salvajismo disfrazado quien lleva a un ser humano a la ruina.

Detrás de un habitante de calle pulverizado por el bazuco, está el cansancio y la humillación; está esa sociedad luminiscente, con sus trenecitos atestados de gente, con sus fábricas humeantes atiborradas de hombres-abeja, con sus ventas de caricias y besos por docena, con sus chequeras y tanques nucleares paseándose por las miradas. Un indigente es básicamente un hombre roto al que la civilización, con sus coreografías infernales, con sus eufemismos fosforescentes, con sus proyectos irrealizables, le ha robado el alma. La cosa es así de simple. La vaina es así, y punto: san se acabó, cerremos el telón y busquemos una solución al asunto. O simplemente mirémonos las caras comiendo crispetas hasta que nuestro mundo se hunda como el Titanic.

LOS DESTIERROS DEL PARAÍSO

Los laberintos del desamparo

1

No me gusta octubre, aunque sea el mes de las brujas, los hombres lobo y los lobos-hombre. Aunque sea el mesecito de los hechiceros, las flores parlantes y las locas sedientas de sexo. Aunque sea esto o sea lo otro. Aunque sea chic o sea dulzón. Me da piedra octubre. No soy el Grinch de esta partecita del año, solo qué octubre me trae malos recuerdos. Incluso, puedo decir que pésimos recuerdos: "orinal octubre", "lúgubre octubre", "lluvioso octubre", "derrumbado octubre", "malnacido octubre", me digo a veces, ''en uno de tus malnacidos días murió mi madrecita''.

Un 4 de octubre, pero del 2021, más o menos a las nueve de la mañana, sonó el maldito celular.

—Sí, aló —dije.

—Q'hubo, mijito —dijo mi padre al otro lado—. Ya la mami se nos fue a descansar...

Se me congelaron hasta las uñas. Las lágrimas, que son sabias y salen cuando tienen que salir, empezaron a brotar una a una. Ahí entendí la gravedad de mi situación. No había fallecido Rosa Helena Serna de 51 años por cáncer de pulmón. Nada de eso. Había fallecido el niñito de mami. Había fallecido el mimado barbudo de mami. Ahora solo quedaba el barco desvencijado que se quebraba de lágrima en lágrima.

Desde ese 4 de octubre, y hasta ahora, he llevado a pasear por el mundo mi carota de desamparo. Cuando tienes mamá, tienes al menos la ilusión de estar resguardado de las

inclemencias del mundo; cuando no la tienes, la quimera se rompe y te quedas chillando en medio del desierto. Una madre es un polo a tierra. Una madre es ese pequeño búnker que te puede resguardar de las patadas de la vida.

2

Se murió mi madre y se murieron las visitas. Ahora mi padre y yo andamos de un lado a otro con doña soledad rascándonos la cabeza. La única voz femenina que escuchamos es la de la señora del noticiero. Ah, bueno. A veces, y solo a veces, escuchamos la voz de la vecina del tercer piso cuando canta ranche-natos de mal gusto.

Como la soledad colorea el mundo de negro con sus rayoncitos milenarios, yo ando siempre de luto. Si el sol es negro, si los días son negros, si las calles son negras: entonces mi ropa será negra. ¿También mi conciencia estará negra? La pregunta ya es estúpida. Claro que sí. Mi conciencia es negra, la conciencia del tendero es negra, la conciencia de la niñita es negra, la conciencia del presidente es negra, la conciencia de la bandera es negra. ¿No dice la Biblia eso: "y se hizo la luz"? Ahí está. Blanco es, gallina lo pone: el mundo fue negro antes de ser mundo. Y como lo que cuenta es la primera impresión, pues no hay mucho que objetar que digamos.

—Es que —le respondí dubitativo y tembleque— estoy enamorado de ti. Estoy tragado. Es que no sé, discúlpame lo cursi, pero no es normal que las sirenas anden para arriba y para abajo vendiendo tintos.

La muchacha dejó caer el termito de tintos y salió corriendo. Qué lindo corría. Mientras se alejaba iba gritando como una loca (como una sirena loca).

—Auxilio, auxilio, el huerfanito pobre me quiere comer.

Bueno, una más en mi libretica de pérdidas. Otra ausencia más. Yo soy una bella colección de ausencias. En mi pecho de renegado hay ausencias de todos los colores, estaturas, contexturas y pelambres. Hay ausencia de dinero, hay ausencia de caricias; hay ausencias hasta para rifar, hay ausencias hasta para tirar pa' el techo.

Madre, madre, madrecita, debiste llevarme contigo. ¿Por qué no le dices a la muerte que me haga el cruce de mandarme al papayo? Dile a la muerte que no sea amarrada conmigo. Dile que, aunque no lo crea, más de una vez le he hecho un poema dedicado a sus huesudas manitos. Dile que yo en el fondo hasta tengo algo de buena gente.

Mamá, soy franco, también quiero irme a roncar para siempre. Yo ya me di cuenta de que no sirvo para vivir: me aterran las fábricas, me aterran las reuniones, me aterran las iglesias, me aterran los señores-billete y las señoritas-billete, me aterran las esquinas y los semáforos apagados, me aterra el bullicio y me aterra el silencio, me aterran los espejos y la falta de ellos.

ADIÓS AL PARAÍSO

1

Mi madre se va para la cocina, mueve la tapa de una olla, se devuelve para la sala, prende el televisor, lo apaga; se mete en su cuarto, se sienta en la cama, luego se para, abre el sobre, lee un papelito: cáncer de pulmón.

Entonces la muerte le acaricia la frente, le dice te aprecio querida, y le da unas cuantas chupadas a su viejo cigarro.

— ¿Por qué me quieres llevar, señora? —Le pregunta mi mamá a la muerte—. Mire que tengo 51 años y dos hijos que me necesitan.

—Helena, Helena, Helenita, porque mi jardincito está vacío últimamente —le responde la desalmada—. Y tu voz le puede dar vida a ese rosal que por cierto se me ha enfriado a falta de buenas almas. Ya no tengo gente como tú, me llegan tenderos, me llegan políticos, me llegan futbolistas, me llegan militares. Estoy que renuncio. Al menos contigo renovaré el paisaje.

Nos vamos pasando el sobre de mano en mano, lo lee mi padre, lo lee la amiga de mi madre, lo leo yo, lo lee nuestra nostalgia: cáncer de pulmón, cáncer de pulmón. Esas palabras hacen su trabajo. Nos damos cuenta de que nuestra casa ha dejado de ser casa, que ahora viviremos en un hospital improvisado. Nos damos cuenta de que aquí ya no hay hijos ni mucho menos un esposo (y ni que decir de los amigos) Ahora somos enfermeros, doctores, compradores de jeringas.

—Vamos a salir de esta —le digo a mi madre.

Pero todo lo que le digo es insulso. Puro cuento chino, pura parla, pura paja como dicen en la calle. La muerte se instala en nuestra casa y parece que viene a quedarse: en la sala vi sus grandes maletas.

— ¿Por qué no te vas a vivir a una playa nudista? —le digo a la muerte.

—No, qué tal. Ni boba que yo fuera —me contesta la desgraciada—. No me gustan las playas, ni nudistas, ni puritanas, ni medio puritanas. Me gusta bañarme en las lágrimas de la gente, qué mejor bañadero que eso. El llanto es un poquito más cálido. Además, la arena del mar me daña el manto y no pienso comprarme uno nuevo. Soy una vieja tacaña y lo seré hasta el fin de los tiempos. Por eso a nadie le doy tiempo extra, el que se fue se fue compadre y san, se acabó.

Y sí, el que se fue se fue. La muerte no perdona. La muerte es inmune a nuestras mortales emociones. ¿Qué estás muy enamorado? Pues qué lindo: te mueres. ¿Qué adoras a tu media docena de hijitos? Qué ternurita: te mueres. ¿Qué quieres vivir 200 años para hacer obras de caridad por aquí y por allá? Qué bello ejemplo: te mueres. Abre tus piernas, abre otras piernas; hazte sacerdote o hechicero farsante; construye un emporio con el sudor de las comunas, las favelas y las chabolas. Haz lo que se te venga en gana. Haz rugir a la bandera, al presidente, a la constitución. Haz rugir a medio mundo. Pero recuerda: te vas a morir. Tu lápida no te cantará villancicos por lo mala o buena persona que hayas sido.

2

Llevo cuatro horas haciendo la fila en la farmacia de la EPS (cuyas siglas significan: Espere, Pendejo, Soluciones). Todos aquí tienen cara de enfermos ¿Se van a morir? Ellos no, pero sus familiares sí. A la mayoría no les dan los tratamientos a tiempo. A nuestro paternal Estado uno le sirve de dos maneras: o vivo o muerto. La parte intermedia no sirve para un carajo; la parte intermedia es un delito, una monstruosidad, una aberración intolerable.

—Señora Rosa Helena Serna—dice la solterona de la ventanilla número 15.

—Yo soy su hijo —le digo cuando me acerco—. Vine por el tratamiento para el cáncer pulmonar.

—Ay, lo siento, aún no nos ha llegado —me responde otra funcionaria medio beata, como si estuviera anunciando el número de la balota de un bingo.

"No nos ha llegado". El cuentico de siempre. El Estado nos utiliza, nos exprime, y después, una patada en el culo y chao pescado. Primero te meten en una escuela, después en una universidad, después en una fábrica y después te escupen en la cara cuando ya no les sirves para un comino. Mi madre trabajó toda su vida. Mi vieja fue un eslabón productivo del sistema esclavista moderno y así le pagan.

— ¿Sabe qué? —Le grito a las solteronas— Les vamos a meter otra vez una tutela.

Salgo del matadero farmacéutico y me voy como un rayo a donde la abogada. Empieza otra vez la ruedita a girar en su propio eje: ¿se retrasan con los medicamentos? Pues vamos a

pleitear. ¿No le quieren hacer la radioterapia? Pues vamos a pleitear. Aquí los pacientes mueren más por negligencia que por las mismas enfermedades.

A la negligencia se suma la burocracia: que un papel por aquí, que un papel por allá, que vea, que firme aquí, que pegue esta autorización allá, que chante su huella en esa línea, que espere 15 días, que espere otros 20. Esperar, esperar, esperar: ese es el lema favorito de un pobre que se enferma en este cuchitril al que algunos llaman país. ¿Qué te duele mucho? Tranquilo, mijito, espere por ahí sentado. Dios es grande.

Si te enfermas, para que los sepas de antemano, vas a participar en un dinámico y colorido juego llamado "humille y espere". Pregunta para los niños de preescolar, ¿en qué consiste ese tal juego de "humille y espere"? Niños ignorantes, pues consiste en que a usted el Estado lo humilla con las pastillitas salva vidas y usted espera ahí en la cama hasta que la muerte se lo eche al hombro. Otra pregunta (porque yo sí que tengo preguntatitis), ¿qué se necesita para jugar "humille y espere"? Pues no mucho, se necesita ser pobre, tener pocos amigos y no ser el lamberico de algún político de cuarta. Básicamente con eso basta.

LA FUNDACIÓN DE CARIDAD

1

Ya no tengo casa, lo que era mi casa, ahora es una mezcla rancia entre hospital y sala de oración: primero llega Maruja, después Clotilde, después Gervasio, después Manuela y después fulanita. Cada visitante viene con sus lagrimitas de cocodrilo y con su bolsa de rosarios.

—Pobrecita, Helenita —dicen las viejorras—. Yo voy a rezar mucho por usted para que ese cáncer se vaya para la porra.

—Muchas gracias —les dice mi mamá.

Yo no soporto ese espectáculo de quinta y me largo para el balcón. Pero pasa lo de siempre: lo bueno dura poco. Como cosa rara, la muerte anda de Miss Universo bronceándose la cara (o bueno, lo que ella cree que es su cara).

—Oiga, muerte —me da por decirle a esa anoréxica—. ¿Por qué no se abre del parche? ¿Sabe qué? Si usted no se va, le voy a prender candela a su mantico.

—También te amo, mi amor –me responde la condenada.

Me devuelvo para el cuarto de mi madre y por fortuna ya todo está un poco más silencioso, solo suenan ronquidos y ese aparatejo de oxígeno que más bien parece una tractomula de los años ochenta.

Mi papá, que ya es todo un enfermero empírico, está sentado en la sala, ¿haciendo qué? Nada ¿Y qué va a hacer? El viejo mira al vacío, intenta sacarle respuestas a lo que no tiene

respuestas: "¿Y por qué la gente tiene que morirse?, ¿y qué sentido tiene el sufrimiento?, ¿y para qué nos dan la felicidad y luego nos la quitan miserablemente?".

Pobre de mi viejo, ya se le murió el espíritu. Antes andaba erguido, orgulloso. Ahora anda medio jorobado, estirando la mano como el más célebre y humilde de los mendicantes. Hay días en que siento ganas de darle un traje de monje medieval. ¿Qué queda de un hombre cuando solo recibe limosna sin chistar los dedos? ¿Pues qué va a quedar?: nada. De pronto, queda una huellita, una pequeña huellita, el rastro de algún espíritu que habitó un cuerpo. Eso queda. No le saque más peras al olmo ni aguacates al manzano.

2

Hoy mi papá tuvo que salir a llorarle a la farmacia de la EPS. Yo me quedé aquí, haciendo el papel de enfermerito. Mi madre ya es una niña grande impedida: hay que llevarla al baño, hay que llevarla al balcón, hay que llevarla a la sala, hay que llevarla al comedor, hay que ayudarla a sentar, hay que ayudarla a acostar, hay que ayudarla a comer.

— ¿Quién es la niña de la casa?, ¿quién? –Le pregunto a mi madre.

—Yo, nenita —me responde la vieja tiernamente.

La muerte se va llevando a mi mamá poco a poco: primero le quita el movimiento del brazo izquierdo, después el movimiento de las piernas y después el parafraseo de sus neuronas. Ahora mi mamá es un ente-niño, un suspirito de vida

que a veces me echa la bendición mientras me dice que no me quede en la calle hasta tarde. Mi mamá se ha transformado en ese copo de nieve con el que la nada hace sus muñecos navideños.

¿Qué pasó con la mujer de las mil profesiones? Se fue por la alcantarilla de la muerte. Mi madre fue estilista, comerciante, costurera y artista plástica en potencia. Ahora, sus pinceles se pudren en el cuarto de los reblujos, y la vieja máquina espera en mitad de una mesa: no sé a quién carajos.

Esperar, esperar, esperar. Él espera, tú esperas, nosotros esperamos. "Esperar", el lema favorito del hombre. "Esperar" es la palabra que más hemos cargado en este infierno llamado civilización. Esperamos la felicidad, esperamos un amante, esperamos un consuelo, esperamos un trabajo, esperamos una jubilación, esperamos un día tranquilo, esperamos una muerte tranquila. Yo he esperado toda mi vida una caricia sincera y ahí ando, como un bobolitro, diciéndole a mis canitas que pronto las caricias llegarán como un relámpago por la ventana del patio ¿Recuerdan el lindo jueguito de "humille y espere"?

EL ATARDECER

1

Ya mi mamá lleva una semana en el hospital, los doctores nos dieron luz verde para verla todo lo que queramos, ¿luz verde? Claro, yo ya entendí el mensaje encriptado. Lo de luz verde es porque le dan vía libre a la muerte para que pase sin retenes ni peajes incómodos a donde está mi vieja. "Pase, doctora muerte, que no hay moros en la costa".

—Papá —le digo a mi viejo—. Mañana yo vengo otra vez a ver a mi mamá.

—Mañana no —me responde medio enojado el viejo—. Mañana viene su primo Ramiro de Bogotá a ver a su mamá.

¡Maricas! El baile de siempre: viene fulanito, viene menganito, viene peralito, viene goloncleto. La mayoría de gentuza que visita a mi madre son primos desconocidos, tías lejanas y vecinas atolondradas que nunca estuvieron con ella en el trance de la enfermedad. A mí, que soy filósofo pedante y marihuano, no me engañan. La gente es morbosa por naturaleza, les gusta la sangre, les gusta el sufrimiento ¿Qué no es así?, ¿por qué entonces tanto descerebrado comiendo crispetas en una corrida de toros? La tristeza ajena es un *film* apetecible para más de uno. Dígase lo que se diga, háblese lo que se hable, coméntese lo que se comente.

2

"Luz verde para todas las visitas", quiere decir que un paciente está a punto de marcharse, de colgar los tenis, de dejar el totumo, etc. Mi madre ya no dice ni ¡mu! Ahí está con sus ojitos cerrados. Recordaré este 3 de octubre como el día en que mi vieja ya no me echó más la bendición.

—Ya me dijeron que en cualquier momento se nos va

—me dice mi padre.

Yo no le respondo nada. ¿Y para qué hablar en este momento? El viejo lo sabe, también yo lo sé: en un par de días estaremos en una funeraria contemplando el ataúd de mi madre. Entonces, como cosa rara, llamarán mis primas lejanas a darme el sentido pésame y luego se largarán de mi vida otra vez; como si nada, sonriendo de oreja a oreja.

No puedo más, me voy a la cafetería, quiero estar solo. Solo con mis lágrimas. Solo con mis odios. Solo con mis desencantos y mis paraísos perdidos. Pero ni eso puedo. A los pobres y arrancados como nosotros no nos permiten ni la soledad. Hay bulla por aquí y hay bulla por allá. Un señor palmotea como demente una ventanilla, una enfermera corre de un lado a otro, un celador frunce el ceño mientras mueve un bolillo ¡Esto es aterrador!

Para acabar de rematar, ahí viene otra vez la muerte con su horroroso vestido negro. Muerte desechable, muerte gamina. ¿Por qué no vivirá en alguna olla de vicio atornillándose las ñatas con algún purgante para caballos?

—Buenas, buenas, muñeco —me susurra esa loca desvergonzada—. Estás como palidito, así no te quiero. Le voy a decir a tu madre cuando viva conmigo que ni rece por ti. Estás muy descuidado, mira ese mechero, mira esa barba, pareces un poeta de puerto.

— ¿Sabe qué, parca de mierda? —le respondo con mi piedra de veinte mil colores—. En lugar de estar jodiéndonos la vida, debería, eh, no sé, irse a joder con los gamines del frente. ¿Por qué no lo hace? Mire a esos bazuqueros, mírelos: la llaman, la añoran, la desean hasta con las lagañas que ya tienen por ojos. Váyase para allá, quédese a vivir allá. Usted ya sabe que una buena madre y una mala muerte (como usted), como que no cuadran en ningún cuadro, como que no combinan en ninguna fotografía, como que no pegan en ningún poema.

Pero la muerte se hace la loca, la desentendida, la retrasada. Tan pinchada la flacuchenta esa: mata buenas madres y no piensa, mata niños recién nacidos y no piensa, mata labradores de flores y no piensa. Si la muerte pensara, de todas maneras los ricos serían inmortales. El que piensa es corrupto. Ya me imagino los reportajes si la muerte tuviera, aunque sea media neurona: “La muerte sale a cazar venados con el duque de Reino Unido”, “La muerte juega golf con el presidente de Estados Unidos”, “La muerte visita su estrella en el paseo de la fama de Hollywood”.

Para la muerte somos jugueticos de colores: nos manosea, nos lleva de un lado a otro, y después, pues nada. ¿Adivinen? Nos mete en su cuarto de reflujos a pudrirnos, a estallar como bombas atómicas. Todo terminará en el cuarto de los chécheres de doña muerte, usted, yo, su vecina, el sol, la luna, la vaca crespa y la vaca lacia. Cada objeto, cada hombre, cada estrella,

debería tener un letrerito bien grandecito que diga de forma suntuosa: ‘camarada, nos vemos en el cuartucho de los que fueron”.

EL RINCÓN DE LA MUERTE

1

Llega uno, después otro y después otro: para la mayoría el velorio de un familiar es un mero asunto protocolario. Prefiero no verles la cara. Aunque si algo ha hecho bien la civilización, es el de quitarles la cara a los hombres. ¿Qué uno tiene labios? Poca cosa. ¿Qué uno tiene lunarcitos cantarines? Poca cosa. ¿Qué Miss Universo se blanqueó el rostro? Poca cosa. Aquí no hay caras, aquí hay algoritmos. Aquí hay hojas de vidas parlantes que se van de paseo a la costa todos los malditos años.

Ay, no sé, pero el ataúd de la vieja es un poco más acogedor, huele a silencio, a buenos recuerdos, a cariño sincero. Esta triste argamasa de parias me recuerda que estoy acabado, que ahora si eso de la soledad viene en serio, que puedo morirme vomitando en alguna cuneta de este pueblucho sin que nadie venga a rescatarme.

En una semana todos habrán desaparecido: se irá la prima buenona, se irá el tío gastador, se irá el medio primo parrandero a fumar marihuana en sus puertos imaginarios. Todo fluye, decía don Heráclito. Y sí: todo fluye. No hay risa ni caricia que perdure, todos somos el rastro de los ríos que pasaron por nuestro espíritu.

Ah, qué bien hueles mi viejita: hueles al canto de la nada, hueles al verdadero Edén en donde no está el dios cristiano ni ninguno de sus hermanitos. Quizá mañana o en un par de años vaya a visitarte. No sé si como condenado. No sé si como un muertico decente. No sé. Pero iré a visitarte. Por ahora, voy a recorrer el mundo, a reconocer sus piedras, a saborear con

cierto cinismo la danza de sus puñales. ¿Sabes, vieja? Por acá en la funeraria andan mis compadres de farra: sus hombros alcoholizados se vuelven más cálidos en estas horas tenebrosas.

Mis camaradas de cantina saben lo que es la muerte. Los han matado tantas veces, mamá. Tantas. Ni te lo imaginas. A uno le mataron el alma de desprecio en desprecio. A otro le atropellaron la bondad de trabajo en trabajo. A mi mejor amigo de la universidad, las microempresas y las bellas mujeres le desmembraron la voluntad. Solo les queda… o, mejor dicho, nos queda el arte de ahogarnos en una botella.

—No tomes más, Edisiton —me dice una amiga de mi madre.

—No tomes —me dice la hermana de mi papá.

—No tomes más que eso hace daño —me dice una señora gorda que no conozco, y que tampoco me interesa conocer.

"No tomes más que eso hace daño" ¡Pfff! Vieja chiflada. Tan vieja y no se ha dado cuenta de lo que pasa. Se va a morir ignorante. Menos mal parece que solo hizo hasta tercero de primaria. Igual el kínder, la escuela y la universidad no es que enseñen mucho que digamos. La raíz cuadrada, que es medio sorda, nunca se ha atrevido a decirnos que todo en este mundo hace daño: amar hace daño, odiar hace daño, fornicar hace daño, conducir hace daño ¡Nacer hace daño!

En honor a las peticiones de mis familiares conocidos, medio conocidos y desconocidos, me zampo como buen pirata perdedor que soy, un trago doble, paso con una cerveza y enciendo un cigarro. De repente, empieza otro rosario y yo me voy para la entrada. Quiero evitar que mi encantadora esencia de azufre, infierno y nicotina desaparezca en medio de tanta

pureza. Quiero evitar a toda costa que me salga alguna plumita de ángel o alguna aureola de color amarillento que me persiga a todas partes.

Salgo a la entrada y ahí están mis fieles amiguitos.

—Eso pichurria, ¿otro chorro o qué? —me dice un parcero. —Claro, viejo —le respondo.

La muerte, que desde hace meses me pela el diente sin atreverse a tocarme la muy mojigata, me pide un cigarro.

Yo con mi hermosa vocecita de ogro, le respondo como se lo merece.

— ¿Un cigarro? Oiga, muerte, usted si es como conchuda. Eh, ¿No le da pena? Primero se lleva a mi mamá, después medio enfría a mi papá, y ahora me utiliza de banco tabacalero sin darme siquiera un besito de lengua. Eh, lo que me faltaba. ¿Sabe qué, muerte? O me lleva con mi vieja o se me abre del parche. Usted no es más que una casquillera. Usted se arrima, se arrima y se arrima…, y al final lo deja a uno con los crespos hechos buscando un buen ataúd. Así no me sirve flacuchenta de tres pesos.

2

Ya todos andan trambulecos: hasta la muerte anda vomitando sobre los sirios, la muy guarra. Muerte zorra. Muerte puerca ¿En qué burdel habrá crecido la cualquiera esa? Esa muerte es peor que Mesalina y Teodora juntas ¿Con cuántos ejércitos se habrá acostado esa furcia? Y a mí no me da ni la

hora: me he tirado a los carros, me he cortado las venas, le he gritado hijueputa al presidente y nada. No me muero ni pegándome un tiro con un arma de asalto. Muerte humillativa, ojalá te mueras mañana del guayabo.

Mi tío, que anda más prendido que fogata medieval, intenta cargar el ataúd de mi madre.

—Helenita, Helenita, usted sabe cómo yo la quería. Por eso la quiero cargar, tirarla para arriba, como cuando éramos niños. ¡TAS!

Ahí quedó mi tío: se fue de culos. Parece que se rompió la cabeza. Pregunta, pregunta, ¿se habrá matado? Qué va. No hay manera. La muerte anda de vaga bebiéndose lo que se encuentra. El que si anda como delirando es mi primo, tiene la nariz rota, los labios rotos, y el pómulo izquierdo como morado y verdoso al mismo tiempo. Eso le pasa. Uno no puede salir de una funeraria a golpear a todo el que pasa. O bueno sí puede, pero la idea es evitarlo lo más posible.

Mi tío ya con la sangre estancada se me acerca y me dice gangosamente.

—Ya su mamá se nos fue a descansar. Ahora nos queda a nosotros portarnos bien para ir al cielo con ella.

"¿Portarnos bien?" Pobre tío. ¿Andará fumando cosas raras como mi primo el parrandero? A lo mejor. A los pobres no nos queda eso de "portarnos bien". El pobre bien portado casi siempre muere de inanición en algún calabozo de mala muerte. Portarse bien en un país como este es una utopía que haría sonrojar hasta el más recalcitrante de los moralistas.

Aquí todos sobrevivimos porque nos portamos mal el 50 % o el 90 % del tiempo. Si uno no es ladrón es sicario. Si uno no es sicario es político. Si uno no es político es monseñor. Si uno no es monseñor es lisiado de mentiritas. Acá la maldad está en nuestro ADN. Acá la maldad está en los ríos, en las nubes, en los edificios y en la mierda que dejan los caballos en el piso.

LA ENTRADA AL INFIERNO

1

La iglesia está llena, rebosante, más de un centenar de desconocidos vinieron al entierro de mi madre. ¿De dónde sale tanto hipócrita un 5 de octubre? Ah, sí, pues obvio. Más que obvio. Salen de las ganas de inmortalidad que más de un gordo con plata necesita. Prolongarse en los otros, qué truco tan viejo. Los hipócritas, a la señal del cura, se paran, se sientan, se arrodillan. Un hipócrita es una oveja de tres patas que le lame las botas a su amo. Un hipócrita es un rey sin piernas ni manos que agacha la cabeza ante el látigo del destino.

El cura mira a los hipócritas desde lo alto del púlpito y empieza su perorata:

«Hermanos y hermanas. Siervos de cristo y de la santísima Virgen. Estamos aquí para darle la despedida a nuestra hermana, Rosa Helena Serna que, tras padecer una penosa enfermedad, murió en el día de ayer. Sus hijos Edison David y Daniel José la lloran, su esposo Arcesio de Jesús la llora, su hermano Leonardo la llora. Debemos llorar, sí, pero no de tristeza, sino de felicidad. Nuestra hermana Helena está en el cielo con los ángeles y arcángeles en la gloria de Dios«.

»Quizá en este momento de dolor nos preguntemos, y es natural, ¿en dónde está Dios? Claro, hermanos, debemos preguntarnos en dónde está Dios. Cuando los judíos eran arrojados a los perros por los soldados nazis en los campos de concentración, más de uno preguntaba, como ahora nos lo preguntamos, ¿en dónde está Dios…?».

Sí, curita, ¿en dónde está Dios?, ¿en dónde estaba Dios cuando mi madre suplicaba un poco de calma para su dolor?,

¿En dónde estaba Dios cuando la pobreza y la miseria tocaron un día la puerta de mi casa? No estabas Dios. No Dios, tú no estabas ni por las curvas. Hablemos las cosas como son: no estabas. A lo mejor aún no estás, a lo mejor no estarás.

Me paro de la silla y me acerco al ataúd de mi madre: me deshago, me deshago, me deshago. Ya no soy un hombre, ya no soy el mechudo de piedra, ya no soy yo. Ahora soy una lagrimita medio atontada en medio de la ruleta. Qué sermón ni que ocho cuartos. Qué rosario ni que rosario. No hay necesidad. Mi madre, si hay cielo, ya se pasó hace mucho rato. Helena es el nombre de una santa que llevó con humildad su carga: un esposo altanero, un par de hijos inválidos y un hermano humillativo.

Mi madre sufrió por un lado y por el otro: sufrió cuando era niña, sufrió cuando era joven y sufrió cuando fue adulta. Yo hubiera querido ser su pequeño orgullo. Pero adivinen, adivinadores: no lo fui. Yo he sido un perdedor la mayor parte de mi vida y las cosas por lo que veo no cambiarán mucho. Al menos, espero que un lindo ancianato de media estrella me tienda la mano algún día.

2

Ya me hice una sola lágrima, ¿se me derretirían los ojos? No parece. Pero las esperanzas si se me andan derritiendo. Solo me queda sentarme y esperar que la muerte, que debe andar enguayabada después de que ayer se bebió muy culicontenta hasta el agua de los floreros en el velorio de mi vieja, me dé un besito de lengua que me mande de cajón.

Una de esas primas buenonas, a las que no les sé ni el nombre, se sienta a mi lado y empieza:

—Mire, yo sé que usted y yo no somos muy cercanos, pero déjeme decirle que lo siento mucho.

—Gracias —le respondo secamente.

No sé ni para qué se arriman, el hombre siempre estará solo con su dolor y con sus alegrías. Cuando uno ama, está solo. Cuando uno odia, está solo. Cuando uno llora, está solo. Una palmadita en la espalda no ayuda mucho. Me pueden decir lo siento. Me pueden decir mi sentido pésame, pero ¿adivinen este acertijo?, ¿quién puede pegarle la cola al lagarto cuando se la han cortado? Ahí les dejo para que se rebanen la cabeza.

El curita nos manda con dios sutilmente. Parece que hay otro entierro: el negocio de la muerte. Entra uno, sale otro; entra uno, sale otro ¡Eso es lo que Ford llamaría una empresa con todas las de la ley! En esta plasta de cemento que es el capitalismo, uno es un consumidor nato: gastamos mientras estamos vivos, gastamos mientras agonizamos y gastamos cuando estiramos la pata.

—Hermanos, agradeciendo a Dios por haber tenido a nuestra hermana Rosa Helena Serna entre nosotros, pueden ir en paz. Que la misericordia de dios os acompañe en esta semana y en las venideras.

Hay que salir de aquí cuanto antes, no me vaya a dar por bendecir la muerte o cosas por el estilo. La muerte es cruel y punto. Aunque la vida no es precisamente un jardín de rosas y pandequesos. Cambiar de la vida a la muerte es ir de un cuchillo a otro. Cambiar de la nada a la vida es ir de un cuchillo a otro.

Y no digo más.

EN LAS MANOS DEL ABISMO

1

Y ahí voy, arrastrando las migajas de mí mismo ¿Y no somos una argamasa de trágicas migajas? Damos la vuelta por la plaza y tomamos la diagonal: en cámara lenta, con suplicio de consagrados masoquistas. El ataúd de mi madre va delante. Con ella van mis retazos. Con ella va el último buen consejo. Con ella va la verdadera comprensión.

—Compa, tómese el otro trago —me dice mi compadre John.

—Gracias, viejo —le digo—. Al menos así puedo darle de beber a mi pequeño Sahara.

La procesión va aumentando, aumentando, aumentando. Llegan los vendedores de paletas:

—Paletas, paletas, paletas.

Llegan los vendedores de dulces:

—Cigarros, chicles, chocolatinas, frunas…

Llegan las señoras de la galería a ver que cliente pueden pescar:

—Papitos, no sufran más. Vengan y pasamos el duelo con unos traguitos.

En eso se ha convertido la peregrinación al cementerio con lo que queda de mi vieja: en un maldito carnaval de chucherías. Pero no me sorprende, ¿y por qué habría de sorprenderme? Nuestro mundo es una estantería de baratijas. Un inmenso

almacén de compradores y minoristas: se vende la revolución, se vende la contrarrevolución, se venden los congresos y sus opositores. Se vende fulanito, se vende menganito, se vende perencejo. Se venden los pendejos, se venden los iluminados y los de los bombillos apagados.

Como cosa rara, ahí viene otra vez la muerte con su apestoso hedor de vieja enguayabada:

—Buenas, buenas, cariño. ¿Tienes una bolsita de agua por ahí? Tomé tanto en el velorio de tu madre que hasta mi guadaña anda sedienta.

—No tengo nada —le digo a esta muerte degenerada—. Como te dije a noche, no soy tu surtidor. Deberías irte a matar peces gordos, esos sí tienen océanos que te pueden quitar la sed en un dos por tres.

La muerte se va refunfuñando, haciéndome muecas. Esa pobre infeliz está como acabada, deberían jubilarla o algo. No me extraña que ahora se mueran los que deben vivir y vivan los que deban morir. La muerte se ha vuelto una obrera torpe y descuidada. ¿Por qué se llevó a mi madre cuando apenas tenía medio siglo de vida? ¿Por qué no se lleva de un guadañazo a los amos del mundo que a diario nos utilizan como su alcantarilla personal? Muerte troglodita, si fuera tu jefe te mandaría por un tubo al planeta Marte y allá te dejaría colgada de algún árbol marciano.

La procesión se ha cortado en dos, ¿raro? Qué va, es que estamos a puertas de entrar a la casa blanca: se abre una reja, se abre la otra. Descargan el ataúd de mi madre y un cuarteto de mariachis empieza la función.

2

Estoy arrodillado junto al ataúd de mi madre. El mariachi toca un tema, luego otro y luego otro. La procesión de hipócritas saca sus celulares y empieza su parafernalia de foticos: una foto del ataúd, una foto de los mariachis que cantan tan rico, una foto del caguetas que chilla y chilla junto al féretro de la finada; esta foto de acá para el WhatsApp, esta de allá para Facebook, esta otra para Instagram.

Puede que yo ya sea más llanto que neuronas, pero de verdad sí me pregunto, y muy en serio: "¿Esta parranda de atolondrados, nunca ha visto a un mariachi tocar frente a un ataúd?" Parece que no, o bueno, no nos digamos mentiras, tal vez sí. Lo que pasa es que el colombiano ve la muerte de un conocido como un acontecimiento cotidiano, nimio, simple, irrelevante. Ir al cementerio para el ciudadano promedio es lo mismo que ir a una corrida de toros o a un partido de fútbol.

—Ya, mijo, no llore más —me dice mi padre—. Ahí ya no hay nada, solo hay un cuerpo. La mami está en el cielo rezando por nosotros.

"¿Qué ahí ya no hay nada?" Mi papá, como el resto del mundo, anda muy equivocado. Ahí, en ese maldito ataúd, están mis esperanzas, mis ganas de vivir, mis ganas de ser alguien en la granja de la humanidad. Ahora me da lo mismo ser o no ser. Ahora me da lo mismo ser carpintero, bazuquero, apostador o narco de mediopelo. Por mi madre saqué un cartón universitario, Por mi madre repartí hojas de vida. Por mi madre fui a verle la cara a miles de prepotentes papanatas en entrevistas inútiles.

¡Ay, mariachi, mariachi!, suena, suena duro; vuela en pedazos los odios de mi alma, vuela en pedazos esta angustia que me carcome la carne. Hagan algo buenas rancheras. Despidan con un rasgueo de sus bellas guitarras el olor a muerte que llevo en las palabras. ¿Por qué la muerte secuestró a mi madre?, ¿cuánto valdrá su rescate? Mejor ya no me hago preguntas, no sirven para un carajo. Los filósofos, muy lindos ellos, nos vendieron la idea de que las preguntas llevarían a la humanidad a un mejor camino. ¿Nos ha servido de algo tanta preguntadera? Qué va. De pregunta en pregunta, salieron personajes como Hitler y sus campos de concentración. De pregunta en pregunta, salió Putin y Bush masacrando niños a diestra y siniestra. De pregunta en pregunta, salieron las bombas nucleares y los misiles antitanque.

3

Ahí está el maldito hueco en donde todos iremos a parar: es un hoyo negro, inmenso, tenebroso, fantasmal. La procesión intenta meter a mi madre en el hueco, pero yo no lo permito, ni por el chiras. Qué belleza, ¿no? ¿Por qué tan solidarios? Esta gente solo quiere enterrar a mi madre e irse a ver su novela de las cinco. Pues que se jodan, que los orine un cocodrilo.

Como ando borracho, 100 % trambuleco, solo me queda decirle a la chusma:

—Hijueputas, de aquí no me mueve nadie. ¡A ver!, ¡A ver! ¿Muy gallitos? ¿Están muy leoncitos? Vengan, sepárenme de mi mamá haber de a cuánto les toca…

Mi padre intenta sepárame del ataúd: no lo consigue. Mi abuela intenta separarme del ataúd: tampoco lo consiguen. Al fin, se les baja la idea de arrebatarme a mi madre. Dejan que todo fluye, dejan dejar, dejan que yo me revuelque solitario en mi propio dolor.

—Mamá, mamita, ¿por qué me dejaste solito en este mundo miserable? ¡Llévame contigo! Llévame por dios. Quiero abrir los brazos y abrazar contigo el reino de las sombras. ¿Cómo me vas a dejar solo en esta caldera de almas?, ¿Cómo me vas a dejar solo ante las cuchillas del Estado?, ¿cómo me vas a dejar solo ante las guillotinas del tiempo? ¿Cómo, mamá?

El enterrador se queja diciendo que está como tarde, que se le van a mojar los pantalones, que lo va a regañar el jefe, que tiene que ir por su niña al colegio y no sé cuántas pendejadas más. Yo sigo mi monólogo. Qué se pudra el mundo. Qué se pudran las flores. Qué se pudran las torres y las murallas. Qué se pudran las quinceañeras y su ganado de esclavos:

—¡¿Cómo la vamos a dejar sola en este hueco miserable?!, ¿cómo?, ¿cómo la vamos a dejar sola a merced de los gusanos?, ¿cómo la vamos a dejar sola con todos estos muertos que ella no conoce? ¿Qué tal que le hagan algo? El ser humano es una cochinada inclusive cuando está muerto, ¡ustedes lo saben de sobra!

Mi papá me da un trago y me distrae un momento.

—Ya, mijito, cálmese, tómese otro traguito.

Todo fue una trampa. Caí como un idiota. Me distraje y uno de los gorilas del cementerio echó a mi vieja en el hueco. ¿Y ahora qué hago? Ya no tengo a quién decirle mamá. Ya no tengo a quien pedirle la bendición, aunque no crea en el tal

Jesucristo. Hay doña soledad, ahora sí abra las piernas que usted va a ser mi única compañía.

4

Bajamos del cementerio y a lo lejos se ve mi pueblo, tan cambiado, tan otro. Siento que ya no es ese pueblo en el que anduve cuando yo era niño. Ya no están las aceras en donde me daba picos con las niñas de la escuela. Ya no están los matorrales en donde jugaba a policías y ladrones con mis amiguitos del barrio. La muerte se lo lleva todo. La muerte se llevó a mi madre. La muerte se llevó las casas de mi infancia. La muerte se llevó mi niñez y la niñez de mis compadres.

Solo me queda una cosa, ¿tirarme de un puente? Sí: eso también. Pero en realidad lo que quiero es tomarme un trago, fumarme un cigarro y recitar estos versos:

> "Hay noches en que la muerte dibuja nuestros nombres en el papel de la noche: entonces morimos poquito a poquito, entonces miramos con nostalgia los labios de nuestros amantes,
>
> Entonces morimos otro poco, otro poco y otro poco.
>
> Hay noches en que la muerte dibuja nuestros nombres en el papel de la noche: entonces escribimos un poema con olor a jardines perdidos,
>
> entonces compramos un farolito para ver los continentes.
>
> Entonces morimos otro poco, otro poco y otro poco.

Hay noches en que la muerte dibuja nuestros nombres en el papel de la noche: entonces nos acostamos sobre la yerba, entonces besamos nuestras tumbas con la resignación de los caídos.

Y entonces, entonces, bendecimos a la nada que nos estrecha entre sus brazos".

Este relato fue publicado en la antología "El abrazo de la muerte: caminando por la senda final" en el año 2022; bajo el sello ITA Editorial.

EL SUEÑO DE LA MUERTE

— ¿Por qué ya no puedo verme en el espejo?

— preguntó la mujer.

—Porque ya he dejado de soñarte – contesto la muerte.

Este microcuento fue premiado en el segundo lugar del V Concurso de Cuento UN en la web, en el año 2017 en la ciudad de Medellín.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2023
su usó papel bond natural de 72 gramos
y se utilizó fuente Times New Román de 11 puntos.

Sobre esta obra

Esta obra es una exploración descarnada por los lados más sombríos de nuestra sociedad contemporánea. En sus líneas, los "nadie" caminan desencantados por las periferias de nuestra sociedad. En sus líneas, las putas, los borrachos, los malvivientes, los renegados, los suicidas, los presidiarios y las pestes antropomorfas promulgan su miseria y su inmenso desencanto.

En palabras más, palabras menos, este libro es una invitación a las periferias de nuestro mundo; una invitación a trabarse, a emborracharse o a colgarse junto al pedestal nocturno de los marginados de la tierra. Y es que no sobra decirlo: Algunas narraciones para viejos desencantados es un laberinto de moribundos que se niegan a callar los calvarios de su existencia.

ISBN: 978-628-01-1308-1

Pandora Ediciones